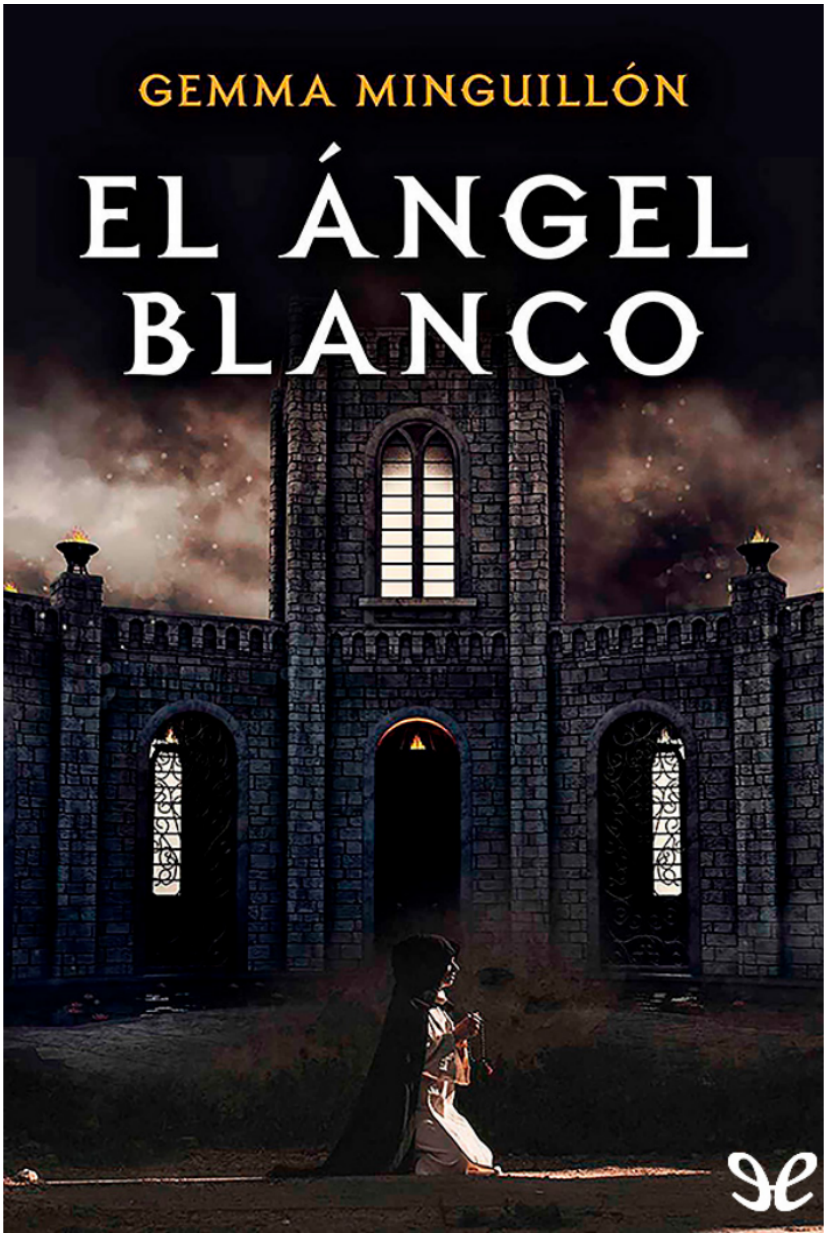

GEMMA MINGUILLÓN
EL ÁNGEL BLANCO

Año 2019. Barcelona. La priora Prisca, del monasterio benedictino de Santa María de Bruguers, en Sant Feliu de Llobregat, es aficionada a escribir relatos de misterio en «tusescritos.com». Una noche, mientras busca inspiración, descubre el brutal asesinato de dos de sus hermanas en una celda cercana a la suya, así como la desaparición de unos valiosos manuscritos del siglo XI de Santa Hildegard von Bingen. Su naturaleza inquieta la llevará a tratar de colaborar en la investigación.

Pero el inspector jefe encargado del caso, Daniel Valiente, no se lo permite, a pesar de las trabas que se encuentra para comunicarse con las monjas de clausura. No obstante, Prisca inicia una investigación paralela por su cuenta, basándose en las pruebas que va encontrando y le hace saber a Valiente su afición a escribir y el pseudónimo que utiliza en «tusescritos.com»: El ángel Blanco. De este modo, la priora escribe allí, en forma de relato de misterio, todo cuanto averigua de las interioridades del monasterio y las sospechas de sus hermanas, haciendo partícipe al inspector. Gracias a este curioso sistema, ambos consiguen tirar del hilo de una investigación que se va enredando cada vez más.

Gemma Minguillón

El ángel blanco

ePub r1.0
Titivillus 03.10.2022

Título original: *El ángel blanco*
Gemma Minguillón, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

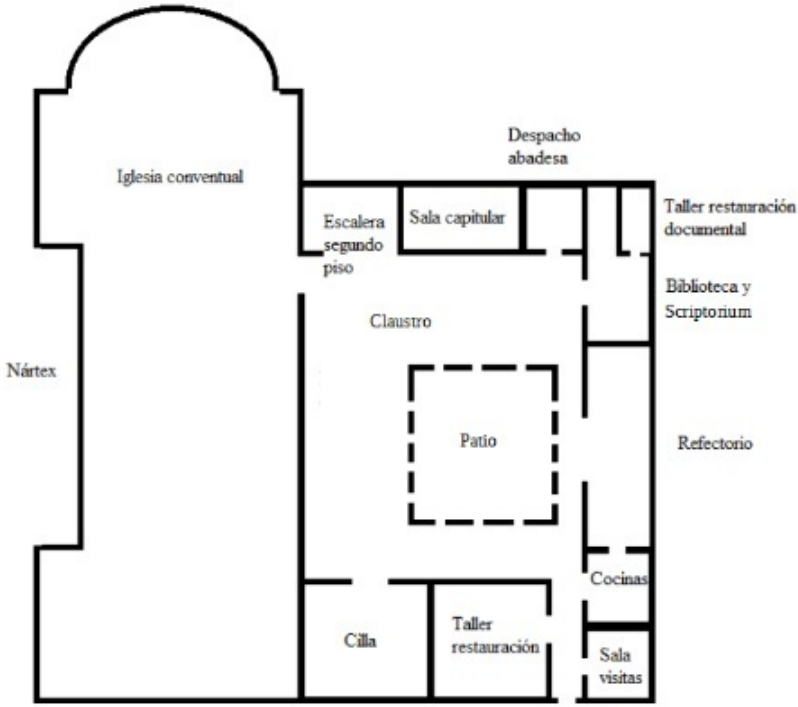
Índice de contenido

Introducción
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora

A Albert, Victoria y Judit,
las columnas que me sustentan

Me vuelvo a ti, Padre mío.
No me dejaré influir
por mi perversa voluntad propia.
Quiero creer en ti, Señor mío.
Al Uno en Tres Personas adoraré
y veneraré y te enviaré mi confianza.
Llevaré tu nombre en el corazón
en la eternidad.

Scivias, 11, 8, 3-5
Oración de santa Hildegard von Bingen



Plano de la planta baja del monasterio de Santa Maria de Bruguers

INTRODUCCIÓN

Viernes, 18 de octubre de 2019

00:30 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers, Sant Feliu de Llobregat

La sensación de sueño no le permitía abrir los ojos. Lo intentaba con todas sus fuerzas, pero era una labor titánica; sus párpados cada vez pesaban más. «Ángela…». Escuchó amortiguada la voz de Cecilia. Era como si susurrara en su oído. «Querida, ¿tienes sueño? ¡Qué dormilona!». Su risa, sus manos zarandeándola suavemente. Sus besos. Pero, por más que lo intentaba, no lograba espabilarse del todo. ¿Cómo era posible? Había dormido a pierna suelta todos los días. Incluso había hecho la siesta. «Este sopor no es normal», pensó entre la niebla de su adormecido entendimiento. La cena… Había tomado una infusión después de cenar. Nunca solía tomarlas. Se la habían ofrecido y quiso ser amable. Amable… Le gustaba serlo. Aquella tisana era deliciosa. La somnolencia había empezado poco después. Recordó la sonrisa de su hermana al ofrecerle la taza. Hermosa sonrisa. Tenía tanto, tanto sueño. Cecilia le seguía hablando, podía escucharla, incluso verla en la semioscuridad, a través de sus ojos velados por aquella bruma artificial que abotargaba sus sentidos. La pequeña celda, tan solo iluminada suavemente por la luz de la luna que entraba por el ventanuco, el peso del cuerpo de Cecilia sobre ella. Sus cálidas caricias, sus palabras, que parecían provenir de otra dimensión. Cecilia también era amable, dulce con ella. Tan deliciosa como la menta poleo. Sonrió. Le agradaba la sensación, los besos, los suaves dedos en su piel.

De pronto, entre la nebulosa del sueño, el ruido de los goznes de la puerta, una pequeña abertura y una sombra que entró, volvió a cerrar tras de sí y se quedó a la espalda de Cecilia. Apenas hizo

ruido, pero Ángela se hallaba tendida boca arriba, de manera que pudo ver el cambio de luz provocado por el furtivo movimiento. Sin comprender del todo, entró en pánico. Trató de hablar, de gritarle cuando sintió el peligro inminente, cuando aquella sombra levantó algo alargado con ambas manos.

Imposible; la voz no le salía de la garganta.

Aquel insoportable sopor que la tenía paralizada, el pánico… No pudo hacer nada.

Cecilia tardó unos segundos más que ella en percibir la presencia. Giró la cabeza en el mismo momento en que el objeto alargado subía deprisa hacia el techo y se descargaba sobre su espalda con un sonido silbante y seco, al tiempo que Ángela sentía una estocada en el corazón y la certeza de que todo había acabado.

Cecilia no comprendió enseguida, aquello estaba fuera de cualquier marco imaginable. Trató de luchar, de resistirse. Todos sus esfuerzos fueron inútiles: estaba clavada al cuerpo de Ángela, que ya no se movía. Quiso agarrarle los hombros, sacudirla, pero ya casi no podía respirar. Una sensación de ahogo le subió desde los pulmones y, privada de oxígeno, apenas si pudo comprender que se estaba muriendo sin remisión.

Los minutos fueron largos, angustiosos. Deseó que pasaran deprisa mientras luchaba desesperadamente por una bocanada de aire.

Finalmente, un último trago líquido terminó con su vida.

«Está hecho», pensó la sombra, mientras se inundaba de una paz de espíritu infinita, como no recordaba haber sentido jamás.

CAPÍTULO 1

1:20 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

La priora Prisca se alejó medio metro de la pantalla con el ceño fruncido. Algo no cuadraba en aquel escrito, algún detalle absurdo. Releyó de nuevo.

> —¡Jamás me atraparás vivo, Jack! —John miraba con los ojos fuera de las órbitas al traficante de personas al que había estado persiguiendo los últimos meses, sin poder creer que su gran amigo Steven le hubiera traicionado. ¿Cómo pudo decirle a Jack que era de la CIA? Y ahora, en el muelle de Baltimore, miraba desde el suelo a aquel desaprensivo que le apuntaba con su Walther P38…

«¿Walther P 38? Pero… ¡¿en qué estoy pensando?!». Enfadada consigo misma, se puso de pie y caminó descalza por la celda. Se detuvo y golpeó su frente, advirtiendo de pronto qué era lo que la estaba mareando desde hacía ya un buen rato. «Walther… ¿Qué pinta aquí una pistola alemana? Tiene que ser un Smith and Wesson del 38 especial, pero… —se frotó la barbilla— ¿no será un arma demasiado grande para un mafioso? ¡Ay, la Virgen Santísima!».

Se tapó la boca en el acto. Teniendo en cuenta que eran casi las dos de la mañana y que, en lugar de estar durmiendo como debería, estaba escribiendo de nuevo novelas de mafiosos, no le pareció muy pío pedir ayuda a Dios para que desbloqueara su inspiración, y menos en voz alta. Afortunadamente, pensó, nada se podía oír a través de aquellos gruesos portones de madera.

Desde que había sido nombrada priora del monasterio, por rigurosa votación democrática, tal y como mandan los cánones en el seno de las comunidades benedictinas, la joven Prisca se había visto desbordada de trabajo. En realidad, nunca lo pensó: la casa no era muy grande y tan solo servían en ella trece monjas. Sin embargo, si

ya eran innumerables los trámites administrativos del día a día de la pequeña comunidad —cosa de la que se había encargado siempre en cualquier monasterio en que sirviera—, con sus nuevas obligaciones era todavía mayor el volumen de trabajo. A consecuencia de ello, apenas si le quedaba tiempo para escribir novelas policíacas, afición que formaba parte de su vocación de servicio, aunque para un seglar que hubiera sido casual espectador en esos momentos, la situación habría resultado poco menos que chocante.

De pie, nerviosa, dando vueltas una y otra vez por la pequeña celda, Prisca decidió de pronto salir al pasillo. Necesitaba espacio para pensar, para ordenar aquella trama que se le estaba atascando demasiado. Con mucho cuidado para no despertar a sus hermanas, abrió la pesada puerta y salió a la oscuridad del corredor.

La zona estaba desierta; en la quietud de la noche todo parecía tranquilo. Tan pronto como sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, comenzó a caminar despacio en dirección a la ventana de la pared frontal, a través de la cual entraban ligeros rayos de luna. Y, al fijar la vista en las filas de puertas que discurrían a ambos lados, algo llamó su atención. La puerta de una de las celdas estaba mal ajustada. «Hermana Cecilia…», murmuró para sí. Extrañada, se acercó a la puerta y comprobó que, tal y como le había parecido, no estaba cerrada. Con mucha precaución, terminó de abrirla. Atisbó hacia el interior y una oscuridad menos densa que la del pasillo, merced a la luz de la luna que entraba por el ventanuco de la celda, le permitió vislumbrar una extraña escena. Sobre la cama yacía un gran bulto inmóvil que no supo identificar. Al no comprender lo que estaba viendo, encendió la luz.

Le faltó el aliento ante la escena dantesca que sus ojos contemplaban.

El color rojo dominaba todo el cuarto. Paredes, suelos y ropas de cama se hallaban teñidas por grandes manchas de sangre, que salpicaba en todas direcciones desde el lecho, donde dos cuerpos aparecían desnudos uno sobre el otro. La hermana Cecilia yacía boca abajo sobre la hermana Ángela. Ambas tan blancas que refulgían bajo la cruda luz. Un largo palo de madera ensartaba ambos cuerpos desde el lado derecho de la espalda de la hermana Cecilia. El rojo negruzco de la sangre mancillaba las translúcidas

pieles, a través de las cuales podían verse todas las venas y arterias de sus cuerpos a punto de estallar.

Desde su posición, la cara de la hermana Ángela quedaba oculta para Prisca, pero la de la hermana Cecilia tenía impresa una mueca de horror y sorpresa: la boca abierta, los ojos fuera de las órbitas. Sus manos tenían los dedos contraídos, como si fueran garras.

Cuando logró volver a respirar y que los sonidos regresaran a su garganta, sin darse cuenta, comenzó a gritar sin control.

—¡Madre! ¡Madre!

Ante sus gritos, todas las hermanas salieron casi a la vez de sus celdas. La madre abadesa se personó en el pasillo de dormitorios, alarmada ante la extraña situación que alteraba a aquellas horas la habitual paz del lugar.

—¿Qué pasa, priora? —preguntó con voz elevada al advertir a toda la congregación en camisa de dormir, inundando el corredor.

Prisca le señaló la puerta de la hermana Cecilia. La madre se asomó con el corazón en un puño. Se llevó las manos a la boca, los ojos como platos. Hizo ademán de entrar, pero la priora le cortó el paso.

—No, madre. Aquí no debe entrar nadie. Tenemos que llamar a la policía.

6:10 h, Barcelona

El inspector Valiente se frotó los párpados con los nudillos para ahuyentar el sueño. Llevaba ya unos minutos sentado en la cama, que, una vez más, parecía el escenario de una batalla campal.

—Hay que joderse —dijo en voz alta.

Una almohada en el suelo, la otra enroscada sobre sí misma, y la sábana de arriba le ataba una de las piernas al pie contrario. Se preguntó cómo era posible cosa semejante. Ni queriendo podría hacer nudos así, pero, sin saber por qué, cada noche se encontraba con algún miembro de su cuerpo atado con las sábanas. «Demasiado tiempo viviendo solo», pensó, mientras procedía a desenredarse de aquella maraña infame.

Puso a la vez ambos pies en el suelo del cuarto, cuyo esmerado orden contrastaba con el caos de su cama. Abrió la ventana y, en tres zancadas, se metió bajo la ducha. El agua que corría desde su

cabeza hacia los pies le fue devolviendo a sus neuronas el funcionamiento óptimo. Poco a poco, Valiente comenzó a analizar con cuidado la llamada que acababa de recibir.

El comisario Pinilla le había telefoneado hacía unos diez minutos para decirle que debía personarse en el monasterio de Santa Maria de Bruguers, a las afueras de Sant Feliu de Llobregat. Valiente visualizó el lugar: debía de tratarse de aquella especie de tierra de nadie que se abría hacia los campos del norte. «Un crimen muy truculento», le había dicho el comisario. Era urgente que fuese, lo instó. Así que Valiente se dio el tiempo necesario para interiorizar aquella información mientras se acicalaba. Una ducha, un buen afeitado, la crema hidratante y el minucioso secado y peinado de su cabello rubio, de manera que pareciese casual. Acudió a su habitación de nuevo, hizo cuidadosamente la cama, cerró la ventana y abrió su ropero. Cualquiera hubiera dicho que se trataba del armario de un maníaco y aburrido cincuentón, y no de un hombre que apenas llegaba a los cuarenta. Trajes del mismo corte, de tan solo cuatro tonos diferentes. Camisas blancas, azul claro o grises; una veintena de corbatas de seda, todas del mismo grosor y discretos estampados. En el estante inferior, diez pares de zapatos: cinco marrón chocolate, cuatro negros, uno burdeos. Este último había sido la única locura que el inspector se había permitido en los últimos años.

Una aguja de corbata de bronce con una pequeña perla a juego con los gemelos, el abrigo largo y negro, guantes de piel de cabritilla. Una última mirada al apartamento para asegurarse de que todo estaba en impecable orden, otra al espejo para comprobar una vez más que su aspecto brillaba con luz propia y, satisfecho, salió a la calle, antes de que el sol hiciera apenas amago de despertarse.

La carretera hacia Sant Feliu de Llobregat no estaba demasiado concurrida a esa hora, aunque, como ya recordaba de las últimas veces que había acudido a aquella ciudad a visitar a algunos de sus amigos, no faltaban los camiones de Europa del Este y algunos coches madrugadores o demasiado noctámbulos. Aun así, el camino tranquilo, la música de *jazz* en la radio y el sol que apenas empezaba a salir fueron despertando los sentidos del inspector.

La voz del navegador, con su pronunciación imposible del

catalán, lo condujo con dificultades a través de carreteras secundarias y caminos poco transitados donde, sin duda, en otro tiempo debieron de correr en libertad liebres y jabalíes. Ahora, siglos después de la construcción del monasterio sobre la loma, las casas de las urbanizaciones vecinas habían llegado a asentarse cerca de aquellas tierras otrora agrestes y de difícil acceso. Recordó que los monasterios benedictinos solían ser edificados en lugares apartados, ya fuera en lo alto de una montaña o bien en parajes recónditos. Aquello era importante para el buen desarrollo de la actividad monacal, el famoso *ora et labora* de los monjes y monjas, aplicados en sus tareas, en sus huertos, en la confección de libros o cualquier otro trabajo que fuese útil a la comunidad. Valiente era un hombre amante de la historia y sabía que ese espíritu no había cambiado apenas en siglos, aunque los monjes actuales, que conservaban sus huertos y jardines y continuaban ejerciendo labores culturales de restauración de obras de arte y demás, tuvieran también acceso a internet por cable y una mayor comunicación con el mundo exterior, en muchas ocasiones a su pesar.

Aparcó perfectamente alineado tras uno de los coches de policía que invadían la puerta del recinto. Al verlo, dos agentes jóvenes del cuerpo de los Mossos d'Esquadra acudieron a él, que los recibió con un saludo y les mostró sus credenciales.

—Buenos días, soy el inspector jefe Valiente. ¿Puedo ver al comisario Pinilla?

Los agentes le devolvieron el saludo.

—Sí, señor. Está dentro del monasterio. Podemos acompañarlo. Y, señor —añadió, mirando de reojo el viejo automóvil del inspector—, la Científica nos ha pedido que despejemos la puerta; si quiere, puedo aparcar su coche.

Valiente miró al joven *mosso* con reticencia. Ante la urgencia del caso y contra su voluntad, le entregó a regañadientes las llaves.

—Vaya con cuidado, es un BMW 502 del 76. Una joya —advirtió, dándoles la espalda para encaminarse al monasterio.

—Sí…, una joya de la tumba de Ramsés el Grande —le susurró el agente a su compañero. Este rio en silencio—. Vaya tío raro, ¿eh?

—Ya te digo. Un friqui es lo que es. Anda, aparca tú «la joya». —Sonrió, arrojando las llaves al otro agente, que las atrapó en el aire

devolviéndole la sonrisa.

El inspector Valiente se detuvo a un par de metros de la puerta. «Benedictino…, siglo once o doce, a lo sumo», se dijo, mientras admiraba la hermosa entrada de la iglesia, cuyo cuerpo estaba unido al monasterio de Santa Maria de Bruguers. Las arquivoltas redondas de la entrada, la Virgen María en el frontón…; uno a uno, Valiente buscó cada elemento de la antigua construcción. El cuerpo principal, más sobrio, con su puerta cuadrada de piedra, los sólidos muros y los tejadillos ofrecían un aspecto acogedor y cálido, lo cual extrañó al policía, que tenía razones personales que avalaban sus prejuicios hacia la vida monacal y los cenobitas.

Continuó su inspección ocular hasta la torre cuadrada del campanario, abierta al entorno por arcos con parteluz cuyos ojos se encontraban separados por finas columnas, como si desde arriba observasen el ir y venir del mundo en una privilegiada posición de aquiescencia. Cuando se sintió satisfecho, subió los escalones del nártex y cruzó la puerta del edificio principal.

Al contrario de lo que pensaba, en el vestíbulo reinaba la quietud. Unos suaves cánticos en latín llegaban a sus oídos desde algún lugar al fondo del inmenso pasillo. El único desorden, advirtió, venía de parte de los policías científicos que peinaban la zona en busca de huellas o cualquier tipo de prueba. Una monja de unos sesenta años salió a su encuentro. A pesar de su semblante pálido y desencajado, parecía esforzarse por mantener el temple. Su actitud contenida agradó al inspector, así como el gesto amable que le dedicó.

—Buenos días, señor… —La mujer, complacida por su pulcro aspecto, le tendió una mano fría y blanca que el inspector tomó, quitándose el guante.

—Inspector jefe Daniel Valiente, para servirla. ¿Usted es…? —añadió, soltando la mano con delicadeza. La monja sonrió.

—Daniel… Hermoso nombre. ¿Sabe usted lo que significa? —El inspector negó con la cabeza—. «Dios es mi juez». Eso me complace, inspector; de lo que haga usted aquí, no habrá otro juez sino Dios.

—Gracias, hermana —contestó Valiente—, pero le aseguro que, si no resuelvo esto lo antes posible, va a ser un juez de instrucción el que me juzgará, y seguramente no será muy benévolo conmigo. Todavía no sé su nombre —añadió, tratando de mantener su tono

amable y exento de palabras malsonantes, sobre todo para ganarse el respeto de su interlocutora.

—Soy la madre Emilia, inspector. La abadesa de este monasterio. —Acompañó su afirmación haciendo con el brazo un arco que mostraba el lugar.

Valiente la escudriñó desde su elevada estatura. Parecía muy atribulada, lo cual era lógico, dadas las circunstancias. Las ojeras, los pocos cabellos desordenados que se vislumbraban bajo el velo benedictino y el continuo movimiento de las manos, buscando un pedazo de tela de su hábito al que aferrarse, hicieron que el inspector sintiera compasión por ella.

—Bien, estupendo. ¿Dónde se hallan las otras hermanas? —preguntó.

—En la capilla, rezando laudes. —Valiente frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Madre Emilia, eso no es conveniente. No deberían moverse por el monasterio como si nada; por lo que sé, se trata del escenario de un crimen. De hecho, deberían permanecer en sus habitaciones, al menos hasta que la Científica se vaya y…

—Lo sabemos, inspector —interrumpió la abadesa—. La priora Prisca ha actuado igual que un perro policía desde que halló los cadáveres, sin dejarnos mover apenas hasta que ustedes llegaran. El desayuno se ha servido en las habitaciones y se están rezando laudes en nuestra capilla, en el piso superior, junto a los dormitorios, no en la iglesia. Yo misma he dado la orden a todas las hermanas para que no anduvieran por el monasterio, considerando que la priora tenía razón.

—¿La priora Prisca? —preguntó Valiente—. ¿Dice que descubrió los cadáveres?

La madre Emilia asintió con la cabeza.

—Sí, señor. Y no es sorprendente que así fuera: ella siempre suele enterarse de todo antes que nadie. Es una mujer muy activa e inquieta.

En ese momento irrumpió por el pasillo el comisario Pinilla como una exhalación. Su cuerpo bajo y regordete, envuelto en un abrigo a cuadros anudado a su ancha cintura, parecía rodar igual que un vendaval en dirección al inspector.

—¡Valiente! —alzó la voz—, ¿va a seguir de conversación

mucho rato? ¡Venga conmigo! —vociferó, dando la vuelta sobre sí mismo. Daniel Valiente miró a la madre Emilia con gesto resignado.

—Luego hablaré con usted, madre. Gracias. —Y se encaminó escaleras arriba, tras la estela del comisario.

En la puerta de la habitación de Cecilia había varias personas: el juez, el secretario judicial y el jefe forense, quien les daba explicaciones de lo que había podido deducir hasta el momento; poco más de lo que era obvio a simple vista. Harían falta análisis exhaustivos para la realización del informe, tal y como el juez sabía bien. Valiente saludó con parquedad y se asomó al interior de la celda.

El espectáculo era espeluznante. Una mujer sobre otra, ambas ensartadas con una lanza de madera. Sangre por las paredes, en el suelo. Valiente no quiso acercarse demasiado a la cama: la versión oficial sería no contaminar la escena del crimen; la personal, no manchar sus zapatos ni su valiosa ropa.

Echó un vistazo rápido, sin sacar las manos de los bolsillos. Retuvo cuanto pudo de la escena: las mujeres, el cuarto, la pequeña ventana, la mesa y la silla, las pocas baldosas del suelo que permanecían limpias. Se fijó en la posición de los cuerpos, en el lugar de entrada de la garrocha, en su inclinación hacia la izquierda. No tardó en avisar a los oficiales de la Policía Científica para que, ahora sí, entrasen en la escena a tomar pistas, a desmontar el rompecabezas de aquel horrendo asesinato sin que faltase una sola pieza, para poder reconstruirlo despacio y sin errar. Se dio la vuelta y Pinilla estaba junto a él examinando la macabra escena.

—No acaba uno de acostumbrarse, ¿eh?

—No —contestó Valiente con sencillez—. Voy abajo; tengo que hablar con alguien.

—¿Con quién, si puede saberse?

—Con la priora. Ella fue la que descubrió los cuerpos y, según la estadística, quien lo descubre se lo queda, ¿no?

—Bueno —contestó el comisario—. De todos modos, hay que obrar con mucha precaución en este caso. Es un monasterio, y son monjas, ya sabe a lo que me refiero.

—Descuide, comisario, lo tengo presente.

No es que la ley escrita fuese diferente para los miembros de la

Iglesia, pero lo cierto era que, en la práctica, existían tratos muy distintos, tanto por parte de los jueces como de los fiscales y abogados. Las órdenes de registro, los interrogatorios y demás procedimientos ofrecían diferencias que el inspector conocía. En todo caso, no era su trabajo cambiar el mundo, sino hallar asesinos, y, desde luego, quien hubiera cometido aquel crimen era uno de los más despiadados. De modo que, para evitar que la rueda legal le pusiera incómodas trabas, comprendió que debía actuar sin dilación para resolver aquel caso lo más rápido posible.

8:00 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

La sala de visitas del monasterio, una pequeña habitación austera y pulcra, fue del agrado de Valiente. Enumeró los elementos: una ventana con un cristal que brillaba con el sol recién salido, un pequeño cuadro de la Inmaculada Concepción, una desnuda cruz de madera, una estantería con libros, una mesa mediana y cuatro sillas. Se sentó en una de ellas y curioseó un poco. Era un gran amante del arte y siempre había encontrado las mejores piezas en iglesias y monasterios. Y aquel era en verdad muy antiguo, como había podido apreciar en las puertas de entrada, y ahora, en el interior, quedaba patente que su distribución era la típica de un monasterio benedictino, ideada para cubrir las necesidades diarias de las monjas que lo habitasen.

Sentado, mirando cuanto lo rodeaba, apenas se percató de la silenciosa entrada de una monja menuda y vivaracha, de rostro juvenil, que parecía tener serias dificultades para permanecer quieta. Estaba de pie frente a la puerta, con las manos enlazadas a la espalda. A pesar del obvio nerviosismo, la monja parecía desprender un halo blanco que no le pasó desapercibido. Valiente se puso en pie y le tendió la mano.

—¿Priora Prisca? —De pronto, la pequeña monja pareció cobrar vida. Le tendió su mano y lo observó con atención.

—¡Oh! —exclamó—. ¡Heterocromo!

Valiente se mostró sorprendido. En efecto, tenía los ojos de distintos colores, uno azul y otro gris. Sonrió. Nadie era tan directo con él. Cuando la gente advertía su peculiaridad, solían hacer como que no se daban cuenta, lo cual él agradecía. La adorable sinceridad

de la mujer lo enterneció.

—Sí. ¿Le desagrada?

—¡Para nada! —contestó la monja con el mismo entusiasmo—. Es muy original.

—Me alegro. Siéntese, por favor. —La religiosa retiró una silla en la que se sentó grácilmente. «No pesa nada», pensó él, y regresó al asiento que había ocupado sin poder apenas ocultar su sorpresa ante lo inesperado de encontrarse con una priora que no pasaría por mucho la barrera de los treinta—. Soy el inspector jefe Valiente y estoy a cargo de la investigación. Me ha dicho su abadesa que usted encontró a las víctimas. Me gustaría que me contase sin omitir detalle cómo fue su hallazgo.

Guardó silencio. La hermana Prisca parecía estar retratándolo. Valiente le permitió tomarse su tiempo.

—Pues verá, inspector. Yo estaba escribiendo en mi ordenador portátil, pero las ideas no parecían fluir, así que salí al pasillo a caminar un poco para despejarme. —Valiente enarcó las cejas. ¿Escribiendo en su ordenador portátil? ¿Desde cuándo las monjas hacían cosas así? Decidió no decir nada para no interrumpirla—. Entonces, vi la puerta de la hermana Cecilia entornada. Eso es algo que destaca mucho, ¿sabe?, porque todas están siempre bien encajadas y de pronto una no lo está, así que me llamó la atención y me acerqué. Abrí un poco y atisbé el interior, pero no veía muy bien, a pesar de la luna. En las celdas, las ventanas son pequeñas, así que es más difícil distinguir nada que en el pasillo. Me asomé, encendí la lámpara y entonces encontré ese horrendo espectáculo: las dos mujeres ensartadas con una vara, como una brocheta turca. —Valiente dio un respingo. Prisca enrojeció—. Lo siento… Entienda, es horrible, pero es que, al verlas así, una ensartada con la otra, las dos desnudas… La verdad, me impresionó muchísimo, y claro, ya sabe usted cómo trabaja la cabeza: cuando menos te lo esperas, en los momentos más extremos, le vienen a una ideas del todo absurdas. Por eso pensé en la brocheta… Y la sangre, tan escandalosa. Bueno, de momento no me salía la voz. Intenté gritar un par de veces y al final llamé a la madre Emilia. Todas salieron de los dormitorios y al poco llegó ella. Las hermanas querían entrar en el cuarto, pero no dejé que nadie pasara hasta que ustedes llegaran.

»Les expliqué que era la escena de un crimen y que no podíamos

contaminarla, así que me hicieron caso, incluso la madre Emilia. No pude evitar que vieran lo que había dentro de la celda de la hermana Cecilia. Estaban consternadas, no podían creerlo, igual que yo.

»La madre nos dijo que regresáramos a nuestras celdas, que ella llamaría a la policía. Todas lo hicimos y aun así me apuesto mi velo a que nadie pudo dormir. —Valiente se sorprendió de la curiosa expresión. Prisca mantenía la vista perdida sobre el hombro del inspector mientras hablaba, con el ceño fruncido, rememorando la escena. Al notarse observada, devolvió la atención al inspector—. A las seis y veinticinco sonó la campana de prima y salimos en el acto. Como le digo, nadie había dormido y estábamos preparadas para salir de nuestras celdas en busca de información sobre aquel horror. Unas murmuraban entre ellas; otras tenían un gesto de miedo e incredulidad, como cabía esperar.

—Y, tratándose de un crimen tan brutal, ¿cómo explica que nadie oyese nada, ni siquiera usted misma, que se hallaba despierta?

—Señor, nunca se oye nada. Si una hermana está enferma, la enfermera la va a visitar un par de veces durante la noche, o no la oiríamos. Las puertas son de roble muy denso y los muros, gruesos. Imagino que eso insonoriza las celdas.

—Parece extraño que usaran ese material, que construyeran un monasterio permitiendo la intimidad con ese tipo de puertas.

—El aislamiento —corrigió Prisca—. Se trataba de recogimiento espiritual, señor, no es tan raro que buscasen un material que permitiera a las monjas recogerse para poder orar, incluso infligirse castigos corporales. —Valiente puso una mueca de desagrado—. Era el siglo once, inspector. Muchas cosas han cambiado, pero las puertas siguen ahí.

—¿No han hablado entre ustedes ni elucubrado nada? ¿Ningún comportamiento que le llamase la atención por parte de ninguna hermana?

—Qué va, inspector —dijo Prisca con fastidio—. Somos monjas de clausura, no solemos hablar si no es necesario. La madre nos habría reprendido. De otro modo, por supuesto habría hablado con todas, para ver si alguna sabía algo… Eso sí, con usted hablarán, tenemos órdenes de la madre abadesa de colaborar con la policía.

—Me alegro. —La afirmación de Prisca alivió al inspector, que había temido encontrarse ante un silencio recalcitrante que le habría dificultado muchísimo la investigación—. ¿Y qué pasó después?

—Pues, en el pasillo, la Policía Científica ya estaba trabajando, sin entrar todavía en la celda de Cecilia. Las hermanas sentían curiosidad, aunque, claro, ese es un gran defecto que no debemos permitirnos, de modo que todas se dirigieron a la escalera para bajar a la iglesia. Yo las detuve. Les dije que no era adecuado andar por ahí como si nada, que podríamos estropear alguna pista. Fui a buscar a uno de los agentes de la Científica y le expliqué que teníamos que ir a rezar laudes y me dijo que lo mejor sería ir a la capilla de arriba, sin bajar la escalera. De modo que así lo hicimos. Y de ahí me llamaron para hablar con usted, inspector Valiente.

La priora guardó silencio, adoptando un rictus serio. Valiente asintió con la cabeza.

—Desde luego, se sabe usted muy bien el procedimiento. Cualquiera diría que es policía. O, quizás, ¿espectadora de series policíacas? —Prisca se sintió avergonzada al ver descubierta una de sus debilidades.

—Solo aficionada. Me gusta escribir —contestó la pequeña monja con un hilo de voz. El inspector entornó los ojos.

—Cierto, me ha dicho que estaba escribiendo en un portátil cuando advirtió los hechos. ¿Escribe usted novelas policíacas? —preguntó, alzando un poco el tono. Prisca le pidió moderación con un gesto de las manos.

—Sí, inspector, aunque no es algo de dominio público —le contestó bajando la voz.

—Ajá… Entonces, ¿escribe a escondidas, priora? —preguntó girando la cabeza en un ademán de picardía. Prisca se irguió.

—Puede llamarme hermana, inspector. Y no, yo no haría eso. Soy una monja profesa y adoro mi trabajo y mi vocación. Soy obediente a la regla de san Benito y nunca haría nada sin el consentimiento de la madre abadesa. —Valiente la miró con extrañeza.

—¿La madre abadesa le permite escribir novelas policíacas? Caramba, no era ese el concepto que tenía de la clausura monástica… —Prisca reprimió una carcajada.

—Es probable que ese concepto del que me habla esté bastante distorsionado, no solo por parte de usted, sino de la sociedad moderna en general, que piensa que vivimos como en tiempos de la Inquisición. —Prisca serenó su semblante—. Yo escribo novelas policíacas por mi sobrina; es una larga historia que le aseguro que está bien justificada, y precisamente por eso tengo el permiso de la madre y un ordenador portátil en mi celda.

—Ya veo… ¿Y le envía a su sobrina sus novelas por correo electrónico?

—No, inspector. Las publico en «Tusescritos.com». Soy el Ángel Blanco. —Valiente abrió tanto la boca que casi se le descolgó la mandíbula. A la vez, lo recorrió un escalofrío.

—¿«Tusescritos.com»…? ¿El Ángel Blanco? —balbuceó. La monja asintió divertida.

—Sí, pero nos estamos desviando del tema, ¿no cree? —El inspector carraspeó.

—Sí…, sí. Veamos, ¿quién es la otra fallecida? —preguntó Valiente, tratando de recobrar la compostura.

—La hermana Ángela. Llegó conmigo el año pasado. Bueno, llegamos siete —añadió Prisca entornando los ojos.

—¿Siete a la vez?

—Sí, verá. El convento tenía media docena de monjas, estaba bajo mínimos. Todas tenían sesenta años o más, excepto Cecilia y Luz, que no pasaban de cuarenta. Con esa franja de edad, era difícil para ellas llevar solas todas las tareas. Nuestro monasterio tiene un oficio, ¿sabe? Nos dedicamos a la restauración de obras de arte de las iglesias de toda Catalunya. Nos envían esculturas de madera, cuadros e incluso libros a veces, para los que tenemos un pequeño taller en el archivo. Cecilia era restauradora —dijo con un dejo de tristeza en su voz—. Ángela estudiaba restauración, por lo que trabajaban mucho juntas. De hecho, creo que Ángela fue un balón de oxígeno para ella, ya que ambas eran razonablemente jóvenes y compartían inquietudes que las hermanas de más edad habían dejado atrás. —La priora compuso un gesto melancólico—. Otras, bajo la supervisión de Cecilia, ayudaban con la fabricación de pinturas, la restauración de lienzos o el tratamiento de maderas de las esculturas románicas que recibimos a veces. —Alzó sus ojos hacia la bicromía de los de Valiente—. Este monasterio tiene

buenos ingresos gracias a esos trabajos, con lo que se hizo imprescindible solicitar ayuda, más manos para poder continuar los proyectos y revivir el monasterio. Como a veces mandan religiosas de América central o del Sur, la madre Emilia esperaba los refuerzos de esas tierras. Sin embargo, en esta ocasión llegamos desde un monasterio de Ávila. Ahí éramos muchas, así que pidieron algunas voluntarias para venir a Barcelona y que, si era posible, fuesen jóvenes, para servir de mayor ayuda, insistiendo en que las más útiles serían las que tuvieran conocimientos en restauración de obras de arte, por las funciones de este monasterio. Nos presentamos siete y llegamos aquí hará unos seis meses.

—¿Tiene usted conocimientos en restauración?

—No, pero como soy administrativa e informática, quepo en todas partes —contestó la priora con un divertido mohín.

«Desde luego, más de lo que se imagina», bromeó el inspector para sí mismo.

—Entendido. Y la hermana Ángela vino con ustedes.

—Sí. Ella, Elvira y yo nos conocíamos desde hacía años, porque tomamos los votos juntas y llevábamos ya tiempo en aquel monasterio de Ávila. Poco después de ingresar en él, llegó Raimunda, que conocía a Ángela de antes, con lo que congeniaron enseguida. A las otras tres hermanas las conocía menos: Teresa, Catalina y Presentación. La cuestión es que, cuando nos lo solicitaron, a todas nos gustó la idea de trasladarnos a Barcelona y las actividades que se desarrollaban en Santa Maria de Bruguers, así que nos presentamos a nuestra abadesa como voluntarias, ya que todas éramos jóvenes. La mayor de todas, Catalina, tiene treinta y siete años. —Valiente hizo ademán de sorpresa—. Sí, era lo que hacía falta aquí: juventud y energía.

—Hermana —el inspector no sabía de qué forma ser delicado y se decantó por la vía directa—, ¿conocía usted la relación entre las hermanas Cecilia y Ángela? Parece evidente que tenían una, a juzgar por el modo en que halló usted los cadáveres. —Prisca quedó pensativa.

—La verdad es que no. Como le he dicho, Cecilia era la mentora de Ángela. Le estaba enseñando su trabajo para que pudiese ayudarla. Pasaban tiempo juntas. Cecilia era muy amable. Aun así, nunca habría dicho que estuvieran enamoradas.

Enamoradas. El inspector trató de no mostrar emoción alguna ante tal afirmación. La hermana Prisca podía escribir novelas policíacas y, sin embargo, lo primero que pensó al ver a dos mujeres desnudas, una sobre otra, fue que estaban enamoradas. Sonrió vagamente ante lo que interpretó como inocencia.

—¿No cree que podrían haberlas colocado así para confundirlos? —preguntó la monja, acariciándose la barbilla.

—Está dentro de lo posible, aunque es la Científica la que deberá determinarlo, ¿no cree? —cuestionó Valiente con picardía.

—Por supuesto… —murmuró Prisca, frunciendo el ceño pensativa.

—Priora —el inspector se levantó con determinación—, volveré a hablar con usted. Ahora necesito preguntar un par de cosas a mi comisario. Gracias por su declaración —dijo alisando su abrigo.

—¡Descuide! Cuando quiera, aquí estaré para usted —contestó la monja con franca emoción.

«No lo dudo», pensó el inspector. Una monja curiosa, interesada en los crímenes y las pesquisas policiales, podía convertirse en una pesadilla para él, encontrando pistas falsas por todas partes y haciendo elucubraciones fantásticas que no llevarían sino a entorpecer su trabajo. No era la primera vez que se encontraba con vecinos, testigos o, simplemente, especuladores que veían demasiadas series de misterio y pretendían ayudar con las mejores intenciones, aunque tan solo lograban entorpecer la investigación. Tendría que mantenerla a raya.

«Un tipo interesante», pensó la priora. Llevaba años escribiendo sus novelitas, pero nunca se había encontrado con un caso real. Desde luego, habría preferido no verse en aquella situación. No obstante, quizás debido a los propios nervios y la excitación del macabro y triste hallazgo, sentía la necesidad de estar al corriente de todo lo que pasara. Y, metiendo las manos bajo su escapulario, salió de la cálida sala en dirección a la iglesia.

12:11 h, Comisaría General de Investigación Criminal

El comisario Pinilla no paraba de estirarse un mechón de pelo que apuntaba hacia el techo, tratando infructuosamente de domarlo. El inspector Valiente observaba las evoluciones de sus dedos con

atención, sin hacer comentario alguno.

—Las cosas están más o menos como sigue: tenemos un crimen dentro de una celda de convento.

—Monasterio —apuntó Valiente. Pinilla rezongó con fastidio.

—No me joda, Daniel, es lo mismo.

—No, no lo es. Los monasterios no dependen del arzobispado, sino directamente del Vaticano. Solo rinden cuentas ante el papa. El abad o abadesa son la máxima autoridad ahí dentro. Hasta sus credos son distintos, sus reglas… En fin, todo.

Pinilla resopló. «No te daré el gusto de asombrarme, inspector sabelotodo», pensó. Y arrellanándose en su butaca prosiguió.

—Según nos comunican en un primer informe de la autopsia, el doble asesinato tuvo lugar dentro de la propia habitación. El palo que las mujeres tenían clavado —tomó de su mesa un par de fotos, que pasó al inspector— medía exactamente un metro y estaba afilado como una lanza medieval desde la mitad. Es decir, la punta medía medio metro, y se puede enhebrar una aguja con ella. —Valiente enarcó las cejas—. Sí, es un fino trabajo de carpintería. El golpe fue asestado desde arriba, o sea, lo propinó una persona que se hallaba de pie junto a la cama —continuó, cogiendo un papel que tenía junto a la mano y consultándolo—. Atravesó la espalda de la hermana Cecilia, su pulmón derecho y el corazón de la hermana Ángela. Fue un golpe limpio y certero, y las perforaciones en esos órganos vitales provocaron una muerte terrible. Rápida para Ángela, y más lenta para Cecilia. —Levantó la vista del papel y dirigió su atención a Valiente—. En la sangre de Ángela ha aparecido una dosis baja de narcótico que, por las horas que llevaba muerta cuando la forense llegó, debió de haberlo tomado entre dos y tres horas antes de fallecer. Es decir, durante la agresión debía de estar dormida. Sin embargo, dado que se encontraba desnuda y con la hermana Cecilia sobre ella, la forense piensa que, dada la baja dosis, Ángela pugnaba por permanecer despierta. Esto nos indica que no debió de tomar el somnífero por voluntad propia: si uno pretende tener relaciones sexuales, no se toma un narcótico antes.

—A no ser —apuntó Valiente— que se lo hagan tomar a uno contra su voluntad, para mantener relaciones que, en principio, no fueran consentidas.

—Exactamente. Pero, en ese caso, ¿habría acudido Ángela a la

celda de Cecilia? ¿No sería, más bien, al revés?

—Parece lo más lógico, aunque no debemos descartar la posibilidad. La mayoría de las hermanas no tenían conocimiento de la relación, y eso es raro en una comunidad tan pequeña.

—También es posible que mientan más que hablan…

—Desde luego —admitió el inspector.

—Bueno, como le decía, Ángela estaba dormida o adormilada, y Cecilia, que estaba completamente consciente, sintió la estocada y tan solo pudo luchar por moverse o sujetarse a algo. Murió por ahogamiento en su propia sangre, debido a la perforación en el pulmón.

A Valiente le vino a la cabeza una vez más la dantesca escena en todo su mortal esplendor. Se preguntó de dónde sacaba las fuerzas para resistir visiones tan espantosas; de inmediato se respondió que esa era, sin duda, la razón de que su sueño fuera, a menudo, sobresaltado e irregular.

Acodado en la mesa del comisario y con las manos juntas, emulando a un orante, pensaba en todo ello sin mirar a su superior. Pronto rompió su silencio.

—¿Qué más tenemos?

—La puerta del archivo y la de la calle estaban abiertas, es decir, sin la llave echada, cosa completamente imposible, según nos han confirmado la hermana portera y la hermana archivera. Y un archivo documental de la orden, uno muy valioso, ha desaparecido. —Valiente se enderezó en su silla.

—¿Qué archivo documental? —preguntó.

—Unas cartas y un libro escritos por —el comisario tomó una nota de la mesa y se ajustó unas pequeñas gafas— santa Hildegard von Bingen.

Valiente soltó un silbido suave y prolongado. Pinilla levantó la vista hacia él, por encima de sus gafas.

—¿Qué pasa? ¿La conoce usted?

—Sí, señor. Fue una mística del siglo once, monja benedictina también. Escribió libros de ciencias naturales, tratados de medicina, piezas de música, pintó cuadros… Hasta realizó un estudio sobre el orgasmo femenino, el primero que se conoce.

Al comisario se le cayeron las gafas sobre la mesa y lo miró pasmado. Valiente ahogó una risa.

—¿Un tratado sobre el orgasmo femenino? ¿En el siglo once, por una monja? ¡¿Me está usted tomando el pelo?!

—Para nada —contestó Valiente sin perder la compostura—. Esa monja era una eminencia. Es doctora de la Iglesia, de hecho. Lo que no entiendo bien es cómo tenían documentos suyos en Santa Maria de Bruguers.

—La Policía Científica ha estado recorriendo el monasterio en busca de pistas, ya sabe. Y claro, al encontrar abierta la puerta del archivo, han llamado a la abadesa y les ha dicho que la monja archivera era la única que tenía acceso a esa sala. Casi le da un síncope al ver abierto su sanctasanctórum, más aún cuando la archivera y ella han constatado, con la policía, que faltaban esos documentos, que se encontraban en un mueble especial para guardar ese tipo de cosas, ya sabe, una especie de cava para pergaminos.

»Parece que esa monja, Hildegard, pasó una temporada en ese monasterio cuando acababan de fundarlo, para alentar a las monjas que se recluyeron ahí y ayudarlas en su formación. Por lo visto, ya entonces era una respetada gerifalte. Durante su estancia, dicen, escribió partituras, cartas y algunos tratados más sobre diferentes enfermedades, especialmente renales, y su tratamiento con brezo, ya que se daban bastantes problemas de infecciones de orina, arenilla y cosas así. Fue por esa recomendación de la madre Hildegard por lo que, dada la abundancia de brezo por los alrededores, se bautizó el lugar con el nombre de Santa Maria de Bruguers[1]. Cuando se marchó, dejó todos esos escritos, estudios y tratados a la custodia del monasterio, a modo de regalo. Con el tiempo, se han convertido en el mayor de sus tesoros.

—No me extraña, el valor debe de ser incalculable; documentos manuscritos por una monja tan ilustre, posiblemente la más famosa e importante… —Valiente no salía de su asombro. Pinilla lo devolvió a este mundo.

—Bueno, pues eso, uno de esos libros en los que cada página empieza por una complicadísima letra churrigueresca.

—Churriguera es muy posterior, señor, y no creo que esos documentos empiecen con letras de esas…

—No me joda, Valiente —atajó Pinilla airado—. Ya me ha entendido. Uno de esos viejos libros, que seguro tiene un montón de

valor para algún coleccionista de arte antiguo.

—En ese caso, podemos creer que alguien entró en el monasterio para robar ese libro y los documentos. Pero ¿por qué matar a las monjas?

—Ni idea. La puerta de la calle estaba sin la llave echada y la del archivo abierta, como le he dicho. Faltando además el valioso archivo documental, lo más probable es que robaran o copiaran las llaves. Aun así, no se han apreciado destrozos; parece que fueron directamente adonde guardaban esos tratados de la santa y se los llevaron. No han meneado nada más.

—Y la Científica, ¿ha encontrado huellas que no sean de las hermanas? Alguna cosa…

—No, de momento. Han peinado todo el vestíbulo y no había nada, ni una huella de zapato, ni un pelo, ni una sola gota de sangre, visible o limpiada; nada que indicase la presencia de un intruso. Solo huellas de las monjas, y eso es normal, ¿no? Y también lo es que no haya cabellos; ¿cómo iba a haberlos, con esas cofias que llevan? Ahora, la Científica está con el archivo.

—Entonces, ¿sospechamos de una de las hermanas? —preguntó, casi afirmando, el inspector.

—No lo sabemos. En todo caso, no tiene sentido que alguien que entrase a robar subiera al cuarto de dormitorios y asesinara de ese modo a dos monjas que estuvieran pasando la noche juntas. Uno no improvisa un arma así, la debe de tener preparada.

—No sé… Tampoco me sorprendería que algún loco homofóbico, o demasiado temeroso de Dios, como se decía antes, hubiera decidido matar a las monjas «pecadoras» y, de paso, cobrarse el botín. Para estar seguros de que no entró un intruso, habría que tener las huellas de todas las hermanas y actuar por descarte. Estoy pensando que los domingos se dice misa en la iglesia adyacente al monasterio. Eso abre un amplio abanico de posibles curiosos que se puedan colar en el vestíbulo con mil excusas. —Valiente resopló abatido—. Por otro lado, y por la misma regla de tres, ¿para qué robaría una monja los papeles del monasterio? —Ahora fue Pinilla quien resopló.

—Veamos primero lo que dicen los informes. —El comisario se acercó a Valiente por encima de la mesa, acortando la distancia—. De momento no tenemos nada, así que nos basaremos en lo que nos

digan los expertos, y a comenzar a investigar. Todo, Valiente; dentro y fuera de ese monasterio. Es un lugar de culto, ¿me entiende? Hay mucha gente arriba bastante conservadora que no gusta de escándalos en lugares como ese; puede suponer que no tendremos mucha ayuda, y sí una gran cantidad de presión. Hay que ser discretos y rápidos, acabar con esto cuanto antes y dar a la prensa la menor información posible.

—Está bien, señor —dijo el inspector jefe, poniéndose de pie—. Voy a comer algo y regresaré a Santa Maria de Bruguers.

—No vaya muy tarde —apuntó el comisario—. Esas mujeres rezan a todas horas y se acuestan pronto. Y téngame al corriente de todo.

Valiente asintió con un gesto de cabeza y salió del despacho del comisario a la fría tarde de otoño.

14:50 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

La hermana Prisca llamó con precaución a la puerta del despacho. Le contestó la voz amable y suave de la abadesa.

—Adelante.

La priora entró en la sala y se acomodó en una modesta silla de madera.

—¿Quería verme, madre? —preguntó con humildad.

—Sí. —Prisca observó que las arrugas de su frente estaban más pronunciadas que de costumbre. Al punto se hizo cargo del inmenso dolor que su superior sentía en aquellos momentos amargos. La madre Emilia miró a la hermana Prisca directamente a los ojos—. ¿Qué opina usted?

Aquella pregunta pilló desprevenida a la monja, que sujetó ambos lados del asiento de su silla para no hacer aspavientos con las manos. Respiró hondo antes de contestar.

—¿Qué puedo opinar, madre? Que es horrible, que la persona que lo ha hecho es un monstruo…

—¿Sabía algo sobre la relación entre Cecilia y Ángela? —interrumpió Emilia. La priora le sostuvo la mirada para que no dudara de la veracidad de su respuesta.

—No, madre. No tenía ni idea. Sabía que eran amigas, que bromeaban a veces, se las veía felices. Siempre pensé que era

porque ambas hacían el trabajo que les gustaba como restauradoras. Jamás me dieron motivos para pensar otra cosa —respondió con franqueza, sin intención alguna de exculparse.

—No se preocupe, hija. No la acuso de nada. Solo buscaba sus percepciones, es usted la más sagaz aquí, y suele darse cuenta de todo.

—Pues no, madre; como le digo, no llegué a pensar que entre ellas hubiera otra cosa que amistad y compañerismo.

Viendo el abatimiento de la priora, la abadesa endulzó su gesto.

—Hija, esto es muy duro para todos. Angustioso y horrible. Y la policía va a registrar cada centímetro de nuestra casa; ya lo están haciendo. No querría… Prisca… —la madre tomó su mano sobre la mesa, y su voz sonó casi como un sollozo—, debemos rezar mucho para que la policía resuelva este terrible hecho cuanto antes.

Los ojos de la hermana Prisca brillaron por las lágrimas contenidas.

—Madre, pediremos al Señor por ello… Rezaremos para dar entre todos con la solución, sea la que sea —dijo con un cierto dejo de complicidad en su voz—. El inspector Valiente parece un hombre orgulloso, ¿verdad?

—Eso me parece, hija. Vanidoso y lleno de orgullo, pero también inteligente y capaz.

—Eso mismo pienso. —El rostro alicaído de la madre Emilia insufló en Prisca una resolución que la hizo sentir llena de energía por un instante—. Ya verá; con la ayuda de Dios, daré con la forma de llegar hasta él y ayudarle sin que ni siquiera se dé cuenta. Descuide. —Buscó los ojos de su superior y le sonrió—. Nos han puesto una dura prueba, madre, y precisamente por eso, tenemos la obligación de superarla con éxito.

La madre Emilia sintió una punzada de angustia ante la declaración de su priora.

—Prisca…, ¡ni se le ocurra! ¡Nada de ayudar!, ¿de acuerdo? Es la policía quien debe resolver esto, no vaya a meterse en líos y arriesgarse, no sabemos qué ha pasado…

La voz de la abadesa pareció desmayarse, al igual que ella misma, que palideció y se quedó inmóvil en su silla de cuero negro, mirando la nada. En el acto, la priora pudo leer en la mente de la abadesa lo que ambas temían: que una de sus hermanas en Cristo

hubiera sido capaz de cometer una atrocidad como aquella. Y si era así, cualquier pesquisa por parte de la joven monja supondría un riesgo mortal que la abadesa quería evitar a toda costa. Prisca le apretó la mano.

—Descuide, madre. No me arriesgaré. —Trató de tranquilizarla —. No haré nada que me ponga en peligro.

Sin mirarla, la madre Emilia le devolvió apenas la presión de la mano.

—Vaya con Dios, hija.

—Eso siempre, madre —contestó, saliendo por la puerta del pequeño despacho. «Y se puede hacer mucho sin necesidad de ponerse en peligro, si el ingenio abunda», pensó mientras se alejaba del despacho por el claustro.

15:15 h, carretera de Sant Feliu de Llobregat

«Trece monjas». El inspector Valiente conducía su viejo BMW por las carreteras secundarias plagadas de árboles que conducían a Santa Maria de Bruguers. Ante la soledad del camino y la ausencia de tráfico, su cabeza no cesaba de dar vueltas y más vueltas. «Cinco, mayores de sesenta; una, de unos cuarenta. El resto no pasa de treinta y siete. Aparte de las que tengan mala movilidad, a pocas voy a poder descartar como sospechosas. Necesito determinar móvil, beneficio y oportunidad». La carretera zigzagueaba ante él, los árboles se sucedían. «Móvil, beneficio, oportunidad… Móvil, beneficio…». Un frenazo al cruzarse algo ante el coche detuvo en seco el curso de sus pensamientos, al igual que el vehículo, que quedó clavado en medio de la carretera. Con los ojos muy abiertos, Valiente miró a través de la luna del parabrisas. Un precioso zorro detenido ante él lo miraba fijamente a los ojos. Estupefacto, Valiente le devolvió la mirada cuando el animal, satisfecho de su escrutinio, dio dos saltos y se perdió en el interior del umbrío bosque. «Un zorro listo y ágil, rápido… Desde luego —pensó—, no puede ser una monja impedida o patosa, sino alguien joven…».

La entrada al monasterio continuaba vigilada. Valiente apenas saludó y se dirigía ya a la puerta cuando fue detenido por una monja muy anciana a la que todavía no había interrogado.

—¿Es usted policía, señor? —preguntó la mujer, analizándolo

con detenimiento. Valiente le mostró su placa con elegancia.

—Sí, hermana. Estoy al cargo de esta investigación. —La monja tomó su mano; las de ella estaban heladas. Lo miró con fijeza, buscando el fondo de sus ojos.

—El mal ha entrado en esta casa, señor. Expúlselo. Pronto, antes de que lleguen más desgracias —suplicó la mujer.

—Claro, hermana. No se preocupe, no es el mal, solo una persona mala, y eso es fácil de expulsar.

«Místicas —pensó—. Ven proverbios por todas partes».

Apenas hubo entrado, le salió al paso la madre Emilia con el mismo aspecto atribulado que ofreciera por la mañana. Se acercó a él a buen paso y lo saludó con cortesía.

—Buenas tardes, inspector. ¿Puedo ayudarlo en algo?

—Sí, madre. He venido a proseguir los interrogatorios. ¿Voy a la misma sala de esta mañana?

—Si así lo desea, como guste. Pero la tarde está buena, le aconsejo el patio. Yo mandaré llamar a las hermanas, ¿le parece bien?

—Me parece perfecto. Si es tan amable, comenzaré por interrogar a las que llegaron el año pasado, las más jóvenes.

—Muy bien, voy a avisar —dijo en tono suave, alejándose de él por el claustro.

El claustro del monasterio, al igual que todos los que conocía, le pareció a Valiente un remanso de paz. Una galería de arcos de medio punto lo recorría, con finas columnas que lo separaban del patio central, donde un gran ciprés se enseñoreaba del jardín bien cuidado y lleno de flores. Los capiteles tenían representaciones en relieve de figuras mitológicas extrañas: sirenas con dos colas, cíclopes y otros seres pertenecientes a un bestiario sin duda habitual en la época de la construcción de la mole de piedra.

El inspector se sentó en el muro bajo que separaba ambos espacios, mirando hacia el enorme árbol. «Una lanza», fue el pensamiento que le vino a la cabeza y, con él, el arma del crimen. Esa idea lo hizo dar un respingo al oír tras de sí una suave voz.

—¿Me ha mandado llamar?

Valiente se puso en pie y se halló ante una monja de su misma estatura, de mirada limpia y gris, piel joven y labios hermosos, que dibujaban un insinuante arco de cupido. Le llamó la atención que

no usase gafas; todas las usaban, o al menos eso creía recordar. En todo caso, las largas pestañas y las cejas bien dibujadas resaltaban el hecho de que aquella monja no utilizase gafas.

—Buenas tardes. ¿Usted es…?

—La hermana Raimunda —contestó la joven. Valiente sintió asombro ante un nombre tan rotundo.

—Gracias, hermana. ¿Conocía usted bien a Cecilia y Ángela?

—Sí, inspector.

—¿Tenía amistad con alguna de ellas, o con ambas?

—Sí, inspector. —Valiente la miró con fastidio.

—Discúlpeme, pero esto puede eternizarse si tengo que estar sacándole las palabras con sacacorchos. Puede usted explicarse con todos los detalles que quiera, cualquier información puede ser útil, y me consta que la madre abadesa les ha dado permiso para colaborar conmigo. Colaborar significa, en este caso, contarme lo que sepa, así que no tema usted faltar a la regla de san Benito y explíquese, si es tan amable.

La joven hermana apretó los labios antes de responder.

—Lo siento, inspector. Es porque no solemos hablar demasiado. Contestamos a lo que se nos pregunta y poco más.

—Bien, pues le ruego que me explique cuándo conoció a la hermana Cecilia y a la hermana Ángela y cómo era su relación con ellas.

La hermana Raimunda se quedó pensativa un momento. Luego comenzó a hablar sin mudar el gesto.

—La hermana Ángela y yo estudiamos juntas desde secundaria. No éramos grandes amigas al principio. Después sí, al descubrir ambas nuestra vocación.

—¿La descubrieron a la vez? —preguntó Valiente asombrado.

—No, ella se interesó por todo esto en primer lugar. Quizás por nuestra amistad, despertó mi curiosidad también y me sentí atraída por esta vida. Al poco supe que era mi vocación. —Guardó silencio, esperando que fuera suficiente. Sin embargo, la mirada clara y expectante del inspector le dijo que debía continuar. De manera que se resignó y siguió hablando—. La hermana Ángela fue la primera en tomar el hábito. Tras el tiempo de postulantes y el noviciado, profesamos y servimos en el mismo monasterio, y cuando pidieron voluntarias para venir aquí, nos entusiasmamos con la idea y nos

presentamos a la que entonces era nuestra abadesa.

»Ángela había estudiado restauración de obras de arte, así que le apetecía mucho servir en este monasterio, cuya fuente de ingresos viene precisamente de ese tipo de trabajos. A mí me llamaba la atención la biblioteca, que tiene manuscritos y libros muy antiguos, así como la restauración de tallas románicas. Llegamos aquí junto con otras cinco hermanas, hace ahora medio año.

»Cecilia y Ángela congeniaron bien desde el principio. La hermana Cecilia era una maravillosa restauradora, según me explicó Ángela, y pronto la convirtió en su ayudante. Más que eso, le dio autoridad para dirigir personalmente la restauración de algunas piezas muy importantes.

—Sin duda, eso las acercó mucho… —dijo el inspector con la esperanza de obtener alguna revelación.

—Sí. —La joven evitó su mirada—. Tanto que las dos cayeron en desgracia —contestó con la voz claramente quebrada. Valiente acercó una mano a su cabeza para consolarla, pero no se atrevió a tocar a la monja. Ella levantó la vista y sus ojos aparecieron húmedos—. Es horrible, inspector. Horrible.

—¿Sabe usted de alguien que pudiera querer hacerles daño? —aventuró él. Ella lo miró, claramente escandalizada.

—¿Daño? Pero ¿cómo puede usted…? —respondió, con una mirada candente.

—Hermana —la calmó Valiente—, yo no puedo, ni creo, ni pienso. Solo sé que hay aquí dos mujeres que han muerto en unas circunstancias horribles y que es necesario averiguar esto. Lo único que puedo hacer para eso es preguntar. No juzgo a nadie, así que le ruego que no me juzgue a mí.

La monja respiró despacio, con los ojos cerrados, y se aprestó a seguir el hilo de las preguntas de Valiente.

—Yo tengo la impresión de que nadie las odiaba. Cecilia era la restauradora, Ángela era su pupila. Es cierto que, cuando nosotras llegamos, era la hermana Agustina quien más ayudaba a Cecilia, pero creo que para ella fue un alivio liberarse de esa carga en favor de una más joven y más preparada. Y Catalina estaba siempre muy próxima a Ángela, igual que un perrito faldero… Será porque no tiene mucho carácter y Ángela era toda alegría y temperamento. Somos monjas, señor —miró a Valiente fijamente a los ojos,

cambiando de uno a otro, como todo el mundo hacía, para decidir cuál de los dos era su favorito—, pero eso no nos hace menos humanas. Aunque somos profesas y hemos renunciado a muchas cosas, nuestra naturaleza está ahí. Puede haber celos o rencillas sin llegar hasta ese extremo, inspector.

Valiente la observaba con fijeza. Hablaba despacio, obligándose a no apresurarse, a pensar, a reflexionar. Al igual que la hermana Prisca, Raimunda le dio la impresión de ser una mujer de nervio, cuya vocación la había maleado hasta el punto de contener sus emociones y respirar hondo antes de hablar. «¿Será sano tanto autocontrol?», se preguntó, recordando a los *hooligans* ingleses y sus reacciones atávicas por cosas tan absurdas como el resultado de un partido.

Con la hermana Presentación, Valiente tuvo una impresión bien distinta. Templada de modales y formas, incluso demasiado, entró despacio, con la cabeza gacha, y se quedó de pie junto a la silla, sin mirarlo a los ojos, cosa que no varió durante todo el interrogatorio. Esta hermana, pensó, sí usaba gafas. Y, desde luego, no comía demasiado; todas cuantas había conocido hasta el momento eran mujeres magras y ligeras.

—La pérdida de los manuscritos es terrible —dijo la monja en un susurro—. Venían investigadores de todo el mundo, incluso de universidades prestigiosas.

—¿Sí? ¿De cuáles? —preguntó el inspector tras un incómodo silencio.

—Eton, Princeton, Heidelberg —contestó la hermana con parquedad. Valiente respiró hondo.

—Y ¿alguna de esas personas pareció sospechosa, alguien mostró interés en que le prestaran los documentos? —Un nuevo silencio prolongado. Valiente conservó la calma con dificultad hasta que la monja decidió contestarle.

—Eso se lo tendría que preguntar usted a la hermana María José, la archivera. Ella se encarga —respondió sin levantar la vista y con el mismo hilo de voz que predominaba en la conversación. Valiente estuvo tentado de darle las gracias y despedirla, pero eso no era posible; necesitaba más datos. Decidió armarse de paciencia y continuar sacando con calma las palabras a la monja.

—Sobre las hermanas fallecidas, ¿observó si alguien estaba

enemistado con ellas?

—No, señor. Las visitas vienen sobre todo a la iglesia, no creo que nadie prestara atención a las hermanas. —Valiente observó que Presentación descartaba las sospechas sobre las monjas de la congregación—. Aunque hay un grupo en el pueblo… —añadió, y guardó silencio nuevamente. El inspector ahogó un suspiro con dificultad.

—¿Qué grupo?

—*Skinheads*. Unos chicos extremistas. La otra semana fuimos a la ciudad la hermana Catalina y yo a comprar zapatos para dos hermanas, y había una protesta. Parece que atacaron el local de unos chicos homosexuales y los vecinos acusaban a un grupo de radicales. Quizás alguien así atacara a nuestras hermanas.

Era difícil escuchar sus palabras, en tono tan bajo y, además, mirando al suelo. De todos modos, al inspector Valiente le costó creer que unos *skinheads* homófobos fueran a un monasterio a atacar a dos monjas y robaran un documento del siglo XI. Aunque, naturalmente, cosas más raras había visto. Tomó nota de ello.

—¿Qué piensa la congregación, hermana? Del crimen, de la relación de las hermanas… —preguntó, sabiendo que nadie sería menos adecuado que Presentación para contestar una pregunta como aquella.

—No lo sé, señor. No hemos hablado nada, estamos muy conmocionadas. Las jóvenes conocíamos más a Ángela y todo el mundo la amaba, así que es horrible lo que ha pasado. —Una campana sonó desde el interior: dos toques largos, dos cortos—. Señor, si no le es molestia, me están llamando.

—¿Para el rezo?

—No lo sé, señor. Me han llamado con la campana —contestó Presentación, poniéndose apenas de pie.

—Pero ¿la han llamado a usted en concreto? ¿Cómo lo sabe? —Esta vez fue la monja quien se armó de paciencia, cerrando los ojos, respirando hondo. Finalmente, logró serenarse.

—Cada una de nosotras tiene su propio toque de campana, señor. Es la mejor manera de comunicarnos en un espacio tan grande. —Valiente compuso un gesto de asombro.

—Oh…, vaya entonces, hermana, por supuesto —dijo aliviado —. No la entretengo más. Eso sí —añadió—, es posible que necesite

hacerle más preguntas en estos días.

—Estaré aquí, inspector. —La hermana Presentación miró a los ojos a Daniel Valiente por primera vez, y una bella sonrisa adornó su expresión—. No voy a moverme. Si me necesita, simplemente mándeme llamar —afirmó, y salió por uno de los arcos en dirección al claustro.

La hermana Teresa le pareció mucho más directa que Presentación. Igualmente delgada y con gafas, pero con esa chispa que lucen las personas de agudeza mental, le agradó nada más verla. Ella se sentó a su lado sin remilgos y lo estudió despacio. Sin embargo, no le aportó mucho más de lo que ya sabía sobre Cecilia y Ángela, aparte de comunicarle que estaba ayudando con mayor asiduidad en el taller de restauración.

—La pintura me fascina y cada vez nos traen más lienzos, inspector. En el pasado hice pequeños cursos y me estoy planteando dedicarme. Me gusta todo el arte, en especial la música.

—¿Toca el órgano en la iglesia?

—Las campanas. Es muy divertido.

Valiente la miró encantado.

—¿Tocar las campanas es divertido?

—¡Pues claro que lo es! Cada una con su propio sonido, y esas pesadas maromas que te levantan los pies del suelo al subir —afirmó alegremente—. Aunque toco más instrumentos musicales, claro. De veras, adoro la música.

Valiente no salía de su asombro. Había esperado encontrar un grupo homogéneo de mujeres orantes, calladas y sin criterio propio; nada más lejos de la realidad de Santa Maria de Bruguers. Aquel era un grupo de lo más variopinto, con tantas individualidades como individuos y un montón de inquietudes de todo tipo.

La hermana Catalina era desgarbada y alta, algo menos delgada que la mayoría. Taciturna y con mucha más vida interior que social, le dio a Valiente la impresión de adolecer de gran timidez y palabra poco fluida. La monja le habló con especial cariño de la fallecida Ángela, a la que parecía ser bastante cercana.

—No es que hablemos mucho, pero es muy amable conmigo. Siempre es atenta y me sonríe, es muy alegre y me contagia su alegría —declaró, hablando de ella en tiempo presente, mientras su mirada se perdía por las cuatro esquinas del patio. Valiente pensó

que, sin duda, aquella monja que caminaba algo encorvada pese a su juventud, una mujer de aspecto gris y anodino, debía de valorar mucho aquellas muestras de afecto que venían de alguien que, según todos los indicios, brillaba con luz propia.

—También conoció a la hermana Ángela en el monasterio de Ávila, ¿cierto?

—Sí, señor.

—¿Y a qué se dedicaban ahí?

—Bueno… Cantábamos.

—¿Cantaban? ¿Todo el día? —preguntó Valiente maravillado.

—Bueno, es la principal actividad de ese monasterio. Sacan álbumes y con ello ganan dinero para el mantenimiento del lugar y para cubrir las necesidades de las hermanas, ya sabe.

El inspector se sentía cada vez más maravillado. Había visto ya algunos álbumes de monjes, de los de Silos, si no recordaba mal, y algunos otros; coros hermosos cantando todo tipo de canciones. Le había parecido una idea bastante original que veía fuera de contexto en un ámbito religioso. Con la explicación de la hermana Catalina, el asunto cobraba sentido.

—Pero ¿todas tienen buena voz? —quiso saber.

—Esa es la cuestión, que algunas no somos muy buenas en eso. Por esa razón me apunté a venir aquí, pensé que quizás sería más útil, aunque allí me encomendaban otras tareas. La verdad —añadió arrugando la nariz—, casi todas las que vinimos cantamos bastante mal.

Valiente reprimió una carcajada, imaginando un disonante coro de monjas jóvenes.

—Y aquí, ¿qué hace usted? ¿En qué colabora?

—Soy la sacristana, ayudo al párroco en las misas —contestó con orgullo. El inspector pensó que aquella mujer, probablemente, se sentía mucho más útil realizando aquella labor que cuantas le encomendasen en el monasterio del que provenía.

La hermana Elvira tenía un bello rostro. No de esa belleza indómita que adornaba las facciones de Raimunda, con sus insinuantes pestañas y labios. Era más bien lánguida y suave, de cabello rubio claro y piel blanca. Sus ojos azules no parecían tener un fondo capaz de ocultar nada.

—Ángela era, ¿cómo le diría? Un sueño. —Valiente la miró

alerta—. Sus atractivos hacían que todos quisieran complacerla. Amable, cariñosa, simpática y con buen humor. Aquí, ¿sabe?, no siempre es fácil el día a día. Pero una se sentía feliz solo de verla por la mañana. No me malinterprete, inspector —sentenció al ver la seriedad de Valiente—. Yo no estaba enamorada de Ángela ni nada por el estilo. Ella era una persona seductora. ¿Conoce a alguien así? Esas personas que solo te dan ganas de hacer lo que sea para que estén contentas, porque ni siquiera lo hacen aposta.

Valiente afirmó con la cabeza. Conocía a más de una persona que coincidía con esa descripción.

—Me he tomado la libertad de traerle una foto, señor. Aquí estamos las dos con Prisca…, con la priora. Es de la última fiesta de Santa Cecilia —le dijo, alargándole una pequeña instantánea en la que aparecían las tres mujeres. Y entonces comprendió cuanto había escuchado sobre Ángela hasta el momento. Tenía un rostro simétrico, hermoso, de facciones muy bien dibujadas y mirada profunda, hipnotizadora. Lo más notable era el aura limpia, la sonrisa sincera y la franqueza que su gesto revelaba.

La madre Emilia fue a su encuentro y se sentó a su vez junto a él.

—Ya ha interrogado a las jóvenes, las que llegaron el año pasado. ¿Quiere descansar? Esto es pesado, quizás desee seguir mañana.

—No se preocupe, madre. Se lo agradezco de corazón, pero el tiempo apremia. Interrogaré a las que llevan más tiempo aquí.

—Como guste, inspector. Si desea tomar algo, se lo haré traer por alguna hermana.

—Nada de eso, madre, no quiero molestar. Sigamos, por favor.

La siguiente en llegar fue la anciana que le había hablado en la entrada. Su cara severa y su ceño fruncido transmitieron al inspector una cierta zozobra.

—Soy Antonia, enfermera en funciones —dijo en tono bajo.

—Oh, disculpe, hermana…

—Antonia —repitió la mujer con sequedad, alzando la voz.

—Gracias. Creí que era usted la portera.

—Eso lo hacía antes, agente.

—¿Antes de cuándo, por favor? —preguntó Valiente, divertido al oírse llamar «agente».

—Antes de la llegada de esas jóvenes —contestó Antonia, con un cierto tono de desprecio que sorprendió al inspector jefe.

—Ya veo —se limitó a decir—. ¿Quién se encarga ahora de la portería?

—La hermana Luz. Al ser más joven, soporta mejor la intemperie.

—Y usted, ¿de qué se encarga?

—De la enfermería —dijo Antonia, haciendo un amago de sonrisa—. Parece que tiene usted la atención un poco dispersa, joven.

—Disculpe, estaba tomando notas —observó Valiente, algo fastidiado ante la justa afrenta que acababa de recibir—. Así que es usted enfermera.

—No, tan solo tengo algunos conocimientos de primeros auxilios, pero ya es algo si una tiene fiebre o se hace daño trabajando. La mayoría de las hermanas van al ambulatorio de la ciudad vecina… ¡Antes no hacía tanta falta salir de aquí a todas horas para cualquier cosa! —aseveró.

Valiente comprendió que se hallaba ante una monja no solo anciana, sino también a la vieja usanza, de manera que trató de no exasperarla más de lo que ya parecía estar.

—¿Qué sabía usted de Ángela y Cecilia?

El rostro de Antonia se contrajo en un gesto aún más severo y frunció con fuerza los arrugados labios.

—Que esa muchacha, Ángela, solo trajo el mal y el daño a nuestra casa, eso es lo que sé.

—¿Por qué? —Valiente se irguió en su silla—. ¿Acaso obligó a Cecilia a relacionarse con ella?

Sin quitarle la vista de encima, Antonia habló en un susurro.

—Claro que no, pero usó todas sus artes… Esa muchacha no era buena, señor.

—Pues tengo entendido lo contrario —contestó el inspector, tratando de no parecer airado—. Todas hablan maravillas de ella, dicen que era buena con todos.

—Malas artes… —musitó.

—Entonces —dijo Valiente, recuperando la compostura y tosiendo un par de veces—, ¿cree usted que alguien quería el mal de esas mujeres?

—Eso es evidente —respondió la vieja monja, con una sonrisa que erizó los vellos de la nuca del inspector—. Si no, ¿cómo explica lo que les ha pasado?

«Si no fueras una anciana menuda y encorvada, obviamente débil, ya tendríamos una clara sospechosa», pensó, sintiendo un intenso escalofrío a lo largo de la columna vertebral.

Continuó el interrogatorio con las hermanas restantes, tomando nota de cuanto le decían, observando el tono, los gestos. Cosas que podían ser útiles más tarde, cuando repasara toda aquella información.

Al finalizar, Valiente salió del patio y tomó la galería para dirigirse a la puerta. «*Skinheads*… No creo, desde luego. Además, con lo ruidosos que son… Bah, absurdo. Me inclino, más bien, porque haya sido alguna beata loca… O un coleccionista. Pero ¿el crimen? Eso lo descuadra todo… Aunque, por supuesto, habrá que hacer las comprobaciones oportunas. Todas esas mujeres parecen tener buena relación y una sincera admiración hacia las fallecidas… Todas, excepto Antonia, claro», pensó, sintiendo de nuevo el escalofrío de antes.

Embebido en sus pensamientos, Valiente chocó sin querer con una monja que se apresuraba por el pasillo.

—Oh, disculpe, hermana… ¡Prisca! ¿No debería usted estar rezando nonas? —La monja mostró franco asombro.

—¡Vaya! ¡Sí que está bien informado! Tengo tiempo, ahora voy. Solo quería verlo un momento.

—¿Y para qué, si puede saberse? —preguntó el inspector con desconfianza.

—Para decirle que la abadesa nos ha llamado a la sala capitular fuera de horario. Eso solo lo hace cuando pasa algo muy grave, y esto lo es. Será la ocasión perfecta para observar y leer entre líneas, escuchar…

—¡Genial! ¿Puedo ir? —A Prisca le dio risa su entusiasmo.

—Por supuesto que no. No se preocupe, yo estaré y escucharé, deduciré… —añadió con aire misterioso. Valiente se puso en guardia.

—Gracias, no es necesario que deduzca nada. Yo cobro por eso, ¿sabe? Lo que necesito de ustedes son testimonios y pruebas, no deducciones. Esto no es una novela, hermana, es la vida real.

Déjeme hacer mi trabajo. —La hermana Prisca inclinó la cabeza como un pájaro y lo miró con curiosidad—. Me voy, volveré mañana —dijo el inspector, volviéndose hacia la puerta y deteniéndose de pronto—. Prisca, ¿usted también tiene su propio toque de campana? —La monja asintió con energía.

—Por supuesto, como todas —contestó.

—Es curioso, ¿no? Esa forma de llamarse… ¿No es más práctico poner un mensaje con el móvil? —Prisca elevó la vista al cielo y negó lentamente con la cabeza.

—Un mensaje con el móvil… ¡Madre mía, inspector, para ser usted un *dandy*, tiene muy poco sentido del *glamour*! —le soltó con un desparpajo que dejó a Valiente de una pieza. Su gesto de pasmo le arrancó una carcajada a la priora. Airado y dolido en su pundonor, Valiente se volvió de nuevo hacia la puerta, apretando el paso con cuanta dignidad pudo reunir. Prisca detuvo la risa—. Además, aquí no usamos teléfonos móviles, ¿sabe? ¡Esto es un monasterio de clausura, inspector!

—Hasta la próxima, priora Prisca —musitó él sobre su hombro.

—Vaya con Dios, inspector —se despidió ella, mientras Valiente se volvía y le dirigía una mirada gélida antes de abandonar el recinto.

«Duro de mollera, como mi padre…», concluyó Prisca mientras, sin abandonar su sonrisa, se dirigía a la iglesia a rezar nonas.

17:30 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

Con unos gruesos guantes de jardinería que protegían sus dedos regordetes, la hermana Agustina se esmeraba en el trasplante de una mata de crisantemos. Los años se notaban; tiempo atrás, no le costaba nada inclinarse en el jardín el tiempo que hiciera falta. Ahora, en cambio, pasados los cincuenta, la espalda no parecía dispuesta a permitirle esas veleidades. Pero Agustina adoraba aquellas flores; había leído en algún lugar que, para los japoneses, el crisantemo tenía un significado según su color, como pasa con tantas otras flores. Así, el crisantemo rojo transportaba amor; el blanco, verdad y lealtad. El amarillo, en cambio, amor desairado. Se preguntó, pues, quién habría llevado al jardín aquellos crisantemos amarillos. No sabía quién los había plantado, aunque estaba claro

que era necesario trasplantarlos ya. «Lo más probable —pensó— es que quien los trajera ni siquiera conociese su significado». Concentrada en esa idea, la distrajo una sombra que se situó junto a ella, tapando parcialmente la planta. Alzó la vista y vio a la archivera observando sus evoluciones.

—María José —se limitó a decir sin tono alguno, continuando con su trabajo.

—Bonitas flores, Agus —dijo su hermana a modo de respuesta, inclinándose sobre la mata con cierta agilidad y acercando la nariz —. ¿Llevas mucho rato ahí inclinada? ¡Después habrá que ayudarte para que te endereces!

—Ya lo puedes decir, hermana… ¡Los años no pasan en balde!

—¿Qué años? Tenemos los mismos, y yo tengo bien la espalda; di mejor los kilos —puntualizó María José guasona. Agustina levantó la vista hacia ella, usando la mano a modo de visera para que el sol de la tarde le permitiera mirar a su hermana a los ojos.

—¿Tan gorda me ves? —preguntó con terror. La archivera sonrió.

—No, mujer, si es broma… Un poco gordita, pero te sienta bien.

Satisfecha, Agustina siguió con su labor. María José se agachó a su lado.

—¿Te ha interrogado ya ese inspector jefe con pinta de David Bowie? —La restauradora sonrió.

—Sí, y no he podido decirle gran cosa. Solo que estaba durmiendo y que de pronto escuché gritar a la priora y salí.

—¿No te ha preguntado nada más? A mí me ha preguntado sobre la relación de Ángela y Cecilia.

—A mí también, pero no sabía nada.

—Tonterías. —La voz de Antonia se unió a la conversación, y las hermanas levantaron la cabeza y observaron como llegaba con paso lento, avanzando por el pequeño camino de piedra del jardín—. Era evidente, esa muchacha volvió loca a Cecilia.

—No digas eso —le contestó María José, frunciendo el ceño con tristeza—. Yo estoy segura de que no la obligó a nada.

—Pues claro que no —añadió Agustina—. Cecilia era mayorcita: si algo hizo, fue porque quiso.

—Vamos a ver —Antonia se paró de pie a su lado y las contempló alternativamente—, ¿acaso había mostrado Cecilia

alguna inclinación así en todos estos años? Y ya no lo digo por mí, que soy vieja… Pero Luz, por ejemplo, es joven como ella…, ¡y siempre se comportaron las dos de manera recta!

Agustina puso los ojos en blanco.

—Poco pareces saber de relaciones humanas, hermana…

—¡Naturalmente! ¡Por algo soy monja de clausura!, ¿no? Si quisiera saber de ese tema estaría en el mundo, y no retirada en un monasterio. ¡Eso es lo que debieron hacer ellas!

—En eso te doy la razón —intervino María José—. Aun así, es cierto lo que dice Agustina: esas cosas no se buscan ni surgen con cualquiera, y a Cecilia, al parecer, le pasó con Ángela de una forma tan violenta que ni siquiera pudo evitarlo.

—Eso mismo —añadió Agustina, prestando de nuevo atención a sus crisantemos.

—Yo digo —continuó Antonia— que esas jóvenes tan solo nos han traído problemas. —Sus interlocutoras se volvieron a mirarla al unísono—. Tú, Agustina, estabas de ayudante en el taller de restauración y las cosas iban bien, ¿no es así? ¿O acaso tuvisteis alguna queja de vuestro trabajo?

—Pero era insostenible —contestó pacientemente Agustina, que continuaba agachada en el suelo junto a sus flores—. Cecilia y yo no dábamos abasto; gracias a Dios teníamos mucho que hacer y nadie podía ayudarnos. La llegada de las jóvenes fue una bendición, especialmente Ángela, con sus conocimientos de arte. ¡Nuestro trabajo ganó muchísimo en calidad gracias a ella!

—Sin mencionar —dijo María José— al resto de las recién llegadas. Teresa también sabe de restauración; Elvira, Presentación y Raimunda echan una mano siempre que es necesario, y al ser jóvenes, no se cansan, y hacen además otras cosas. Y nosotras podemos ocuparnos en quehaceres que teníamos descuidados.

—Sí, yo me encargo de la cilla, que estaba desordenadísima, y ahora encuentras cualquier cosa a la primera. Lo tengo todo clasificado y va genial: cualquiera que busque algo, da con ello fácilmente. Y sigo en el taller, pero puedo emplear más tiempo y los resultados son mejores.

—Yo ya no tengo que subir a tocar las campanas, Teresa se encarga casi siempre. Me daba pánico esa escalera empinada y esos arcos con caída libre. —La recorrió un escalofrío—. No sé como

nadie se ha caído por ahí todavía.

—Y Prisca —dijo Agustina— ha sido determinante. Fue un acierto elegirla para ejercer de priora, es muy buena organizando todo. Yo no me aclaro con la informática y ella se encarga de los trámites administrativos, permisos, horas para el médico… Es un enorme descanso, Antonia, y deberías estar agradecida.

—Ya veo que estáis muy contentas… Yo no digo que no hayan traído vida a nuestra comunidad, pero estoy horrorizada. ¿Vosotras, no? ¡Nunca pensé que llegaríamos a vivir algo así!

María José puso una mano sobre el hombro de Antonia y la miró a los ojos, sonriendo con suavidad.

—Hermana, sería una tontería negar la conmoción de lo que ha pasado. En verdad es algo que nos supera a todas y que nadie comprende. De todas maneras, no caigamos en culparnos unas a otras; por mi parte, voy a rezar más que nunca y a confiar en la policía, que descubrirá qué ha pasado y por qué.

—Desde luego —añadió Agustina—. Al margen de lo bien o mal que pudiera estar esa relación entre ellas, el crimen perpetrado no tiene perdón de Dios. Es necesario que ese policía vea qué ha pasado y nos lo explique bien, para que nadie ande diciendo cosas que no son.

—Parece un buen policía —dijo María José.

—¿David Bowie? —preguntó Agustina divertida.

—Ese mismo —contestó la archivera.

Ambas miraron a Antonia, que abrió mucho los ojos y, meneando la cabeza con resignación, se alejó de sus hermanas, que no pudieron evitar una discreta risa.

21:00 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

Los cantos y las lecturas de la misa se desarrollaron con serenidad. Pero, a diferencia de otras veces, un cortante frío y una infinita tristeza parecían invadir el ambiente. Prisca apenas levantó la vista para mirar a las otras, aunque se percibía el duelo, las preguntas, la sorpresa, el miedo. Era como si la oración surgiera de los labios de las pías mujeres sin sentir, sin pensar, absortas cada una en los duros pensamientos que la escena de aquella madrugada les había causado. La priora estaba segura: cada una, al igual que ella misma,

había extraído sus propias conclusiones, aunque sin duda era todavía demasiado pronto para digerir aquellos acontecimientos. La pequeña monja decidió mantener la cabeza baja y concentrarse en la oración; habría, sin duda, tiempo para todo.

Al concluir el rezo, las hermanas, precedidas por la madre abadesa, fueron en silencio a la sala capitular, en la planta baja del monasterio. Se dispusieron alrededor y, sin decir nada, la madre Emilia ocupó la zona central de la habitación.

—Hermanas —dijo con voz clara y limpia—, todas sabemos lo que ha sucedido esta mañana. Alguien ha llevado a cabo un espantoso crimen contra dos de nuestras hermanas en Cristo. Ellas mismas estaban cometiendo una falta. Nada habían dicho sobre sus sentimientos ni su relación y, que yo sepa, no habían pedido a Roma su renuncia como religiosas. Día tras día nos reunimos en esta sala para confesar nuestras faltas, pero jamás dijeron nada públicamente, ni en señal de arrepentimiento ni por el hecho de desear cambiar de vida.

»Bien es sabido por todas que nuestra Orden no hace el voto de castidad; también que este tipo de relaciones no pueden mantenerse entre estos muros. Nos debemos a la regla de san Benito. Debieron confesarlo o, quizás, pedir permiso para dejarnos. No lo hicieron, manteniendo, por lo que puede deducirse, una relación secreta, y contraviniendo de ese modo nuestra forma de vida. Dios me juzgará por la actitud de esas dos almas a mi cargo, y no tengo excusa: ante él pediré perdón humildemente y aceptaré el castigo que merezca. Pero hay algo más.

»Han ocurrido otros delitos. Además del doble asesinato, perpetrado sin duda por una persona desalmada que, por razones que desconocemos, decidió acabar con la vida de nuestras hermanas de manera horrible, también nos han sido sustraídos los manuscritos de nuestra honorable huésped, santa Hildegard von Bingen. —Miró despacio a su alrededor, hallando tan solo cabezas gachas y ojos cerrados, salvo los de la hermana Prisca, que, igual que ella, observaba a cada hermana con atención.

»La policía se pregunta si ambos delitos han sido cometidos por la misma persona y si tienen relación. Ese es su trabajo y debemos dejarlos investigar, sin inmiscuirnos en sus pesquisas. —La madre miró por el rabillo del ojo a la priora, que no levantó la cabeza—.

Las conmino a todas ustedes a responder a cuanto les pregunten que pueda favorecer la investigación, según me consta que ya han hecho y les pido que continúen haciendo, así como colaborar con la policía en cuanto les sea menester. Y… —hizo una pequeña pausa, suavizó su voz y fijó la vista en las hermanas, una por una— si alguna tiene algo que decir, algo que le pese, ahora es el momento. Por supuesto, mi puerta está abierta para escuchar cualquier inquietud que las perturbe.

La madre Emilia salió del centro de la sala, se situó al lado de las hermanas y bajó la vista. Fue la hermana Teresa la primera en hablar.

—Yo sentí envidia —dijo—. La hermana Agustina me estaba enseñando su trabajo y yo tenía la esperanza de poder repintar la imagen de Nuestra Señora de Meritxell que nos mandaron desde Andorra. Pero no tenía titulación y la hermana Cecilia eligió a Ángela, que sí la tenía. Lo siento —dijo con la voz sollozante mientras volvía a guardar silencio.

—Yo sentí celos. —Raimunda alzó la voz—. Ángela era mi amiga y ahora pasaba casi todo el tiempo con Cecilia. Lo siento.

—Yo… sentí rabia. —María José, encargada del archivo, habló en voz baja—. Hace ya muchos años que me dedico a la conservación de los documentos de santa Hildegard, mucho antes de que ella fuera santa, cuando era venerada como doctora de la Iglesia. Los restauré uno por uno, les eliminé el moho y todas las manchas, restauré las letras borradas, usando tintas sintéticas que emulaban exactamente a las originales… Y cuando supe que los habían robado, me indigné. Se llevaron el fruto de mi trabajo de tantos años… Me enorgullecía del resultado de mi tarea, olvidando que la hice para mayor gloria de Dios. Pequé de rabia y orgullo, y lo siento —dijo en un susurro.

El silencio reinó en la sala los siguientes minutos, tras los cuales, la madre abadesa dio permiso a sus hijas en Cristo para retirarse y descansar, dispensándolas de su trabajo en aquel aciago día, hasta la hora de vísperas.

Prisca se dirigió directamente a su celda y sacó del pequeño armario el ordenador portátil que, como administradora y contable del monasterio, guardaba. Al menos, esa era la versión oficial ante sus hermanas, que no conocían sus actividades novelescas. Lo puso

en marcha y abrió la página de «Tusescritos.com», donde solía escribir. Una a una, las historias que había publicado en los últimos meses desfilaron ante sus ojos. Una sonrisa se pintó en su cara al descubrir el sobrenombre de su principal seguidora, Ruth, su querida sobrina. Todavía recordaba la contrariedad que causó en la chica que su tía Prisca, la que había cuidado de ella desde siempre, fuera a recluirse en un monasterio.

Su hermano se había casado con una mujer hermosa que trajo a este mundo a la preciosa Ruth, de grandes ojos azules que todo lo veían, tanto por fuera como por dentro. Niña amable y bondadosa, fue, sin embargo, descuidada por su madre cuando esta se divorció del hermano de Prisca y pasó a dedicar desde entonces su vida a sí misma. Su padre se fue a vivir con otra mujer y Ruth, a sus ocho años, quedó en tierra de nadie, teniendo una familia sin tenerla. Prisca, que por entonces era adolescente, se acercó a la pequeña y le dedicó todo el tiempo que sus estudios le permitieron. La llevaba a cines, exposiciones, al zoológico, al acuario, a cualquier lado que la hiciera feliz. Pero lo que más le gustaba a Ruth eran las historias que su tía inventaba. Los cuentos empezaron a saberle enseguida a poco a la inteligente niña, así que Prisca comenzó a idear historias de misterio y, más adelante, Ruth y Prisca comenzaron a escribir a cuatro manos novelas policíacas. Poco después, la joven sobrina le hizo saber que era posible publicar en internet esas historias y hacerlas llegar de forma gratuita a un gran público, de modo que publicaron algunas juntas. Fue entonces cuando la chiquilla tuvo la idea de firmar los escritos que publicaban con el sobrenombre del Ángel Blanco.

Tuvieron muy buena acogida y Ruth parecía entusiasmada con la idea. Continuó escribiendo y decidió ser novelista. Acababa de iniciar sus estudios de Filología cuando su querida tía le anunció que iba a entrar en un monasterio.

—¡No puedes estar hablando en serio! ¿Tú, monja? ¡Venga ya! ¡No me hagas reír! —exclamó, aunque su cara no parecía en absoluto presta a la risa.

—Ruth. —Prisca no supo contestarle enseguida—. Es mi camino, lo sé. Quiero hacerlo, siento esa pulsión.

¿Cómo explicarle? Su vida no había sido especialmente difícil, era cierto, y desde muy niña le gustó la teología y el estudio de las

religiones. Siempre tuvo fe y no le importó decirlo sin tapujos ni practicarla, para incomprensión de la mayoría de sus amigos y familiares. Nada le daba mayor paz que entrar en una iglesia y, secretamente, siempre había mirado con cierta envidia a las monjas, unas mujeres que le parecían independientes y autosuficientes, distinguidas por su hábito de la podredumbre de un mundo que se venía abajo en caída libre por la falta de valores y, sobre todo, por una absoluta carencia de amor al prójimo. De manera que, finalmente, decidió dedicarse en cuerpo y alma al que había sido su sueño desde muy temprana edad, dijeran lo que dijesen sus familiares. Claro estaba que Ruth formaba parte de ese peculiar colectivo: su familia.

—¿Pulsión? —le gritó—. ¿Qué pulsión, la de que te manden todo, la de flagelarte, la de pasar el día culpándote de los males de este mundo encerrada en un convento? ¿Cosiendo sotanas y vistiendo santos? ¿Esa pulsión?

Prisca había guardado silencio un minuto. Después, probándose a sí misma, sacó temple y calma y le contestó.

—Eso no es así, Ruth. Voy a un monasterio, no a un convento. Y, desde luego, no nos flagelamos ni nada de eso. Y no voy a coser sotanas. Soy informática, y también administrativa. Puedo llevar las redes y la administración del monasterio. Haré un trabajo, Ruth. Claro que rezaré… Querida, nadie me va a estar pisando, esas cosas son antiguas. La vida en los monasterios ha cambiado, estamos en el siglo veintiuno. De hecho, en los benedictinos no ha sido nunca como crees. En realidad, el concepto de la gente es bastante novelesco por culpa de ese monje albino de Dan Brown y cosas por el estilo…

—¿Y nuestros escritos, nuestro Ángel Blanco?

—Ruth. —Prisca trató de abrazarla—. Sé que te hago daño, pero debo seguir mi camino, igual que tú debes seguir el tuyo. —Levantó la mano para acariciarle el pelo. La chica se desasió del gesto.

—¡Déjame! ¡Hazlo, sigue tu camino, como todos! ¡Olvídate de mí!

En los días posteriores, Ruth no había querido verla. Prisca tuvo un verdadero conflicto interior; se preguntó si estaba siendo egoísta o si obraba mal al seguir su destino. Rezó mucho, ya que parecía que la oración le daba respuestas. Finalmente, llegó a la conclusión

de que debía seguir su senda, aunque dejándole claro a Ruth que siempre iba a estar ahí para ella. Sin embargo, la chica no había consentido en dirigirle la palabra. No contestaba sus llamadas, sus mensajes o sus correos.

Pasado algún tiempo, una vez en el monasterio, después de los meses de preparación y justo al comenzar el noviciado, la hermana Prisca supo por su hermano que Ruth había caído enferma de fibromialgia y permanecía en cama, convaleciente. Trató de contactar de nuevo con ella, sin éxito. Sin saber qué hacer, Prisca estuvo dándole vueltas durante días y, finalmente, acudió a la que entonces era su madre abadesa. Le habló de su inquietud para con su sobrina, de su miedo a que la chica se sintiera demasiado sola y abandonada y de la negativa de esta a comunicarse con ella, así como de su reciente y grave enfermedad. Le dijo que aquello era una herida abierta en su corazón que la anclaba demasiado, aunque sus convicciones eran cada vez mayores. Y le contó su experiencia de autora de novela policíaca y que tenía un seudónimo, aunque no le dijo cuál.

—Si está en cama, seguro que se conecta a internet. Si continúo escribiendo para ella con el mismo seudónimo que usábamos…, sin duda, leerá mis historias y se sentirá en compañía.

La abadesa dudó unos instantes. Prisca era demasiado joven y era posible que aquello la apartase de su vocación. Llegó a la conclusión de que, si así era, bien estaba; debía tener la oportunidad de saber cuál era su camino, cuáles sus deseos y necesidades, antes de profesar. De modo que le dio su permiso para escribir.

Pronto, el Ángel Blanco retomó sus escritos policíacos y, con gran alegría, empezó a ser seguido por el Pequeño Ángel Blanco; su sobrina ni siquiera disimuló el seudónimo. Conseguido su objetivo, Prisca no dejó nunca de escribir para su querida Ruth, aunque eran ya varios miles sus seguidores. No tardaron los comentarios del Pequeño Ángel Blanco, tímidos al principio, cada vez más personales después, aunque la inteligencia de Prisca le aconsejó no pasar nunca ciertas barreras; la línea era frágil y no quería romperla bajo ningún concepto.

Y así, al llegar a Santa Maria de Bruguers, comentó a la madre Emilia sus actividades en internet. Esta, al ver a una monja ya

profesa, entregada, humilde y cumplidora, que sentía que era su deber mantener la relación con su amada sobrina enferma y sola de una forma tan peregrina, no puso inconveniente alguno en que la hermana Prisca continuara con sus escritos, «siempre y cuando no alteren otras obligaciones que usted tenga».

—Por supuesto, madre, descuide; soy de dormir poco —había contestado sonriente.

Al revisar los comentarios, en busca de alguno de Ruth, Prisca vio que tenía un nuevo seguidor. Nunca prestaba mucha atención; crecían como setas y ella daba gracias a Dios por permitirle llevar un poco de paz y distracción a atribuladas vidas que desconocía. Pero ese nuevo seguidor atrapó su mirada: el Príncipe Valiente. La monja se regocijó, gratamente sorprendida.

«Perfecto, inspector; pues vamos a ello». No le pareció prudente transmitir al mundo el proyecto que se estaba formando en su cabeza, de modo que revisó la configuración de privacidad de su página para que tan solo el Pequeño Ángel Blanco y el Príncipe Valiente pudieran leer su nueva historia. Hecho esto, comenzó a escribir.

MISTERIO EN EL MONASTERIO

> En aquella terrible noche, la lluvia chocaba contra los cristales formando un siniestro eco en el pasillo de celdas. Dos cuerpos sin vida, atravesados por una larga espada, yacían en el sencillo catre. Y la sagrada reliquia… ¡había desaparecido! ¿Quién pudo entrar aquella noche negra en el monasterio? Parecía difícil de creer… Los viejos goznes de la puerta hacían mucho ruido, muchísimo, además de que siempre se hallaba cerrada con llave de doble vuelta, una llave que la portera llevaba encima a todas horas. ¿No habría la comunidad escuchado ruido semejante en el silencio de la noche? Y el archivo donde se guardaba la reliquia, ¿no habría sido registrado hasta dar con ella, que no se hallaba expuesta al público? Y, sobre todo, ¿por qué habría querido el ladrón cometer un doble asesinato?
>
> El maravilloso e inteligente policía al cargo de la investigación no podía saberlo, pero la noche siguiente, en la sala capitular, varias de las monjas mostraron cierta inquina hacia las fallecidas. La monja campanera habló de envidia, la monja sin gafas habló de celos, la monja archivera, de orgullo y rabia… Sin embargo, lo mejor fue lo que nadie dijo. Los

> silencios, los ojos que no aparecían hinchados por el llanto, las miradas de soslayo… Incluso la canción que la monja cillerera cantaba bajito mientras iba a la intendencia a inventariar… Y es que la idea de que hubiera entrado un intruso parecía del todo absurda. ¿Sabría un intruso dónde se guardaba la sagrada reliquia? ¿Se habría arriesgado un intruso a entrar de noche en un monasterio, un lugar lleno de monjas de sueño ligero, para robar unas viejas páginas? ¿Habría tenido un intruso tantas precauciones como para romper una cerradura sin ser oído, después de abrir con llave la puerta del monasterio, que no aparecía forzada? ¿Era posible hacer tal cosa sin un cómplice dentro? Y, sobre todo, ¿se arriesgaría un intruso aún más, subiendo al pasillo de celdas, abriendo únicamente la celda donde yacían las dos monjas amantes y asesinándolas de una forma tan ruda, a riesgo de ser descubierto, oído, incluso reducido? ¿Por qué?, ¿para qué?

Con una sonrisa, la hermana Prisca cerró el pequeño portátil. «Ahora, veamos qué pasa, querido Príncipe Valiente».

23:50 h, Barcelona

El inspector Valiente daba vueltas por su pulcro apartamento de un solo ambiente.

—¡Maldita monja! —exclamó. El ruido del tráfico nocturno del centro de la ciudad apenas llegaba a través del doble acristalamiento de la ventana que daba a la avenida, poco concurrida a tan altas horas de la noche. El sonido amortiguado arrullaba su cerebro y le permitía trabajar sin distracciones—. ¿Qué sabe ella? Un intruso puede perfectamente entrar, es muy fácil hacerse con la llave de unas monjas confiadas… ¡Seguro! Y un buen ladrón puede forzar cualquier cerradura… ¡Anda que no lo he visto veces! —decía en voz alta para ordenar mejor sus pensamientos—. Lo malo es que no hay huellas. Ni en el palo, ni en el suelo… Hay que esperar a la Científica, que terminen de pasar el informe. Porque si no, ¿una de ellas? Eso sería… bizarro cuando menos.

Se dirigió deprisa a la cocina y sacó de la nevera una botella de zumo de naranja. Se sirvió un vaso y lo bebió de un trago.

—Endemoniado caso. Mañana vuelvo… ¡Mañana les saco todo lo que no me están contando!

Y, enfadado, se metió en la cama y tomó de su mesita de noche

un libro, *Vida y visiones de Hildegard von Bingen*, con la esperanza de que lo ayudase a dormir.

CAPÍTULO 2

Sábado, 19 de octubre

08:15 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

Mientras limpiaba con una mopa el suelo del refectorio, la hermana Elvira hacía filosóficas preguntas en voz alta.

—¿Quién puede comprender los anhelos del alma humana? —decía sin parar de abrillantar el bruñido suelo. Raimunda y Prisca la ayudaban mientras Antonia limpiaba con calma el polvo de la mesa central y las sillas, barrote por barrote.

El sábado, día de limpieza general, tenían la ocasión de hablar con mayor libertad y, debido a los recientes acontecimientos, todas tenían algo que decir.

—Los deseos incontenibles solo ensucian el corazón y embrutecen el espíritu —respondió Antonia.

—Amén —dijo Prisca con un leve dejo de sorna.

—Antonia —le contestó Elvira—, no hablemos así, las pobres fallecieron de esa forma horrible…

—Desde luego, horrible —musitó apenas Raimunda—. Quien lo hiciera no tiene perdón.

—¡Menos perdón tienen ellas! Yaciendo de ese modo… ¡Nada bueno podía traerles! —alzó la voz la anciana monja, mientras la abadesa y dos hermanas más, Teresa y Catalina, entraban en el refectorio, llevando consigo las cortinas limpias para la ventana. Al oír las imprecaciones de Antonia, la abadesa la reprendió severamente.

—¿Por qué alzas la voz, hermana? —preguntó con clara censura en la suya, que no levantó en absoluto.

—Hablaba de las hermanas fallecidas, madre. Decía que cayeron en pecado y que eso no podía traerles nada bueno… —contestó Antonia, claramente avergonzada. La abadesa no apartó la vista de

ella.

—La maledicencia no es buena. Y lo digo por todas. —Se volvió, mirando de una en una a las demás hermanas—. Les recomiendo no buscar la paja en el ojo ajeno. Y cuanto menos hablemos de esta desgracia, mejor para todos. Hagan su trabajo y dejen a la policía hacer el suyo. Catalina, Teresa, encárguense de colgar la cortina —añadió con aspereza, pero tratando de no perder la compostura. Las miró de nuevo fijamente y se dirigió a la puerta del refectorio—. ¡Ah! —Se detuvo—. Cuando vayan a comprar, recuerden traer tinta para la impresora, que ya avisa de que se está agotando.

—Hay que ir pronto, madre —intervino Prisca—. También necesito folios.

—Y sacos industriales para la basura —añadió Agustina—, que abrí un paquete hace nada y ya se ha acabado —dijo con extrañeza.

—Bien, pues apunten todo. Y otra cosa: el lunes vendrán a arreglar la campana extractora de la cocina. ¿Quién estará al cargo?

—Yo, madre —dijo Prisca—. La semana que viene me toca a mí.

—Esta semana estoy yo, madre —dijo Antonia con voz compungida por la riña de su superior.

—Bien. Pues vendrán a arreglarla. Como ustedes me dijeron, un motor no le funciona.

—Habrá que decir, de paso, que la pieza delantera está suelta. A ver si pueden sujetarla. —Antonia hablaba en voz muy baja. A pesar de ser mayor que Emilia, la rectitud y el respeto a la regla de san Benito que la abadesa mostraba en todo momento la intimidaban.

—Gracias, hermana —dijo la madre en tono pausado—. Lo tendré en cuenta.

Y, al igual que un fantasma, abandonó el refectorio sin hacer el menor ruido.

—A mí no me sorprende —murmuró Catalina al ver alejarse a la madre abadesa—. Tan hermosa, Ángela. Con esas pestañas largas y esos rasgos tan bellos. Por más que quisiera, no podía evitar llamar la atención.

Elvira y Prisca se miraron. Antonia seguía enfadada y los comentarios de Catalina no ayudaban; parecía urgente cambiar de tema.

—¿Alguien ha visto mi libro de recetas de repostería? —

preguntó Elvira—. No lo encuentro por ningún sitio.

—Ni yo mi libro de oración —dijo Catalina—. Debí de olvidarlo en la iglesia; desde el jueves que no lo veo, a ver si lo encuentro. Me lo regaló Ángela —añadió con voz melosa—. Era muy amable.

—Pues Cecilia no era tan zalamera como para andar haciendo regalos porque sí, y, además, jamás había protagonizado el menor escándalo. ¡Nunca! Era recta y buena, y hacía un excelente trabajo. Ese demonio la tentó —dijo Antonia. Todas guardaron un prudente silencio.

—Hermana —intervino Prisca—, no debe usted decir esas cosas. La pobre Ángela murió y estará en la gloria de Nuestro Señor…

—¡Estará en el reino de Satanás, que es el que le corresponde! —exclamó Antonia, mirando fijamente a las demás. Raimunda le sostuvo la mirada, Teresa bajó la suya, Catalina compuso un gesto de miedo y asombro, al igual que Elvira, que parecía triste ante la declaración de su compañera. Prisca no perdió detalle.

—La madre tiene razón —dijo—, mejor será que trabajemos más y hablemos menos.

Y todas continuaron sus tareas de limpieza en un incómodo silencio, tan solo roto por la campana del ángelus.

08:22 h, Barcelona

Valiente descolgó su teléfono móvil con un gruñido, al tiempo que trataba de quitarse el sueño de los ojos. Había pasado una noche horrible, con pesadillas y despertares súbitos, empapado en sudor. Solo cuando el sol comenzó a asomar entre las rendijas de la persiana logró conciliar el sueño. Dos horas después, Pinilla lo despertaba.

«Juraría que es sábado», se dijo mientras se acomodaba en la cama teléfono en mano.

—Comisario —murmuró.

—¡Valiente! Acaba de llegar el informe completo de la Científica. Venga al café de abajo de su casa y se lo paso.

El inspector pensó que su comisario debería de estar de broma. «¿Venga al café?». Pero ¡si estaba en la cama! Había que levantarse, ventilar el apartamento, darse una ducha, hacer la cama y vestirse antes de poder salir. Todo, una media hora, más o menos. A

Valiente se le hizo un universo la idea.

—Comisario, me pilla en la cama. ¿No podemos quedar más tarde?

—¡Nada de eso! Eche de ahí a quien tenga al lado y baje, yo lo espero. No podemos alargar esto, ¿lo entiende? ¡También es sábado para mí, y yo tengo familia! —El comisario pareció darse cuenta de su rudeza y suavizó el tono—. No se preocupe, ya contaba con aguardar un rato. Venga cuando esté listo.

«Cuando esté listo… Eso suena bien», se dijo Valiente. Estiró el brazo izquierdo y palpó la sábana. Estaba fría, como siempre. Reconocía que se sentía cómodo solo, sin complicarse la vida con nadie. Huía de las quedadas después del trabajo. La soledad siempre dolía menos que la pérdida. Miró el lado vacío de la cama. Recordó el cuerpo delgado y blanco. Su risa, el cabello corto. Su inquietud periodística y las ganas de arreglar el mundo. La última llamada. Ese «te echo de menos» que le llegó al alma. Luego, al día siguiente, la maldita carta que recibió de la redacción de su periódico, donde lo informaban de su trágica muerte en Kabul, mientras cubría un reportaje de un ataque del ISI. Un activista se había inmolado junto a ellos, y murieron nueve periodistas.

Gritos, impotencia, llanto incontrolable.

El alma y el corazón que se fueron secando, al igual que el cuerpo y la libido. En solo un año, el atlético, alegre y risueño Daniel Valiente se convirtió en un asceta maníaco del orden, de la limpieza, quizás para borrar de su mente cualquier recuerdo o imagen que hiciera daño. Sin pensar ni sentir nada, estaba a salvo. No volvería a llorar, se había quedado seco. Retiró las sábanas hasta dejarlas caer al suelo inmaculado, se despojó de su pijama y se metió en el baño.

La mañana soleada, a pesar del clima frío, lo saludó al salir a la calle, que se le antojó voluptuosa, con sus árboles teñidos de rojo, amarillo y marrón, el olor a castañas asadas y las elegantes gabardinas de las mujeres que paseaban por la avenida Diagonal. En contraposición, la silueta rechoncha del comisario con su abrigo a cuadros, que lo esperaba tras la cristalera del bar de abajo. Valiente entró en el local con una sonrisa divertida, que el comisario le devolvió.

—¡Buenos días! Le he pedido una de esas marico…, de esos

dulces que le gustan. El café con leche pídalo usted, que si no se enfriaba.

—Gracias, comisario —contestó Valiente, tratando de corresponder al intento de amabilidad de su superior—. ¿Me deja ver el informe?

—Claro. —Pinilla le alargó una carpeta blanca, que el inspector jefe comenzó a examinar de inmediato—. Por lo que me han dicho y he leído, las huellas de calzado que han encontrado, las más recientes, eran de zapatillas del número treinta y seis. La hermana portera calza un treinta y nueve, así que no eran suyas. Pero muchas de esas monjas, sobre todo las más viejas, tienen los pies pequeños, así como una de las más jóvenes, esa pequeñaja, la hermana Prisca. —Valiente dio un respingo. «Vaya, vaya; el Ángel Gnomo», pensó, mordiéndose los labios para ocultar una risilla floja —. Naturalmente, cualquiera de ellas pudo bajar a esas horas infames en que se levantan. O, por supuesto, ponerse unas fundas en los zapatos o zapatillas para no dejar huellas.

»Por otro lado, llama la atención la ausencia de sangre fuera de la propia celda, donde la hay por todas partes, claro. Después de cometer un crimen así, el criminal debió de dejar alguna mancha de sangre en su camino hacia la salida, y no hay nada de nada. Ni siquiera con el luminol han logrado encontrar ninguna mancha borrada; la última se interrumpe justo en la puerta de la celda de la hermana Cecilia.

»Eso me hace pensar que es bastante difícil que fuese alguien de fuera, Valiente. Si hubiera sido una de nuestras monjas, no necesitó salir del convento, así que, tras cometer el crimen, pudo simplemente volver a su celda y ponerse a dormir. Quizás incluso se desnudó al cometerlo, para no tener sangre en el hábito. Claro que, por la misma regla de tres, un asesino venido del exterior pudo usar la misma táctica: cometer el crimen desnudo y dejar la ropa fuera de la celda, por ejemplo. Incluso llevar fundas en los zapatos, para que no se encontrasen al analizar huellas en el suelo.

¿Era posible que la Científica no hubiera encontrado manchas de sangre por el pasillo, por minúsculas que fueran, entre la celda de Cecilia y la de la asesina, o la puerta de salida del monasterio? Al inspector le parecía sorprendente, teniendo en cuenta los medios con los que contaban.

—¿Han preguntado a las monjas encargadas de la lavandería?

—Por supuesto: ningún hábito manchado ni mojado. Si ha sido una hermana, tomó precauciones para no mancharse y, si lo hizo, no lo puso a lavar sin más con el resto de la ropa. Estaríamos ante una asesina desorganizada. En todo caso, Valiente, creo que debemos centrarnos en ellas. Habrá que pedirle al juez que nos deje entrar en las celdas.

—Si utilizó algo para cubrirse, tiene que haberlo tirado a la basura, ¿no? Y tendrá restos de sangre, con toda seguridad.

—Desde luego, aunque hubiese lavado lo que fuera con lo que se cubriera. Pero ¿lo haría usted? ¿Tiraría a la basura su coraza antisangre, sabiendo que el monasterio se iba a llenar de policía científica, que, por supuesto, ha buscado en la basura sin hallar nada? Le digo lo mismo: eso sería propio de un asesino desorganizado, y este no me da ese perfil.

—Sí, es cierto. —Valiente tenía los ojos entornados y no miraba de frente al comisario—. Entonces, como usted dice, hay que registrar las celdas. Si ha sido una de ellas, deberíamos encontrar alguna cosa que incrimine a la culpable. Por cierto, ¿qué hay de la vara?

—Poca cosa. Por supuesto, no tiene huellas. Quien hizo esa lanza usó guantes en todo el proceso. Si fue una monja de la carpintería, podía muy bien usar la excusa de no clavarse una astilla. Aunque cualquier otra monja se habría mosqueado al ver a una de ellas fabricando una garrocha de ese calibre… Yo creo que la hizo a escondidas, a ratos en que se encontrase sola o con poca vigilancia. Si es alguien de fuera, desde luego no necesitó ocultarse de nadie para hacerla. Oiga, ¿qué hacen las monjas del taller con la madera sobrante?

—Tienen una vieja chimenea en la cocina. La abadesa me explicó que no la usan para cocinar, pero sí para caldear la estancia. La cocina está abierta al refectorio, que es su comedor, así que esa chimenea es gloria bendita en invierno.

—Claro, y ver astillas quemadas no nos va a dar ninguna pista sobre los restos de la lanza o quién pudo fabricarla.

—Eso me temo. Además, nos la dejó ahí, para que la analicemos bien. Quien sea está bastante segura de sí misma.

—De momento, no le faltan razones, pero los asesinos chulitos

son mis preferidos; siempre terminan por cagarla, de un modo u otro.

—Exacto. Alguna fisura encontraremos.

El comisario levantó su taza de café y le dio un pequeño trago, con los ojos cerrados. El inspector jefe, a su vez, mordió su cruasán y se llevó la mitad del dulce con su gran quijada.

—Eso creo también —añadió Pinilla—. Bueno, ya le informaré sobre el curso de la orden de registro. Es bastante posible que los jueces se lo intenten tomar con calma. Habrá que apremiarlos para que se espabilen; cuando topan con la Iglesia, ponen el ralentí. Tanto más si pedimos registrar las celdas de un convento de clausura.

—Monasterio.

—No me joda…

Valiente sonrió. Exasperar al comisario no solo era fácil, sino que les quitaba tensión a los terribles descubrimientos que hacían a diario sobre las miserias de la naturaleza humana.

—¿Irá hoy al «monasterio»? —preguntó el comisario con retintín.

—Creo que sí. Debo informar a la abadesa de que pediremos una orden de registro, no quiero que se entere por dos agentes de la Judicial —contestó el inspector, metiéndose en la boca con mucha delicadeza la última punta de su cruasán.

—Me parece muy bien. Y ya sabe, agudice el olfato y lea entre líneas, nos va a hacer falta —declaró el comisario, dando un último trago a su taza de café y alzando el brazo para pedir la cuenta a una diligente camarera.

10:35 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

La hermana María José entró despacio en el archivo y, nada más traspasar la puerta, se le cayó el alma a los pies. El antiguo escritorio de madera acondicionado como mueble antihumedad para conservar los pergaminos, situado al fondo de la sala, junto a la pared de la ventana, seguía cerrado. Se acercó hasta él despacio y abrió la tapa con cuidado. Al ver el interior vacío, a pesar de saber que así sería, le dio un vuelco el corazón y sus ojos se inundaron de lágrimas. «¿Cómo han podido, cómo alguien podría…?». Santa

Hildegard había escrito sus partituras, sus cartas y su pequeño tratado para ellas, las hermanas benedictinas de Santa Maria de Bruguers, hacía tantos siglos. Conocía de memoria el contenido y el trazo de la escritura de la doctora de la Iglesia; tantas veces había repasado las letras en el aire, respirando el olor de la vieja tinta, el tacto del pergamino al que casi acariciaba durante el proceso de restauración para evitar su deterioro. ¿Cómo los tratarían ahora? Emitió un prolongado suspiro y se dejó caer en la silla, en el lugar que ocupó la santa y que había usado tantas veces María José durante sus largos exámenes paleográficos. Balanceándose sin darse cuenta, se sobresaltó al ver a la hermana Prisca mirarla desde el umbral del archivo.

—¡Ay, me has asustado! —exclamó la archivera, llevándose la mano al corazón.

—¡Perdona, hija! No pretendía molestarte. —Prisca observó el escritorio—. Qué pena, ¿eh? Que hayan desaparecido…

—No sé qué pasa, Prisca, esto es una pesadilla, como si de pronto todo se volviera del revés. Cuando me he despertado esta mañana, me he dado cuenta de que es real y he sentido un hueco en el pecho.

—Sí, a mí me ha pasado lo mismo; diría que a todas. ¿Quién habrá entrado en nuestra casa como un elefante por una cacharrería? —preguntó Prisca, mirando al techo y moviendo la cabeza.

—¡Eso querría saber! Nada va a devolvernos a nuestras hermanas; aunque no podrían quedarse con nosotras en caso de ser cierto que tenían una relación, al menos desearía que estuvieran bien. Pero estos documentos, ¡estos sí que se podrían recuperar, si es que no los ha destruido el mismo desalmado que acabó con ellas! —sollozó la monja. Prisca le puso una mano en el hombro.

—Pues claro que no los habrán destruido, mujer. Si se tomaron tantas molestias en llevárselos, incluso en hacerse con la llave…

—No puede ser, Prisca. Se fijaría en la cerradura y mandaría hacer una copia. La llave solo la tengo yo, nadie más, y la llevo siempre conmigo.

—¿Siempre? ¿No la sueltas nunca? —Instintivamente, María José se echó la mano al bolsillo. Mirando a su hermana en Cristo a los ojos, sacó la llave y se la mostró.

—Nunca. Solo cuando duermo, como es normal.

Prisca tomó la pequeña llave y la observó. Era vieja, de corte antiguo. Le llamó la atención que pareciera ligeramente resbaladiza y un poquito grasienta. Se la acercó a la cara, la miró de cerca.

—¿Qué estás buscando? —le preguntó María José.

—¿Eh? Oh, nada. Solo pensaba en los documentos. Bueno —se levantó de la silla junto a la archivera—, voy a terminar unas facturas que tenemos que enviar. Y no te preocupes —añadió con una sonrisa—, ya verás como aparecen.

«Eso espero», murmuró María José, rozando con los dedos de nuevo la tapa del viejo escritorio.

* * *

Luz, la hermana portera, arrastraba con trabajo el contenedor del reciclado del plástico hacia la entrada, en un rincón preciso del jardín donde a los operarios no les resultara incómodo recogerlo. «Desde luego —pensó— no se quejarán; una tiene que andar arrastrando cubos a todas horas». Sin mirar más que hacia el suelo, distinguió de pronto los elegantes zapatos del inspector jefe, que se cruzó con ella y apenas masculló alguna palabra que Luz no logró comprender. «¿Adónde irá con tanta prisa?», se preguntó la portera.

Valiente atravesó el patio con paso acelerado y seguro. Entró por la puerta del monasterio con un ligero vuelo de los faldones de su gabardina. No se detuvo en nada, salvo para saludar a Luz, que le devolvió el saludo con un susurro. Caminó por el claustro hasta el despacho de la abadesa, junto al archivo, y llamó a la puerta. No tardó en escuchar un suave y a la vez firme «adelante».

—¡Inspector Valiente! No lo esperábamos hoy —dijo la madre, aparentemente desocupada, desde detrás de su mesa.

—No quisiera molestarlas, madre, pero no nos queda más remedio que proseguir con esta investigación, si es que la queremos concluir. —El inspector se sentó con cuidado de no arrugar su gabardina y respiró hondo—. Madre Emilia, vamos a cursar una orden de registro para revisar las celdas de las hermanas.

La madre se irguió en su silla.

—¿Una orden de registro? —preguntó, frunciendo el ceño y con voz alarmada—. Pero ¿por qué? ¿Es… necesario?

—Créame, lo es —contestó el inspector con voz pausada, tratando de tranquilizarla—. Imagine que el intruso entró en alguna otra celda —mintió Valiente—, aprovechando que las hermanas dormían. Es posible que dejase alguna huella, lo que fuera. Es necesario averiguarlo.

La madre Emilia asintió con la cabeza, con gesto compungido.

—Entiendo, inspector. Y ¿cuándo sería?

—No lo sé, esperamos que el juez no nos ponga muchas pegas, tratándose de un crimen de sangre y con dos víctimas. La informaré —dijo apiadado de la monja, que le pareció más pequeña que nunca —. Mi único afán, madre, es terminar con esto lo antes posible.

La abadesa se removió en su silla.

—Lo sé, inspector. Es solo que nunca me había enfrentado a algo tan duro, tan terrible. Tengo que proteger a mis hijas en Cristo, dar cuenta de ellas ante Dios. Usted puede no tener fe, pero seguro que entiende cómo me siento. Han matado a dos, debo proteger a las demás y ya andan hablando mal unas de otras… Es duro; le ruego me comprenda, inspector jefe.

—Por supuesto, madre —contestó Valiente sin abandonar el tono suave de su voz—. Comprendo lo difícil que es esto, no lo dude, y si en algo puedo ayudar, aquí me tiene.

La monja pareció reconfortada con aquellas palabras.

—¿Sabe? Tiene usted unos preciosos ojos, inspector. Son diferentes entre sí, pero hermosos en su peculiaridad. Y los dos están en el mismo rostro y dan luz a la misma persona. Lo mismo pasa con mis hijas, que, siendo tan dispares, sirven juntas a una misma causa en una misma casa. Cada una tiene luz propia y juntas hacen brillar este monasterio, para mayor gloria de Dios. Y ahora, este hecho terrible va a dividirlas…

Valiente sonrió.

—No lo creo, madre. La causa es mayor que el individuo, no lo dude, y sus hijas en Cristo querrán seguir sirviéndola, por amor a Él, que es quien determina las acciones de su vida. Igual que mis ojos, que, si nadie me los arranca, seguirán juntos en mi cara, pase lo que pase. Al final —Valiente se levantó de la silla—, la luz es más importante que la linterna, ¿no?

La abadesa sonrió.

—Sin duda, pero sin linterna no hay luz.

—Y sin luz —contestó el inspector—, la linterna no tiene sentido. —Dio la mano a la monja y salió del despacho—. Voy al patio, a sentarme un poco. La informaré en cuanto tenga la orden. Pase un buen día, madre —dijo, saliendo del despacho y cerrando suavemente la puerta.

«¿De dónde demonios me habré sacado esas filosofías tan raras?», se preguntó divertido, mientras recorría el pasillo hasta la entrada del claustro.

Salió al patio. Lo empezó a circundar fijándose en cada columna, las losas del suelo y el pequeño jardín, el ciprés… Su lento caminar lo llevó hasta la parte de la columnata que daba a la entrada de la iglesia, junto a la sala capitular. De pronto pensó que prefería entrar en ella que salir al claustro, de modo que se sentó en un banco de la primera fila orientado hacia el altar. No tardó en sentir a su lado la presencia de una de las monjas. Supo de inmediato de quién se trataba.

—Estaba usted tardando —dijo sin apartar la vista del coro.

—Vaya, inspector, sí que soy previsible —contestó la hermana Prisca.

—Pues eso no es bueno cuando se escribe novela negra —añadió Valiente con un dejo de burla en su tono.

—Es posible —reflexionó la monja—. Tendré que depurar mi técnica. ¿Qué lo trae por aquí?

—Nada que a usted le interese —dijo el inspector con aspereza.

—Oh, no lo creo. Ya sabe: nada de lo humano me es ajeno, como dijo Publio Terencio. —Valiente la miró por primera vez.

—Hermana —dijo en voz baja—, no voy a contarle nada. Nada de nada, ¿entiende? Voy a resolver esto y a encerrar al asesino, así que déjeme trabajar y dedíquese a rezar y a escribir —añadió, tratando de ser lo más severo posible. Prisca hizo un ademán de fastidio.

—Por supuesto, inspector. Yo escribo y usted, naturalmente, puede leer —contestó, poniéndose de pie y saliendo de la iglesia sin mirar atrás.

—¡Priora! —la detuvo el inspector, que miraba de nuevo hacia el coro—. ¿Usted tampoco sabe cantar? —Prisca lo miró burlona.

—Solo cuando llueve. Debería irme a vivir al desierto. Pero prefiero quedarme aquí y echarle una mano, aunque no se deje

usted ayudar —concluyó, saliendo por la puerta lateral.

«Esta noche, en capítulos, voy a tener que confesar este arranque de soberbia», se dijo la monja, sin ser capaz de borrar la sonrisa de su rostro. Se volvió y vio venir por el pasillo a Teresa, Elvira y Presentación, con cierta impaciencia.

—¡Prisca! ¿Qué dice el inspector? ¿Han averiguado algo?

—Están en ello —contestó, tratando de conservar la calma.

—Todo esto da miedo. Nosotras nos conocemos, pero poco sabemos de las mayores… —añadió Presentación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Teresa.

—Que estábamos bien en Ávila, todas juntas… Y mira, ahora ha muerto Ángela. —La priora ladeó la cabeza.

—Presen, tú no estás insinuando lo que creo que estás insinuando, ¿verdad? —La joven monja bajó la vista.

—Prisca, en cierto modo, yo creo que tiene un poco de razón —dijo Elvira en un tono tan bajo que apenas se la entendió—. Allí nunca había pasado nada, y mira, en solo medio año… —La priora endureció el gesto.

—Escuchadme bien. En primer lugar, vamos a dejar de pensar mal unas de otras, porque todas, las de aquí y las de allá, son hermanas nuestras —dijo en tono severo—. En segundo lugar, si bien en nuestro anterior monasterio no nos había pasado nada, en este tampoco se han dado jamás incidentes así, de manera que no tiene nada que ver, no vamos a confundir la velocidad con el tocino. Y, por último, es cierto que hemos perdido a nuestra querida Ángela…, pero también perdimos a Cecilia, que no es menos hermana nuestra; por esa regla de tres, esta comunidad también ha perdido un miembro que llevaba aquí muchos años. Así que no vayamos a andar con elucubraciones ni cosas raras; alguien nos ha hecho mucho daño y la policía hará lo que debe, eso es todo.

—Sí, priora —dijo Elvira.

—Sí, priora —añadió Presentación.

Ambas continuaron el camino por el claustro hacia la iglesia. Teresa se rezagó ligeramente.

—Bien dicho, Prisca. Las lenguas se están empezando a desatar y eso no puede traer nada bueno.

—Nada de lo que está pasando es bueno —murmuró la priora—. Nos desborda a todas y no se puede evitar. Pero tampoco podemos

permitir que la armonía se rompa, o lo habremos perdido todo —dijo más para sí misma que para su hermana en Cristo.

* * *

«No puedo hacer nada aquí», se dijo Valiente, todavía sentado en la iglesia, aunque con una zozobra que no lograba quitarse. Miraba en todas direcciones y por todas partes le parecía ver sombras, fantasmas, furtivos en busca del silencio, del anonimato del hábito. «Sin huellas, ni una gota de sangre. ¡Si pudiera entrar en las celdas ahora mismo!». Se levantó del banco y, negando con la cabeza, salió despacio por la nave principal de la iglesia hasta la puerta que daba al exterior. Bajó las escaleras del nártex; de pronto se detuvo y miró hacia la portería. Luz lo observaba desde el interior de la garita. Valiente se aproximó a ella.

—Hermana. —Luz salió a su encuentro rápidamente.

—Dígame, inspector.

—Mañana es domingo, así que seguro que celebrarán alguna misa especial, ¿me equivoco?

—No, señor, cada domingo viene el párroco y da la misa, y acude mucha gente de los alrededores.

—Muy bien, hágame un favor. Esté muy atenta a cualquier cosa rara que vea: si alguien trata de meterse en el monasterio, haciendo ver que se equivoca, por ejemplo. Y, cuando se termine la misa, vigile que todo el mundo salga y nadie se vaya a quedar escondido por ahí, ¿de acuerdo?

—¡Claro, inspector! ¡Será un honor echar una mano en esto! —contestó Luz, sintiéndose de pronto muy importante, con la necesidad de ser acreedora de tal confianza.

«Espero no equivocarme. ¡Cualquier cosa antes que pedirle ayuda a esa monja redicha!», se dijo mientras se dirigía a su coche. Condujo deprisa, de vuelta a la ciudad.

El Pudding era un precioso local, no muy lejano a su casa. Cada vez se preguntaba con mayor frecuencia qué hacía viviendo todavía en el barrio más elegante de la ciudad. Nunca le había gustado; a pesar de ser un hombre culto y refinado, se sentía fuera de lugar entre tanto empresario y banquero. Él había crecido en el Raval, y vivir en la Diagonal le parecía excesivo, lo mirara como lo mirase.

Pero Ángel así lo había querido. Ángel; le ponía los pelos de punta pensar en su nombre así, con todas las letras. Recordó el escalofrío que le había recorrido la espalda cuando la priora había pronunciado en voz alta aquella palabra: Ángel Blanco. Sonrió, mientras admiraba el barrio a través de los ventanales. No dejaba de parecerle chocante: un periodista de guerra podía sentirse aún más bicho raro que él en un lugar como aquel. Siempre le había dicho que le gustaban los jardines y la estructura de las calles, la abundancia de buenos restaurantes —Ángel amaba la comida, aunque estaba tan flaco que nadie lo habría adivinado— y la proximidad de edificios emblemáticos. Y Valiente no sabía negarle nada, así que aceptó buscar vivienda en ese barrio, y ahora la sola idea de abandonar la casa que habían compartido lo espeluznaba. Cada vez más familiarizado con la zona de detrás de la avenida, desde el paseo del General Mitre hacia la zona universitaria, llegó a conocer y ser conocido en las tiendas y locales de un barrio por otro lado cambiante, donde tan solo permanecían inamovibles los *panots* [2] de las aceras.

Con un café fuerte y un pedazo de tarta delante, su cabeza daba vueltas y vueltas. «He interrogado a todas. Prisca halló los cadáveres, pero no vio nada raro, o eso dice. Raimunda me ha hablado de Ángela antes de entrar en el monasterio; eran amigas. Las demás también la conocían, y nadie me ha dicho nada especial. Que era una buena restauradora, amable, demasiado voluptuosa a su pesar… Todas insisten en que hacía honor a su nombre, que era un verdadero ángel, siempre amable y dispuesta. ¡Estas mujeres son demasiado contenidas, nadie ha revelado nada que de verdad me sirva!». Uno a uno, Valiente fue repasando todos los interrogatorios: desde las hermanas de más edad, que apenas sabían nada de Ángela, salvo que era una joven amable y dispuesta, aunque sí conocían bien a Cecilia, de la que todas tenían muy buen concepto (aparte de Antonia, que demostró una gran inquina hacia Ángela), hasta las jóvenes, que conocían a Ángela mucho mejor que a Cecilia y decían maravillas de ella: que era muy buena chica, que siempre estaba risueña, que parecía feliz…; y de Cecilia, que se la veía tan formada, con tanto aplomo, una mujer con la cabeza sobre los hombros… Valiente no podía evitar preguntarse cuándo perdió esa cabeza, esa cordura, detrás de la joven Ángela. Sin embargo, por lo

que había podido constatar, no serían las monjas las que lo ayudarían a desentrañar esas intimidades. Al menos, no todas. Existía la salvedad de la priora, claro, dispuesta a ayudar en todo, cosa que le fastidiaba, para qué negarlo. Pagó su consumición y se levantó de la silla; la tarde comenzaba a caer y de pronto tuvo muchas ganas de estar en casa.

Dejó la gabardina en el perchero de la entrada, se quitó el traje, que colgó con cuidado, puso para lavar el resto de su ropa, se dio una ducha rápida y se puso un precioso pijama de seda negra. La temperatura del apartamento, merced a la calefacción, le permitía caminar descalzo, tan solo cubierto con la suave prenda de aquella acariciante tela. Era uno de los pocos placeres que su hedonismo le permitía. Se sentó en el escritorio, encendió su ordenador portátil y abrió la página de «Tusescritos.com», que enseguida le recomendó el Ángel Blanco. El inspector marcó el texto para que se abriera por donde lo había dejado la noche anterior. Entre los muchos comentarios al primer capítulo, le llamó la atención uno de ellos, por el seudónimo con que firmaba: el Pequeño Ángel Blanco. Valiente leyó: «Alucinante. Sigue, Ángel, no voy a perderme ni una palabra». «Yo tampoco», pensó el inspector, y prosiguió con la lectura desde el punto en que la había abandonado la pasada noche.

> La monja más vieja había estado despotricando aquella tarde en presencia de la monja más flaca, la monja sin gafas, la monja campanera, la monja desgarbada y la madre. Lanzó acusaciones contra la pobre fallecida más bella y la pobre fallecida restauradora, maldiciendo su relación como algo satánico, por lo que la madre la reprendió.
>
> Más tarde, la monja archivera parecía asustada, desorientada. Los preciosos documentos a los que había dedicado su vida ¡habían desaparecido! La monja investigadora trató de consolarla, mientras le preguntaba cómo era posible que alguien le hubiera podido sustraer la llave del archivo.
>
> —¡No lo entiendo, hermana! —decía la sollozante archivera —. ¡Nunca dejo la llave, solo la suelto cuando duermo!
>
> —¿Me la dejas ver? —preguntó la monja investigadora.
>
> La monja archivera así lo hizo. La llave estaba ligeramente engrasada y, al acercarla a su cara, la investigadora se dio cuenta de que olía a algo muy familiar para ella. «Huele igual que en misa», pensó, y entonces se dio cuenta: la llave olía a cera. Por eso estaba engrasada y resbaladiza. «Alguien se la ha

quitado a la hermana archivera y la ha metido en cera para copiarla… Quizás hizo lo mismo con la llave de la puerta», pensó, y decidió hacer la misma maniobra con la monja portera.

Valiente soltó una carcajada. «¡Monja endemoniada! —pensó—. Así que la monja sin gafas, que debe de ser Raimunda… ¿La desgarbada? Catalina, claro… Pero ¿la monja más flaca? ¡Si todas son flacas! Monja investigadora… ¡Mejor debió decir "monja chismosa", que por supuesto es ella misma!», se dijo divertido, mientras apagaba el ordenador. Se metió en la cama y cerró los ojos, viendo en la oscuridad de su cabeza un molde de cera para una vieja y pequeña llave.

Despertó de un sueño altamente reparador, en el que había visto con gran claridad cuáles eran los siguientes pasos que debía dar. Y el hecho de que acabase de comenzar el domingo iba a jugar de su parte.

CAPÍTULO 3

Domingo, 20 de octubre

9:00 h, Barcelona

Aquella mañana, Valiente no escogió un traje. No solía desprenderse nunca de sus corbatas y americanas, pero teniendo en cuenta la tarea que debía llevar a cabo, prefirió pasar desapercibido. Lo malo era que, al no utilizar jamás ropa informal, apenas tenía. A regañadientes, abrió los cajones de Ángel en el armario y le dio un vuelco el corazón ante la vista, el aroma y la idea de vestirse con su ropa. Al punto, los ojos de su joven amante parecieron enviarle un guiño y decirle «adelante»; sin duda, le habría divertido mucho verlo vestido con sus prendas, tantas veces como lo había acusado de ser demasiado convencional. De manera que tomó del cajón unos vaqueros ajustados y una camiseta gruesa de vivos colores. Lejos de sentirse triste, comprobó con sorpresa que el tacto y la ligera fragancia de su añorado amor llegaban hasta él a través de sus ropas y, sintiendo el tan codiciado abrazo, se miró al espejo y sonrió ante su imagen, que de pronto parecía haber rejuvenecido diez años. Encontró en el armario de los zapatos del periodista unas botas negras con hebilla en el lateral y, para rematar, tomó del colgador una cazadora de piel con cremalleras. Apenas tenía valor de revisar su aspecto y, como un avestruz, se puso unas grandes gafas de sol de marca que Ángel guardaba en el cajón del mueble de la entrada. Parapetado tras los negros cristales, Valiente se dirigió al ascensor. Recordaba haber visto un colorido cartel que anunciaba las fiestas de otoño de Sant Feliu de Llobregat. Estaba seguro de que allí encontraría lo que necesitaba.

Desayunó fuerte, puesto que no sabía si tendría ocasión de comer, y partió temprano. Si había que descartar o no la posibilidad de que un intruso se hubiera colado en el monasterio, no se podía

demorar más tiempo esa pesquisa.

Tal y como había pensado, la plaza Dicià, además de estar abarrotada de público de todas las edades que esperaba ansioso el baño de espuma, estaba también llena de personalidades del Ayuntamiento. Escondido detrás de un árbol, atisbando en todas direcciones, reconoció finalmente al alcalde y se le acercó con discreción.

—Señor Serrano. —El alcalde lo miró con curiosidad y torció el gesto ante la sospechosa pinta que ofrecía. Valiente no sacó su placa —. Señor, soy el inspector jefe Valiente y estoy al cargo del caso de Santa Maria de Bruguers. —Santiago Serrano palideció sensiblemente.

—Encantado, inspector… —Tomó su brazo y sonrió—. Si quiere preguntarme algo, es mejor que salgamos de aquí: el comisario no me deja ni chistar sobre el asunto…

—Lo sé, solo quiero hacerle unas preguntas, y estoy seguro de que usted tiene el mismo nulo interés que yo en llenarse de espuma. Vamos donde podamos hablar.

Así, aprovechando el anonimato que dan las multitudes, los dos hombres salieron de la plaza y entraron en un tranquilo local colindante, donde se sentaron en una pequeña mesa ante un par de cafés.

—Dígame, inspector, ¿cómo va el caso? Estamos todos atónitos. Nadie se puede creer que algo así haya pasado. ¿Saben ya quién lo hizo y por qué?

—Estamos sobre la pista —mintió Valiente—. Quería preguntarle si ha habido problemas en otras instituciones de las cercanías.

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó Serrano, acercándose a Valiente por encima de la mesa y bajando la voz.

—Ataques homofóbicos —contestó el inspector en el mismo tono bajo. El alcalde enderezó la espalda y lo miró con fijeza.

—Supongo que ha oído hablar de los *skins*. La gente les echa la culpa de ese tipo de cosas, aunque no hay pruebas fehacientes.

—Lo que me interesa —interrumpió Valiente— es saber si hay alguna célula bien organizada que haya protagonizado ataques. No me hable de pruebas, ese es mi trabajo. Solo necesito que me diga dónde puedo encontrar a esa gente.

Serrano abrió los ojos como platos.

—Estará usted de broma, ¿no? ¿Va a ir a ver a esos tíos, sin más? ¿A preguntarles si tienen algo que ver con lo que ha pasado en el monasterio?

—No necesito una niñera, señor, pero le agradezco su preocupación. —Aunque lo intentaba, Valiente no podía ocultar su aversión a los políticos—. Tengo que interrogarlos al respecto, y necesito saber dónde puedo encontrarlos.

—Inspector, perdone que insista, pero esa gente ha roto escaparates y atacado locales y tiendas de temática LGTB, pintan las paredes con rótulos homófobos… No son muy amables, ¿sabe? Y no creo que sea aconsejable que usted…

—¡Vaya! ¡Creí que no tenían pruebas contra ellos y ahora usted afirma que protagonizaron todos esos ataques…!

—Que no tengamos pruebas no significa que tengamos dudas al respecto. Y yo que usted, no iría a buscarlos.

—Si esa es su actitud, no me sorprende que no tengan pruebas contra ellos.

—¡Espere! —De pronto, Serrano pareció haber recibido una señal divina. Valiente lo miró divertido—. Hay un bar aquí cerca, El Loro Azul. El dueño y la parroquia son mayormente del colectivo LGTB y han sufrido varios ataques al local, pintadas y amenazas; seguro que será para usted mucho menos arriesgado preguntar ahí que andar buscando *skins* —añadió.

Valiente apoyó las manos en la mesa y lo observó de cerca.

—Muchísimas gracias, alcalde. Regrese a la feria y mande saludos de mi parte a sus amigos del colectivo heterosexual.

Pagó los cafés y salió del pequeño local sin poder borrar la sonrisa de su cara mientras Santiago Serrano lo veía alejarse. Con gesto torvo, sacó su teléfono móvil del bolsillo.

—Christian, ¿estás en casa?

—Sí, papá…, ¿pasa algo?

—Ni se te ocurra moverte de ahí, ¿me oyes? ¡No salgas bajo ningún concepto! —dijo el alcalde sin levantar la voz, pero en tono autoritario.

—Vale, no me muevo —contestó el joven y colgó el teléfono, mientras se preguntaba qué estaría pasando.

Con el gesto descompuesto, Santiago Serrano salió del bar en

dirección a la plaza, haciéndose un millón de preguntas.

11:00 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

Las campanas repicaron con más alegría de la necesaria en aquella soleada mañana de domingo. Algunas hermanas miraron de soslayo a Teresa con un dejo de reproche por aquel exceso de celo en su trabajo. Ella les devolvió la mirada con fastidio. «Como si las campanas llevaran botón de volumen», pensó ligeramente airada, mientras reflexionaba sobre el sol del Mediterráneo, que no presenta el menor respeto por los duelos de nadie.

La madre abadesa había temido ese día. Muchos feligreses del pueblo y los alrededores acudían el domingo a la misa en el monasterio y, si bien desde el viernes había podido mantener a raya a los curiosos, iba a ser más complicado en domingo, durante el servicio. Por esa razón, habló con el sacerdote, quien le prometió un sermón acorde a las circunstancias.

Aunque, tal y como la madre Emilia previó, muchos parroquianos llegaron haciendo preguntas, ella y las hermanas se limitaron a ser amables y a decir que la policía se estaba encargando del caso y que a ellos correspondía informar. Que la congregación estaba muy contrariada y afligida por los sucesos y que agradecían a los fieles su actitud comprensiva y que no hicieran demasiadas preguntas.

Advertido, el público escuchó el sermón del sacerdote, que habló de perdón, de refugio en Dios y de pecados como la curiosidad, la suspicacia y la maledicencia, aunque de poco le sirvió, ya que el escándalo estaba servido.

Alimentado por titulares sensacionalistas, el caso había trascendido a los medios de comunicación como «El crimen de las monjas» o «El doble asesinato del monasterio», dando todo tipo de truculentos detalles, la mayoría inventados, puesto que el comisario Pinilla había dado órdenes estrictas para que aquel suceso, en la medida de lo posible, no llegara a conocerse, al menos no del todo, hasta concluir la investigación.

Así, la misa transcurrió sin incidentes, aunque con inquisitivas miradas de los parroquianos hacia las monjas y de estas hacia ellos. La hermana Luz, con la excusa de vigilar la portería, asistió a la

misa apostada en la puerta de acceso al monasterio, desde donde vigiló con gran atención que nadie entrase en la clausura ni se moviese de su banco mientras durase el servicio. Asimismo, al acabar la misa, no quitó la vista de encima a los feligreses hasta que vio al último salir al patio y coger su coche. Satisfecha, echó un último vistazo a la iglesia y, tras comprobar que no quedaba nadie, ni siquiera bajo los asientos, cerró con llave la puerta de acceso desde la calle y se dispuso a seguir con sus propias tareas.

* * *

El sacerdote, asistido por Catalina después de la misa, se despojaba de las ropas del servicio, meneando la cabeza con frecuencia. En los veinte años que llevaba acudiendo a la iglesia de Santa Maria de Bruguers para dar misa, aquel hombre pacífico, de hablar pausado y aspecto de estar en paz con Dios y con los hombres, jamás había imaginado que algo así podría suceder en la querida comunidad de las benedictinas.

—No es un asunto muy bonito que digamos. Más bien, bastante turbio. ¿Quién habría dicho que algo así iba a pasar?

Azorada, Catalina no sabía qué decir. El sacerdote y ella no acostumbraban a hablar durante el tiempo en que lo ayudaba en la sacristía. De modo que no supo qué contestarle y se quedó callada. Pero eso no desanimó al párroco.

—No me ha informado mucho la madre abadesa, aunque el caso parece oscuro. Algo me dijo sobre que las hermanas aparecieron muertas de una forma muy desagradable, ¿no?

—Sí —se limitó a contestar Catalina.

—Que habían sido asesinadas. Pobres, ¿quién haría algo así? Cecilia era severa, seria… Una mujer culta y leída. No se me ocurre quién podría desearle el mal. Pero ¿Ángela? —Catalina lo miró de soslayo—. Era tan hermosa, de esa belleza que solo da la pureza, eso que los profanos llaman aura. La de Ángela era, sin duda, blanca y limpia.

Catalina no se sentía capaz de seguir la conversación al hombre; se limitaba a hacer su trabajo y mirar al suelo, evitando los ojos del sacerdote.

—Siempre tenía una sonrisa en la cara, una mirada serena.

Miraba de frente, con ese semblante que le hacía a uno entender cuál es nuestro cometido al dedicarnos a la vida monástica. Era tan amable… Brillaba con luz propia.

La sacristana seguía evitando sus ojos. En su mente pudo ver con claridad la cara de su hermana, ese semblante sereno del que hablaba el párroco. Recordaba sus palabras amables, incluso su voz al cantar: era la única de las que habían venido a Santa Maria de Bruguers que tenía buena voz. Sin darse cuenta, se le escapó un sollozo. El hombre detuvo su verborrea y la miró, ciertamente preocupado.

—¡Oh, Dios santo! Hija, discúlpeme. Le he recordado a su hermana en Cristo y está usted afectada todavía, es demasiado reciente. Le ruego que perdone mi falta de tacto —dijo tomando su mano, que Catalina rechazó.

—No se preocupe, padre, solo es que… —Y su voz se interrumpió de nuevo, bañada en llanto. El hombre se apiadó más de ella.

—Siéntese, hija —le dijo, ofreciéndole la silla de la sacristía—. ¿Eran ustedes muy cercanas?

—Bueno, supongo que como todas —contestó Catalina en un murmullo—. Somos pocas, todas nosotras tenemos mucho trato en el día a día.

—Lo comprendo. De verdad, siento mucho mi torpeza.

Sin saber qué hacer, el sacerdote se retorcía las manos mientras Catalina lloraba quedamente. Al poco, respiró hondo.

—No sufra por mí, padre. Es solo que todo es demasiado reciente. Y eran mis hermanas, es inevitable que me acuerde y…

—Claro, claro. Ande, hija, vaya, yo termino. Tómese una infusión y verá como se siente mejor.

—Sí, padre. Gracias —dijo levantándose de la silla y saliendo de la iglesia por la puerta lateral.

El sacerdote la vio marchar sin demasiada sorpresa. «Me parece muy natural que estés tan abatida… Todas vosotras. Es demasiado dantesco», se quedó pensando mientras terminaba de cambiarse.

Por el corredor, Catalina fue a la cocina a pedirle unas hierbas a Antonia, mientras en su mente se sucedían las imágenes amadas, amables, de la mirada, la sonrisa, los gestos de Ángela.

13:00 h, Sant Feliu de Llobregat

Enrique, el dueño de El Loro Azul, preparaba un café en su magnífica cafetera italiana, de espaldas a la clientela que, a aquellas horas del domingo, ya comenzaba a llegar y tomar asiento, algunos para consumir un desayuno demasiado tardío, otros, un aperitivo, en ese día festivo para la ciudad. Una vez más, se alegró de regentar aquel negocio que, aunque a veces le daba mucho trabajo, no le dejaba pocos dividendos. Siempre le habían dicho que un bar era un negocio demasiado esclavo, pero ¡qué más le daba a él! Poco tenía que hacer y le gustaba pasar ahí todo su tiempo, con la sensación de estar ganando dinero en lugar de gastarlo. «De no ser por los idiotas que todos sabemos, sería perfecto», pensó. Terminó de poner el café y se volvió con la pequeña taza en la mano, encontrándose de cara con el inspector, sentado al otro lado de la barra. Al verlo, no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—¡Daniel! —exclamó. Valiente lo miró con el mismo asombro.

—¡Enrique! —contestó mientras este salía de detrás de la barra y ambos se daban un alegre abrazo.

—¡Qué buena pinta tienes! ¡No pareces tú! —Valiente metió dos dedos en el cuello de la camiseta mientras le subía un intenso rubor.

—Bueno, es que de eso se trata… Ya te contaré. Oye, ¿tienes un bar?

—¡Sí, tío! Mi empresa hizo un ERE y acabamos muchos en la calle. Con la indemnización y un préstamo, me quedé este bar.

—Pues parece buena idea —dijo Valiente, mirando el local cada vez más lleno.

—Sí, no está mal… Aparte de ciertos problemas. Oye —bajó el tono y miró al inspector con tristeza—, me enteré de lo de Ángel.

—Sí —contestó Valiente, apartando por un momento la mirada —. Fue duro.

Enrique puso la mano sobre el hombro de su amigo y la apretó con fuerza.

—Si necesitas lo que sea, aquí estamos. —El inspector lo miró con una sonrisa triste.

—Gracias, de verdad. Y sí, necesito algo de ti.

—¡Tú dirás! —dijo el propietario, gratamente sorprendido.

—Verás, me he enterado de que tu bar ha recibido algunos ataques. —A Enrique se le ensombreció el rostro.

—Es cierto. Hay grupos ultra, mala gente que ataca a los que no son como ellos, o lo que ellos consideran bueno, ya sabes, gente muy violenta…

—Lo sé. Y me mosquea el alcalde. He hablado con él y me ha prevenido mucho, casi me conmueve lo paternal que se ha puesto conmigo. ¿Tú crees que hay algo oculto en todo esto? Ese grupo radical, ¿a quién tiene detrás?

Enrique se frotó la barbilla, pensativo.

—Si hay alguien poderoso, yo no sé nada. Puedes estar seguro. De saberlo, te lo diría. Pero vamos, que no sería raro; ya sabes que esa gente tiene a veces un padre banquero, o el típico amigo influyente. La mayoría son unos lerdos que siguen al líder, que sabe muy bien para quién trabaja y por qué.

—Eso me temo. ¿Tienen el alcalde o su partido algún interés homófobo o racista? Ya sabes, para ganarse la confianza de cierto electorado poderoso.

—No creo, más bien al contrario. Digamos que, al menos de cara a la galería, son todos muy tolerantes y muy majos. Otra cosa es lo que haya detrás, claro.

—A eso me refiero. Buscaré datos sobre ello, por si acaso. Pero no quiero hacerte elucubrar, solo basarme en lo que tú sabes de buena tinta, y mi pregunta es: ¿crees que esos *skins* serían capaces de entrar en un monasterio y atacar a unas monjas?

—¡¿Esa gente en un monasterio?! ¡Si pasan la puerta, arden en llamas! —Valiente soltó una pequeña carcajada que Enrique secundó—. Dicen que ha pasado algo muy malo en el monasterio, ¿crees que hayan sido ellos?

—Hay que pensar en todo —contestó Valiente, mirando el suelo bien barrido. El barman buscó los ojos del inspector.

—Mira esto, Daniel. —Sacó su teléfono móvil del bolsillo y le mostró unas fotos—. Mira, es el bar de un amigo, al otro lado del barrio. Esto ocurrió hace un mes. A mí solo me han pintado las paredes de fuera, pero ahí sí que entraron.

Valiente miró las fotografías. Las mesas aparecían vueltas del revés, las sillas rotas, no había una sola botella entera en los estantes. Por todas partes, pintadas con la esvástica. Aparadores destrozados, baldosas rotas en el suelo y las paredes.

—¿Es así como encontrasteis el monasterio?

—En absoluto. Estaba todo en perfecto orden.

—Entonces, amigo, no han sido ellos. Destrozar y pintarrajear es su sello de identidad.

Valiente frunció el ceño y apoyó la barbilla en sus manos.

—Ya me lo imaginaba, pero había que agotar todas las posibilidades. Lo cierto es que esto es endemoniadamente difícil…

De pronto, Enrique abrió mucho los ojos.

—¡Oye! Si lo que estás buscando es un friqui capaz de meterse en un monasterio y atacar a alguien, pero no romper nada por respeto… ¡A lo mejor te vendría bien hablar con Manuel de María!

—¿Manuel de…? ¿Quién es? —Enrique sonrió.

—Hacemos una cosa: te invito a comer y después te doy su dirección, ¿vale?

—Claro. —Valiente le devolvió la sonrisa—. Acabo de darme cuenta de que tengo hambre.

—Pues ¡aquí tienes la carta! ¿Puedo comer contigo?

—Naturalmente —contestó el inspector, feliz por el inesperado encuentro.

La comida agradable y la conversación, que Enrique condujo con inteligencia lejos de los recuerdos que ambos compartían acerca del amante de Valiente, logró distender de tal modo su ánimo que se fue de El Loro Azul prometiendo a su amigo ahondar en la protección del barrio y la búsqueda de pruebas para los grupos violentos.

—Llámame si pasa algo, ¿vale? Hablaré lo antes posible con la brigada correspondiente, te lo aseguro.

—Y tú investiga al alcalde, que si está metido en algo chungo, hay que saberlo.

—¡Descuida!

Caminar a buen paso hacia la casa del tal Manuel de María ayudó al inspector a bajar la abundante comida que acababa de compartir con Enrique.

La estrecha y oscura calle, a pesar de ser primera hora de la tarde, lo inquietó. Buscó el portal y encontró la puerta abierta, de modo que subió al piso que su amigo le había indicado. Llamó al disonante timbre y esperó.

Le abrió la puerta un hombre a quien Valiente no supo calcular la edad, con el cabello recogido en un moño alto y vestido con un

chándal de color negro y zapatillas a cuadros. Los labios finos y los grandes ojos castaños transmitían un mensaje, opuesto al de las ropas y el peinado, que causó perplejidad en el inspector.

—A la paz de Dios, hermano. ¿Qué se le ofrece? —La voz aflautada hizo sonreír al inspector.

—¿Manuel de María? —preguntó.

—Yo mismo. Parece usted un tipo majo, pero me gustaría saber quién es.

Valiente se mostró todo lo amable que le fue posible.

—Soy Daniel Valiente, amigo de Enrique, el dueño de El Loro Azul. Estoy realizando una investigación sobre los *skins* y me ha asegurado que puede usted ayudarme.

El hombre se hizo a un lado para abrirle el paso y entró tras él. Manuel de María condujo al inspector hasta un pequeño salón, repleto de figuras de santos, Vírgenes y Cristos de todos los tamaños y colores.

—Y dígame, ¿cómo puedo yo ayudarle, Daniel?

—Puede llamarme inspector jefe —dijo Valiente con aspereza—. ¿Dónde estuvo la noche del viernes?

—¡Vaya! ¿Policía? Entonces, ¿no es amigo de Enrique?

—Sí, lo soy. Y mi investigación sobre los *skins* me lleva a interrogarlo acerca de lo que le he preguntado, así que haga el favor de contestarme.

—Vamos, inspector, ¿por qué está a la defensiva? ¿Se siente amenazado? —preguntó el dueño de la casa.

—Oiga, solo he venido a preguntarle unas cosas, es todo.

—Pero está tenso. ¿Quiere que le limpie los chacras? —Valiente se mordió la lengua.

—Es usted muy amable —contestó, dándose cuenta de que, efectivamente, estaba a la defensiva—. No, no quiero que me limpie los chacras; quizás otro día. Solo necesito saber dónde estaba el viernes por la noche.

—En Montserrat —contestó Manuel, visiblemente más relajado.

—¿En Montserrat? ¿Haciendo qué? —quiso saber Valiente.

—Avistando ovnis. Fuimos todos los de la asociación. Vamos cada día dieciocho, todos los meses.

—¿Y pasan la noche ahí?

—Sí, señor, toda la noche —contestó Manuel de María con

orgullo—. Y siempre vemos alguno. —Sonrió.

—Bien, supongo que tiene usted testigos, ¿no es así? —El hombre abrió mucho los ojos.

—Supongo que sí, varios cientos —respondió bajando la voz—. ¿Por qué, señor? ¿Qué ocurrió el viernes?

18:00 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

En el refectorio, al mediodía, el silencio había sido cortante y frío, mientras la hermana Luz leía las noticias del día a sus hermanas en Cristo, que se miraban lo menos posible entre ellas, absorbidas cada una en sus propios pensamientos mientras comían con desgana.

El tiempo libre en la tarde dio un respiro a la congregación, deseosa de evadirse de los tristes acontecimientos. Antonia, que se encargaba de la cocina esa semana, no tardó en acudir a preparar la cena. Varias hermanas fueron a leer al claustro, otras acudieron al huerto a revisar las flores y los pequeños cultivos.

Prisca tomó el corredor de la planta baja que circundaba el patio y, una a una, se asomó en cada estancia. Las hermanas que encontró parecían inmersas en sus distintas distracciones, oraciones o cantos, sin reparar demasiado en ella. Al avanzar la tarde, las hermanas que se encontraban en el claustro entraron en el monasterio para resguardarse del frío del anochecer que comenzaba a llegar.

La priora fue entonces a visitar a la hermana Luz en la portería y, como hiciera con la hermana María José, le pidió ver la llave de la puerta. La tomó en sus manos, se la acercó a la cara un instante y, acto seguido, la devolvió a la custodia de la portera. Se dirigió entonces a la escalera que subía al piso de arriba. «Es grande la cosa… Me pregunto qué haría la señora Fletcher en mi lugar, ¿por dónde continuaría?».

Regresó a su celda y sacó el portátil, donde retomó su relato exclusivo para su sobrina y Valiente, aunque ellos no estaban al corriente de este detalle.

> Nadie decía nada; uno podría pensar que, si alguien ocultaba algo, como así lo creía la monja investigadora, sabía guardar muy bien una apariencia indiferente.
>
> La monja portera prestó amablemente su llave a la investigadora. Tal y como esta había previsto, la llave estaba

ligeramente engrasada y presentaba el mismo olor a cera que la llave del archivo. Sin duda, había sido introducida en un molde de cera para fabricar una copia…

De repente, un grito hizo que Prisca levantara la cabeza del teclado. Dejó su ordenador sobre la mesa y salió con premura de su celda. No vio a nadie en el pasillo de dormitorios, así que se precipitó escaleras abajo con el corazón en la boca.

Llegó a la planta baja, pasó junto a la sala capitular y, al atravesar el pasillo del refectorio, vio a todas sus hermanas reunidas en la entrada de la cocina. Se apresuró a llegar hasta la puerta. A pesar de ser mujeres de ánimo bien templado, pudo ver escenas de pánico y nerviosismo.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmada.

No esperó respuesta. Se abrió paso entre sus hermanas y pudo ver el interior de la cocina. Sus ojos se detuvieron aterrorizados en Antonia.

Estaba de pie, con la cabeza dentro de la olla donde bullía el caldo de la cena. Sobre ella se encontraba la pieza delantera de la enorme campana extractora, la cual había impedido cualquier movimiento de la religiosa para no quedar aprisionada. Parecía evidente que, tras quemarse viva, se había ahogado de manera terrible.

—¡Dios santo! —exclamó Presentación al tiempo que se santiguaba. Prisca sintió una desagradable sensación de mareo en el estómago.

Antes de tener tiempo de comprender, Prisca entró en la cocina y retiró como pudo la pesada pieza, sacando la cabeza de Antonia de la olla y tendiendo a la hermana en el suelo. Miró su rostro, cubierto de terribles quemaduras; le abrió la boca con dos dedos y trató de insuflar aire en sus pulmones durante unos minutos, mientras comprobaba que su hermana en Cristo tenía la cara ardiendo, prácticamente cocida, y desde luego no tenía pulso. Respiró hondo, contempló a Antonia con tristeza, la volvió a dejar con delicadeza en el suelo y se volvió hacia la puerta, donde todas observaban sus maniobras, sin atreverse a entrar.

—Madre, llame al inspector Valiente. Yo no me muevo de aquí hasta que él llegue.

—Pero, hermana —dijo la abadesa sin aliento—, está claro que

ha sido un accidente, ella misma me advirtió de que esa pesada pieza estaba suelta…

—Por supuesto que ha sido un accidente, madre —dijo Prisca alto y claro—. Precisamente por eso, es imprescindible que él venga y vea todo tal y como está, no vaya a ser que piense cosas raras —añadió sin perder de vista por un segundo las caras de sus hermanas en Cristo.

—Tiene razón, Prisca —dijo la madre, claramente aliviada—. Lo llamo ahora mismo.

«Sí, madre, llámelo —pensó la pequeña monja—. Ya va siendo hora de empezar a trabajar en serio».

* * *

Valiente caminaba a paso rápido desde la casa de aquel extraño sujeto en dirección a la calle principal. «Avistamientos de ovnis… ¿Por qué no me caerá uno encima?», pensó con desesperación. Los *skins* eran demasiado vándalos como para haber sido ellos, eso ya lo sabía, aunque nunca había que perder la esperanza. Y aquel tipo tenía una sólida coartada; además, quizás fuera raro, pero desde luego no parecía un asesino. «Aunque, ¿quién lo parece? El alcalde, quizás… Ese sí que actúa raro. Tengo que buscar todo lo que haya sobre él en nuestros archivos». Sintió en el bolsillo la vibración de su teléfono. Miró la pantalla y el nombre de la madre Emilia lo hizo detenerse en seco, en medio de la pequeña calle.

* * *

El inspector Valiente entró por la puerta como una exhalación y sin saludar a nadie. Tampoco es que nadie le hubiera contestado; el fuego que salía de sus ojos disuadía de cualquier intento de acercamiento. En pocas zancadas llegó hasta la puerta de la cocina.

—¿Alguien ha entrado? —preguntó al aire, asomándose por la puerta y descubriendo a la priora junto al cadáver de la hermana Antonia.

—Solo yo, inspector —respondió Prisca, que, a pesar de la gravedad de la situación, no pudo evitar sentirse pasmada por la

vestimenta del policía. Valiente soltó un bufido.

—¡¿Y cómo se le ocurre?!

Lejos de arredrarse, la pequeña monja se plantó ante él con el ceño fruncido.

—¿Quizás pretendía usted que dejase a mi hermana cociéndose en esa olla, James Dean? ¡Podía estar viva, había que auxiliarla!

Valiente la miró retador. Sin apartar la vista de ella, le habló sobre su hombro a la abadesa.

—Madre Emilia, por favor, cuénteme lo que ha pasado.

—Estaba en mi despacho —contestó la abadesa con un ligero temblor en su voz, habitualmente serena—. Escuché un grito y salí. Vi a la hermana María José en la puerta de la cocina, mirando hacia dentro, boqueando. Otras hermanas acudieron, y yo también. Y vi a la hermana Antonia inclinada así sobre la olla, con la enorme pieza suelta de la campana sobre su cabeza. —La madre Emilia comenzó a temblar bruscamente. Valiente la sostuvo y la ayudó a llegar a una silla.

—¡¿Es que no tienen ustedes ninguna enfermera?! —bramó, mirando una a una a todas las hermanas allí congregadas.

—Era ella —declaró Raimunda, señalando a Antonia—. Suelen ser las mayores las que se encargan de la enfermería.

—Cierto —recordó Valiente—. Ella misma me lo dijo. Entonces, ¿nadie puede hacer ahora esa función?

—Yo iré. —La hermana Luz se alejó unos pasos—. Me acercaré a la enfermería y le traeré algún calmante, algo sé de primeros auxilios.

—Bien —contestó el inspector, y entró despacio en la cocina.

Miró con detenimiento la viga, una pieza de casi dos metros que formaba parte de la estructura exterior de la campana y que, efectivamente, parecía haberse soltado. El inspector hizo fotografías de la escena, de la viga y sus sujeciones, de los agujeros para los ausentes tornillos que debían haber sujetado la pieza a la gran campana extractora.

—¿Ha movido usted mucho la pieza? —preguntó en tono bajo.

—No, señor. Lo justo para sacar a mi hermana de debajo. Y… usé los trapos para tocarla, no fuera a quemar… —Valiente la miró de soslayo—. La moví unos veinte centímetros, y costó lo que no está en los escritos: pesa como un muerto —declaró, tapándose la

boca al instante.

Todas las hermanas seguían en la puerta, atónitas ante aquel terrible accidente. La hermana Luz llegó con una pastilla y un vaso de agua que le dio a la abadesa. Esta lo tomó y se levantó, tratando de recobrar la compostura, aunque su cara continuaba pálida. Respiró hondo y se dirigió a sus hijas en Cristo.

—Hermanas, vamos al refectorio. Comeremos fruta y pan, o lo que la hermana Agustina nos pueda traer de la cilla, algo que no necesite cocinarse. Inspector —Valiente la miró—, le dejo a la hermana María José y a la priora, una por descubrir el cadáver y la otra por haberlo manipulado. Ellas le dirán todo lo que necesite saber sobre este accidente, pero, si me necesita, no dude en avisarme.

El grupo de religiosas caminó tras su superior en silencio, mientras la hermana María José permanecía en la puerta de la cocina, sin atreverse a entrar, y Prisca no se movía del lado de la difunta.

—Díganme —preguntó Valiente con suavidad—, ¿cómo estaba exactamente la hermana Antonia?

—La vi de espaldas —apuntó María José—, con la cabeza en la olla y esa gran viga atravesada sobre el cuello. —Su voz temblaba y necesitó sostenerse en el marco de la puerta.

—La cabeza en la olla, ¿eh? —dijo, situándose delante de los fogones.

—Mire. —Prisca se levantó del lado de Antonia y se colocó ante la olla, justo delante de Valiente. Inclinó ligeramente la cabeza hacia el caldo—. Así estaba, con toda la cara dentro, y la viga le bloqueaba la cabeza; no podía moverse. Le llegaba de hombro a hombro, sobresaliendo por los lados.

—¿Usted pudo moverla veinte centímetros y ella no? No es que sea una mujer muy grande y fuerte y, desde luego, era muy anciana, pero cuando uno está peleando por su vida, saca fuerzas de donde sea, ¿no le parece?

—Así es, señor. —La priora le dirigió una mirada de inteligencia —. Aunque es posible que, al golpearle la cabeza en su caída, la viga la dejase sin conocimiento y por eso no luchara, ¿no cree?

El inspector se alejó unos pasos para ver la escena desde atrás. Inclinó ligeramente la cabeza.

—Entonces, todo indica que, tal y como la abadesa me insiste, ha sido un accidente.

—Sí, señor. —Prisca lo miró fijamente—. Es porque la madre comentó ayer que iban a venir a arreglar la campana y la hermana Antonia dijo que mirasen la viga, que estaba suelta. —Valiente frunció el ceño.

—¿Estaba suelta? —preguntó lentamente.

—Oh, sí. Estaba… un poco suelta —contestó Prisca, mirando a María José, que asintió con la cabeza.

—Hace ya algunas semanas —añadió la archivera—. Yo tuve cocina hace medio mes y ya tenía un tornillo un poco flojo.

Valiente y Prisca se buscaron con la mirada y callaron.

—Hermanas, voy a llamar a la Científica. Vayan al refectorio a cenar. Si necesito algo más, las avisaré.

María José y Prisca salieron de la cocina sin protestar, echando una mirada a la hermana Antonia, cuyo cuerpo menudo parecía más pequeño que nunca, con la cara terriblemente quemada, la boca abierta y los dedos crispados.

En el refectorio, todas se encontraban en silencio. Ni siquiera la hermana lectora hacía su función y, de hecho, nadie lo echaba de menos.

Las dos monjas se sentaron en sus lugares habituales. Las demás las miraron con ojos suplicantes. Prisca miró a la abadesa, que asintió ligeramente con la cabeza. La priora levantó levemente la voz.

—Hermanas, el inspector Valiente está determinando las causas del accidente. Nos ha dicho que va a llamar ahora a la Policía Científica para levantar el acta, nada más —explicó sin dejar de mirar las caras de sus hermanas.

—¿Cuándo se la llevarán? —preguntó Elvira.

—No lo sé, hermana. Nos informará cuando lleguen sus compañeros.

Dicho esto, Prisca se sentó. Como ya era habitual desde el viernes, la comida transcurrió en completo silencio. Algunas monjas apenas comían, la mayoría lo hacían despacio. Agustina pegó de pronto la espalda a la silla y cerró los ojos. Su cara se veía blanca como la cera. La madre Emilia se alarmó.

—¿Tenemos algún licor fuerte? —preguntó.

—Debería de haber agua del Carmen en la cilla —contestó Catalina—. Voy a buscar, a ver si la encuentro.

—Yo iré. —Prisca se levantó como un resorte de la silla y salió deprisa por la puerta del refectorio.

Al pasar ante la cocina, vio al inspector Valiente con un agente que llevaba bata blanca. «Policía Científica», pensó equivocadamente. Se trataba del jefe forense, el primero en llegar a la escena. El médico y el inspector se hallaban de rodillas junto a la hermana Antonia. Al oírla pasar, Valiente levantó la cabeza. Prisca se detuvo un instante, pero el inspector la ignoró y continuó hablando con el médico y observando a la difunta hermana, de modo que la priora siguió su camino.

Entró en la cilla y encendió la luz. El cuarto, como siempre, aparecía bien ordenado. Prisca sabía que Agustina tenía un trastorno obsesivo compulsivo con el orden, razón por la que ponía nerviosas a otras hermanas cuando le tocaba el turno de lavandería o de cocina, con sus manías sobre cómo y dónde colocar las cosas. Para no avergonzarla, la abadesa y la priora jamás le llamaron la atención ante las demás hermanas, que ignoraban esta característica suya. Pero era un problema a la hora de repartir los trabajos, hasta que a Prisca se le ocurrió que Agustina sería una excelente cillerera. Con su sentido del orden, el almacén estaría siempre impecable y todo sería fácil de encontrar. Y así fue.

La priora miró a su alrededor. Las estanterías de comida estaban clasificadas por la hermana con un impoluto orden: la pasta, las latas, las botellas. Y, junto a los alimentos, otras estanterías más bajas, con los materiales más sencillos de mantenimiento: bombillas, una bolsa con cables, una caja de herramientas y otros cachivaches. Prisca detuvo en seco su inspección ocular. Se acercó a la caja de herramientas y vio que la lengüeta que la cerraba no estaba ajustada. «Es cierto que cuesta un poco —pensó—, pero Agustina jamás la deja abierta; no podría dormir si lo hiciera».

Utilizando el faldón delantero de su escapulario para cubrirse la mano, abrió la caja y observó su interior. Todo parecía ordenado, aunque no tanto como Agustina lo solía tener. Una a una, Prisca hizo un esfuerzo para memorizar todas las herramientas que vio en la caja: un martillo, una llave inglesa, una llave fija, una pequeña sierra. Un juego de llaves Allen, otro de llaves de torx, una pequeña

caja de destornilladores de relojero… Lo miró todo, nerviosa, volviendo a cerrar la tapa con buen cuidado de dejar la lengüeta sin ajustar. Tomó de la estantería adjunta la pequeña botella de agua del Carmen y regresó a buen paso al refectorio.

Al entrar, vio a la hermana Agustina con la respiración más normalizada, aunque todavía muy pálida.

—Toma, bebe —le dijo, acercándole a los labios una cuchara con el fuerte licor. Ella bebió con los ojos cerrados y respiró hondo.

—Hermanas —dijo la abadesa—, si les parece, vamos al rezo de completas y a descansar. Todas lo necesitamos.

Y si bien cada noche solía haber quien se quedaba charlando, recogiendo o distraída con una u otra cosa, en aquel momento todas las monjas se levantaron como una sola de las sillas para acudir al refugio de la oración.

Saliendo del refectorio, la voz voluntariosa y diáfana del inspector Valiente las detuvo.

—Abadesa, priora —llamó. Ambas abandonaron la fila y acudieron a su lado mientras las demás hermanas continuaban hacia la iglesia—. Estamos esperando una ambulancia, no tardará. Pidan a las hermanas que no entren en la cocina hasta nuevo aviso: la Científica vendrá a primera hora de la mañana y ya saben, hay que mantener la zona intacta. Si es necesario, yo mismo les traeré el desayuno. Les pido por favor que nadie entre —añadió, mirando fijamente a Prisca.

—Descuide, inspector —contestó la aludida—. ¿Qué ha dicho el médico?

—Parece un ahogamiento y hay una contusión en el occipital que parece causada por la pieza de la campana al caerle encima —informó a regañadientes—. Prefiero no decir nada hasta que tengamos el informe completo.

—Entonces…, se trata de un accidente, ¿verdad? —preguntó con ansiedad la abadesa.

Prisca congeló a Valiente con la mirada. El inspector respiró hondo antes de contestar.

—Eso parece, madre. Vayan a rezar, yo me quedo aquí hasta que venga la ambulancia. Cuando se hayan levantado las actas correspondientes, la traeremos para que puedan ustedes enterrarla entre estos muros.

—Muchas gracias, inspector —dijo. Valiente percibió en su tono un doble agradecimiento en el que, de momento, no quiso hacer hincapié—. ¿Necesita que alguien se quede con usted para ayudarlo?

—No, madre. Vayan, yo espero. Y recuerden: nada de entrar en la cocina. Dejaremos una cinta policial en la puerta, hay que constatar bien este accidente.

—Como usted disponga, inspector. Buenas noches, y vaya con Dios.

«Vayan ustedes, madre, que falta les hace», pensó Valiente, entrando en la cocina de nuevo.

La ambulancia no tardó en llegar. Tomaron en volandas a la pequeña y anciana monja y la llevaron a la camilla. El médico forense le estrechó la mano al inspector.

—Recuerda lo que te he dicho, el asunto es muy feo. No pierdas de vista a estas monjas: tienen más peligro que un tonto con una caja de bombas. —Valiente sonrió.

—Descuida. Solo intenta hacerme llegar el informe de la autopsia lo antes posible.

—Pásate mañana por el Instituto de Medicina Legal y te diré lo que haya averiguado.

Cuando la ambulancia se fue, el inspector jefe acudió a la puerta de salida del patio y miró a su alrededor. La hermana Luz salió a su encuentro.

—Solo salgo para cerrar cuando usted se vaya, inspector.

—Pues ya me voy. ¿Algo que le llamase la atención esta mañana en misa, hermana?

—No, señor. Me fijé muy bien. Todos los que entraron fueron directamente a la iglesia, escucharon la misa y volvieron a salir, observé la marcha de todos y cada uno, y nadie entró en el monasterio, se lo puedo asegurar. Pero…

—¿Sí?

—Inspector, ¿y si me he despistado y alguien se ha colado y le ha hecho daño a Antonia? —La voz de la mujer parecía a punto de romperse en llanto.

—Hermana, no se torture. Usted ha vigilado con atención, se habría dado cuenta, eso seguro. Además —sonrió—, lo que le ha sucedido a su hermana ha sido un accidente, así que quítese de la

cabeza esas ideas.

Luz lo miró agradecida y le devolvió la sonrisa. Valiente advirtió que esa idea había estado martilleando en el cerebro de la portera desde que la hermana Antonia había aparecido muerta.

—Vaya, hermana, reúnase con las demás y descanse.

Tomó su coche *vintage*, como le gustaba llamarlo, y se alejó del monasterio, preguntándose por la enorme marea de sensaciones que aquellos hechos estarían produciendo en la cabeza de unas mujeres acostumbradas a una vida tranquila y sin sobresaltos. Todas menos una, claro.

Se dirigió a la ciudad sin dejar de analizar las declaraciones de Antonia, el odio que había mostrado hacia Ángela. Incluso barajó la posibilidad de que ella podría haber sido la mano que le había quitado la vida, a ella y a su amante, por dejarse arrastrar a los infiernos. Nunca creyó de veras que eso fuera posible, pero tampoco descartaba la idea: al fin y al cabo, Ángela estaba narcotizada, Cecilia distraída, y la pértiga tenía un filo tan fino que incluso una mujer menuda como Antonia podría haberlo clavado en una espalda, aunque sin duda habría hecho falta más fuerza para atravesar a ambas mujeres. Y ahora, Antonia había sido brutalmente asesinada. No le cabía duda alguna.

Subió a su casa sin que el escenario del crimen se hubiera desdibujado de su mente. Al meter la llave en la cerradura, los recuerdos de Ángel llegaron hasta él. El eco de sus pasos desde el corredor, cuando lo oía llegar. El abrazo, los ojos brillantes, azules. La sonrisa, el beso. «Cariño, eres un obseso del trabajo», recordó su voz, que fluía con suavidad. «Ya lo sabías, no te engañé… Además, ¡mira quién habla!», se escuchó a sí mismo contestándole, una sonrisa en su rostro… Una alegre, de las de verdad, no como las de ahora, casi todas fingidas. Una sonrisa que era tan fácil de pintar cuando era feliz. Feliz. ¿Qué era eso? Quizás, se dijo, la expresión en los ojos vivarachos y alegres de la priora, todavía tan llena de vida, de ilusión. La priora… Su recuerdo lo devolvió a la realidad. Se quitó la cazadora y las botas, lo guardó todo con cuidado, encendió las luces y acudió a su ordenador portátil. Lo puso en marcha, buscando la página de «Tusescritos.com» del Ángel Blanco. ¿Habría tenido ya tiempo de escribir algo más? Así era, tal y como pudo comprobar enseguida al ver el nuevo texto.

> La viga yacía sobre la cabeza de la monja más vieja, cuyo cuerpo parecía el de un títere al que hubieran cortado los hilos. A pesar de la certeza de su muerte, la monja investigadora trató de reanimarla sin éxito. Finalmente, decidió quedarse junto al cuerpo de su hermana, la que había dicho tantas cosas horribles de la monja más bella ante otras hermanas: la monja más flaca, la monja sin gafas, la monja campanera, la monja desgarbada y la propia madre abadesa.
>
> Mientras esperaba al caballeroso y arrobado inspector, la monja investigadora miró a su alrededor: era curioso que en toda la cocina no hubiera ningún tornillo por el suelo, a pesar de que la viga se había soltado de todas sus sujeciones. Si se había caído sola, ¿no habría sido lo más normal que los tornillos que quedaban estuvieran por el suelo?
>
> Y cuando, más tarde, la monja investigadora acudió a la cilla en busca de agua del Carmen, todavía le pareció más curioso que alguien hubiera sustraído una herramienta de la caja y aún no la hubiera devuelto: el destornillador de estrella, justamente el adecuado para los tornillos de la campana.

Valiente tomó papel y bolígrafo y escribió con su letra extrañamente cuadrada.

«Antonia critica a Ángela ante Elvira, Raimunda, Teresa, Catalina, Emilia, Prisca. Todas escuchan sus críticas, y también su declaración de que la viga está suelta. María José habla más tarde de un tornillo flojo. De pronto, no hay ningún tornillo en la viga ni en el suelo de la cocina, y el destornillador no está en su sitio».

Se sentó en la cama y se quedó mirando la pared con los ojos entornados. Si la asesina se había tomado en la primera ocasión tantas molestias como para envolverse a sí misma en algo que después escondió, para no dejar huellas dactilares, ni de sangre, ni pelos, ni siquiera huellas invisibles, ¿por qué sería esta vez tan descuidada como para no devolver el destornillador enseguida y no dejar ningún tornillo en el suelo, en la escena del crimen? ¿Poco tiempo para prepararlo? ¿Habría, esta vez, alguna huella en la hermana Antonia? Y, aunque así fuera, ¿sería relevante, teniendo en cuenta que todas las monjas viven juntas y no habría nada de extraño en que Antonia tuviera en sus ropas, incluso en su velo, huellas de alguna hermana? «Al menos —pensó—, parece que el círculo se va estrechando».

* * *

El insomnio no era una novedad para Prisca. Más aún después del mensaje que acababa de recibir por correo electrónico de su sobrina. Después de tanto tiempo, la chica, preocupada por la última publicación de su tía, le había hablado. Tantas veces soñó la priora con ese momento…, pero ahora que había llegado por fin, la angustia y la tristeza de tantas pérdidas, del miedo a lo que estaba pasando ante sus ojos sin que pudiese hacer nada, le impedían disfrutar de la felicidad de que la joven hubiese decidido romper el hielo.

> Tía, ¿estás bien? Estoy preocupada. Dicen que ha pasado algo malo en tu monasterio y, en vista de tus escritos, me estoy asustando. Dime algo, por favor.

El hecho de que declarase que se estaba asustando verificaba que, a pesar de su soledad y su tristeza, Ruth siempre se había preocupado por ella. Naturalmente, los comentarios del Pequeño Ángel Blanco así lo indicaban, pero recibir aquel correo era un claro intento de acercamiento que Prisca había contestado con un simple «Cariño, no te preocupes, ya sabes: novela es novela. Solo han pasado algunas cosas, digamos, inspiradoras, que te contaré más adelante. Recibe un enorme abrazo y un gran beso, que cuando quieras y tu salud te lo permita, me encantaría darte en persona».

Sin parar de dar vueltas en la cama por la alegría que le causó aquel correo y la desazón de los acontecimientos, teniendo presente a todas horas y por todas partes la cara quemada de Antonia, Prisca se levantó de la cama y encendió su portátil, sin saber exactamente para qué. «¡Ay, Virgencita, cualquiera se duerme!».

Para mayor inquietud, al abrir su página de «Tusescritos.com» encontró un comentario que le hizo abrir los ojos al máximo.

> Un destornillador menos… ¿Quién lo tendrá y dónde? Muy curioso, desde luego. ¿Te imaginas que el forense encontrase un profundo golpe, cuya forma no coincidiera en absoluto con la viga, en el cráneo de la monja más vieja? Un objeto contundente, pero no demasiado duro. Entonces, ¿cómo habría muerto? ¿Por el golpe?, ¿ahogada? Y ¿dónde podría estar el

> objeto con que la hubieran golpeado? Creo que has creado un asesino bastante torpe, Ángel Blanco. Menos mal que tu pluscuamperfecto inspector dará con él. Ojalá alguien pudiera registrar las celdas… Aunque, claro, para eso habría que saber exactamente dónde está su usuaria, para no correr riesgos… ¡Sigue escribiendo, a ver si llegamos al final!
>
> El Príncipe Valiente

—¡Mi madre, golpe y fractura craneal! —exclamó en voz alta, sin querer, la priora—. Algo no demasiado duro, ¿qué puede ser?

Así que alguien había golpeado por sorpresa desde atrás la cabeza de la hermana Antonia, que debió de quedar inconsciente; había soltado la pieza delantera de madera de la campana extractora, tan grande y pesada, con el destornillador que previamente había sustraído de la caja de herramientas de la cilla, y la había dejado caer sobre la olla, atrapando la cabeza de la anciana para que pareciese un accidente.

Ella misma había comprobado las actividades de cada hermana hacía unas horas. La mayoría acababa de entrar del claustro, y muchas estaban en sus celdas, en la planta de arriba, respondiendo cartas o leyendo, en el tiempo libre que da el domingo. Otras estaban en la iglesia, cantando… No había nadie en los corredores, no pudo ser difícil, para quien lo hiciera, pasar desapercibida. Tampoco golpear la cabeza de la anciana, una mujer tan vieja y pequeña que apenas podía moverse con soltura… No debió de costarle perpetrar el crimen y eliminar las pistas —llevarse los tornillos del suelo—, aunque eso hacía que el supuesto accidente dejara de pasar por tal. Prisca notó que se le revolvía el estómago; respiró hondo. Como el viernes, pensó: la persona tomó furtivamente las llaves de sus compañeras, hizo moldes de cera y las copió… Abrió la puerta de la calle, la del archivo, para hacer creer de manera burda que alguien había entrado de fuera, y asesinó impunemente a las dos monjas amantes… Una violenta arcada sacudió el cuerpo de Prisca, que se dirigió al baño de su celda a toda prisa. No pudo evitar deshacerse de lo poco que había cenado. Mareada, se inclinó sobre la pila y se lavó la cara con agua bien fría. Reconfortada, se irguió, encontrando su propia mirada en el espejo.

«Alguien muy torpe… Abre las puertas con llave, en lugar de

forzarlas, que sería lo más normal si quería que pareciese un allanamiento con robo. Ni siquiera se hace con un par de botas de montaña manchadas de barro para dejar huellas, incluso manchas de sangre de las hermanas en dirección a la puerta. Y los documentos… A saber dónde los tiene. Y ahora no deja los tornillos por el suelo ni tira de la pieza de la campana extractora para que parezca que su propio peso los ha desprendido, ni golpea a la hermana en la cabeza con algo parecido a ella para aparentar el impacto de esta, sino que usa algo "no demasiado duro…". Absurdo, pueril. —Cerró los ojos, tomó aire y se miró de nuevo al espejo, sin el menor atisbo de sonrisa en su rostro—. Hay un monstruo en mi casa. Un horrible monstruo que está matando a mis hermanas. Es tan malo como torpe y yo aprovecharé esa torpeza. Nadie va a hacernos más daño mientras yo pueda evitarlo. Registrar las celdas… ¿Dónde estará el destornillador? ¿Y el objeto no muy duro?».

Sigilosamente, la hermana Prisca salió de su celda. Si alguien la veía, siempre podía decir que iba a la iglesia a rezar por sus hermanas, aunque eso sería justo lo mismo que le diría aquella con quien se encontrase. Bajó sin encender luz alguna y, con una breve carrera, atravesó el corredor y entró en la cilla. Abrió la caja de herramientas y una leve sonrisa se pintó en su rostro. «Bingo», se dijo, volviendo a su celda tan deprisa y con tanto sigilo como pudo. Entró y tomó de nuevo el ordenador, abriendo otra vez el comentario del Príncipe Valiente.

> Sí, ¿te imaginas que el destornillador, además, regresase mágicamente a su lugar, en plena noche? Con lectores tan intuitivos como tú y un asesino tan torpe, no te será difícil averiguar quién es, Príncipe Valiente.

Cerró el aparato y, algo más confortada, se tendió en su cama y, ahora sí, logró conciliar el sueño.

CAPÍTULO 4

Lunes, 21 de octubre

9:10 h, Instituto de Medicina Legal de Barcelona

El forense no miraba a Valiente. Acostumbrado a hacer autopsias mientras el inspector lo interrogaba, había logrado con el tiempo compatibilizar ambas tareas sin problemas. Concienzudamente, llevaba a cabo su trabajo con un cuerpo que a Valiente nada le decía, aunque rehusaba mirarlo mientras escuchaba las explicaciones del doctor.

—Le dieron un buen castañazo en el cráneo, afectando los parietales y el occipital. Es decir, desde atrás y desde más arriba, con lo que podemos deducir que quien lo hizo era más alto que ella, para lo que no hace falta correr mucho. Y mira esto. —El forense acercó a la cara de Valiente una pinza que prensaba entre sus dedos. El inspector no logró ver nada y frunció el ceño, aproximándose a la pinza tanto como pudo. El doctor sonrió.

—Tío, me flipan tus ojos.

—¿Es una proposición? —preguntó Valiente sin ninguna afectación en su voz y sin dejar de mirar la pinza.

—No, solo me gustaría sacártelos y quedármelos —contestó el médico impávido.

—Viniendo de un forense, voy a preocuparme de dormir con un ojo abierto… Nunca mejor dicho. Anda, no me jodas, que no eres mi tipo. ¿Qué estás enseñándome en esta pinza? No veo nada.

—Es una astilla. Es infinitesimal, pero he encontrado varias. La Científica está analizando la cofia, que seguro que también tiene.

—El velo.

—¿Velo? Vaya, tenía un concepto diferente de los velos —murmuró más para sí mismo que para Valiente—. Bueno, eso. Las astillitas tienen una cobertura de pintura gris. Por la fuerza del

golpe y las fracturas óseas en el cráneo, debe de tratarse de algo de buen tamaño.

Valiente enarcó las cejas.

—¿Madera de la pieza frontal de la campana extractora, esa tan pesada?

—No. De esa también tenemos muestras y no tiene nada que ver. Es otro tipo de madera, con otra trama y, además, pintada de colores.

—¿Vas a tardar mucho en darme el informe?

—No creo, pero déjame trabajar. Además, si ya sabes lo que ha pasado, ¿a qué tanta prisa?

—Para que el juez se dé también prisa en darme la orden de registro.

—¿Tanto le cuesta? Pensé que, con un doble crimen de sangre por medio, os dejarían trabajar, ¿no?

—Eso creí yo, pero están tardando; imagino que no es tan fácil meter mano en un monasterio, entrar impunemente en las celdas de las monjas, ya sabes. —El médico afirmó con la cabeza—. Me voy, avísame en cuanto lo tengas.

—Claro, guapo —le contestó el doctor en tono burlón.

Mientras salía por la puerta, Valiente le mostró sin volverse el dedo corazón de la mano izquierda y se fue a buscar los ascensores.

9:30 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

La madre Emilia presentaba síntomas claros de no haber dormido en toda la noche, como la mayoría de las monjas. La hermana Luz, que ahora se ocupaba de la enfermería, le había dicho que, de seguir así, sería bueno tomar «alguna cosa» para dormir, a lo que la abadesa se negó. «Me basta con la oración», le había contestado, a lo que Luz nada dijo, conocedora de lo reacia que era la abadesa a medicarse. Aun así, replicó, no estaría de más que fuese al médico si quería conservar la calma ante aquella difícil situación. Su argumento pareció convencer a la madre, que poco después del almuerzo había llamado a la priora a su despacho para pedirle que le consiguiera hora en el ambulatorio del pueblo desde la página web del Departamento de Sanidad. Prisca aprovechó entonces para comunicarle sus sospechas sobre las próximas actividades de la

policía.

—Lo más probable, madre, es que el inspector Valiente venga a interrogar a algunas hermanas. Seguro que usted entiende, como yo, que todo esto puede tener que ver con alguna de nosotras. —El rostro de la abadesa palideció todavía más—. Es muy duro, pero no conseguiremos arreglar nada si no contemplamos todas las posibilidades. Si nos tienen que interrogar, habrá que dar alguna excusa a las hermanas.

—Mentir… —susurró la madre abadesa con gesto derrotado.

—Lo sé, madre. Sin embargo, piense que estamos hablando de posibles asesinatos; puestos a pecar, ¿qué es peor? Es necesario que colaboremos.

—Está bien, Prisca. —La madre habló con infinito cansancio—. Lo dejo en sus manos. Secundaré lo que usted diga. Puede retirarse.

La joven priora se sintió un poco contrariada. Nunca había visto a la madre tan abatida, tan cansada. Aunque, dadas las circunstancias, le pareció lo más normal. De modo que se levantó y salió del despacho casi de puntillas para que su presencia no fuera percibida por la atribulada abadesa.

La misa transcurrió con una sensación de irrealidad para la priora, que, mirando a sus hermanas, tuvo la certeza de que todas trataban de concentrarse en la oración y las palabras del sacerdote sin éxito alguno. La mayoría presentaba un semblante de incomprensión, de temor, incluso de miedo, que Prisca pudo comprender perfectamente. Al acabar, mientras Catalina asistía al sacerdote en la sacristía, Prisca se detuvo en la puerta de acceso al claustro y todas sus hermanas, al ver impedida la salida, la miraron con curiosidad.

—Hermanas, debido a los últimos acontecimientos, la policía necesita hacer todas las diligencias necesarias para poder continuar y cerrar su investigación, así que es bastante probable que pidan nuestra colaboración.

—¿Han dicho algo de Antonia? —preguntó Elvira.

—No, como veis, todavía no han venido esta mañana, aunque no creo que tarden. Solo quería deciros que es muy probable que los obliguen a interrogarnos de nuevo, ya sabéis, para completar el procedimiento. Ellos necesitan rellenar el papeleo pertinente, solo pido la colaboración de todas en nombre de la abadesa y que se

conteste a las preguntas que nos hagan. —Prisca observó la inquietud en los rostros de la mayoría—. Tranquilas, hermanas, tan solo se trata de colaborar y esperar.

—¿Saben si el viernes entró algún intruso? —quiso saber Teresa mientras las demás prestaban su máxima atención a la priora.

—Es una posibilidad, hermana —contestó Prisca, observando las expresiones de todas con la máxima atención. Ante el pesar de la mayoría, se llenó de presencia de ánimo que intentó transmitir a sus hermanas en Cristo—. Tranquilas, que nadie se preocupe. El inspector Valiente lo está haciendo de maravilla. Esta mañana ha mandado un nutritivo desayuno que nos espera en el refectorio, así que vamos a comer y a dar gracias a Dios por ello.

Y con una sonrisa, partió hacia la sala comedor, seguida de un grupo de atribuladas y temerosas monjas.

Daniel Valiente llegó durante el rezo de tercias, saludó a Luz, que lo miró de hito en hito y, nada más darle la espalda, escuchó la campana: tres toques largos, tres toques cortos. De modo que se quedó donde estaba y la priora no tardó en aparecer.

—Es un alivio verlo con su traje habitual de acelga hervida, inspector.

—Yo también le deseo buenos días, priora. —Prisca enrojeció ligeramente—. Me vestí así por una causa más que razonable, no veo a qué viene tanta guasa.

—No, si era una ropa preciosa, es solo que ya me he acostumbrado a verlo así de aburrido.

—Pues usted tampoco es que cambie mucho de *outfit*, priora —añadió con ironía.

—¡Ahí le ha dado! Bueno, ¿qué le ha dicho el forense del golpe en la cabeza?

—No tengo ni idea de dónde se ha sacado eso —la eludió Valiente—. Tengo que hacer un interrogatorio, ¿dónde puede ser? —La monja lo miró con gesto inexpresivo.

—Acompáñeme, si es tan amable. —Lo condujo a la sala de visitas, donde lo había visto por primera vez—. Tome asiento, señor inspector jefe —añadió con voz cantarina—. ¿A quién quiere que llame?

—¿Empezamos por la monja más flaca? —preguntó él en tono guasón. Prisca sonrió, dando por compensado su primer intento

fallido de complicidad.

—Ahora mismo viene —afirmó la priora, saliendo de la habitación con paso ligero.

—La iré avisando con la campana cuando acabe cada interrogatorio, para que pueda llamar a la siguiente hermana, ¿de acuerdo, priora? Cuente que serán unos diez minutos por cada testigo, aproximadamente. —Prisca sonrió—. ¿Tres toques largos y tres cortos?

—Sí, señor —dijo arrebolada—. Ahora llamo a la hermana Elvira.

—Prisca. —Esta se detuvo en seco y se volvió—. Cuando tenga el informe del forense, podré entrar aquí como un elefante por una cacharrería. Tardará solo unas horas. Necesito que no le pase nada a un objeto del taller de carpintería, grande y policromado, con uno de los extremos pintado en color gris.

A Prisca se le descolgó la mandíbula.

—¿Me está hablando de la talla de Nuestra Señora de Meritxell? ¿Está de broma?

—No bromeo antes de que mis biorritmos se despierten, y diría que después tampoco. No voy a pedirle que me muestre esa talla porque si alguien nos ve, hará desaparecer las pruebas. Tampoco podemos demostrar que se trate concretamente de esa pieza; podría ser otro objeto preparado para la ocasión y que ya haya sido quemado en la chimenea de la cocina para eliminar la prueba; aquí hace un frío que depila, y no sería raro. Si tuviera alguna certeza, entraría en el taller ahora mismo, pero no la tengo. Tan solo sé que es de madera y está pintado. Con el informe del forense cambiará la cosa y podré registrar a mis anchas, centrándome en esa talla si lo vemos factible. Pero los informes de los forenses y de la Científica tardan bastante más que en las series de la tele. De momento, no puedo hacer nada más, salvo pedirle que no le quite el ojo de encima y, si alguna de sus hermanas se le acerca, tome buena nota de todo lo que haga, ¿de acuerdo?

—¿Si alguna se le acerca? —Escandalizada, Prisca bajó la voz a un susurro y se acercó a él—. Inspector, la estamos restaurando, ¡todas se le acercan! ¡Tendrá huellas de media congregación! ¿Servirá eso de algo? Aparte de que mide cuatro palmos y no es precisamente muy manejable.

Valiente iba a decir algo, pero se lo pensó mejor. Estaba haciendo demasiadas concesiones a aquella monja curiosa.

—Haga lo que le digo, por favor. Es importante. No se preocupe por los detalles técnicos, ese es mi trabajo. ¿Puede comenzar a llamar a las hermanas?

Contrariada, la priora salió al pasillo y tocó la campana de aviso. Valiente esperó de pie en el interior de la sala.

Elvira asomó por la puerta. El inspector le pidió con un gesto cortés que se sentara a su lado.

—Buenos días, hermana Elvira. Disculpe que la moleste, solo quiero hacerle algunas preguntas.

—Lo que necesite, inspector —dijo con sumisión, bajando la cabeza. Valiente sintió cierto apuro.

—Hermana, no tiene usted obligación de declarar, ni siquiera de contestarme. Hágalo tan solo si lo desea.

—Lo que deseo es que esto acabe cuanto antes —contestó Elvira, levantando la cabeza para mirarlo a los ojos—. Así que pregunte, inspector.

Valiente repasó sus notas y le habló en tono bajo y suave.

—Cuénteme lo que pasó el sábado, mientras hacían la limpieza. —Elvira frunció el entrecejo, pero contestó sin protestar.

—La hermana Antonia habló mal de Ángela y de Cecilia. Dijo que eran pecadoras y que no merecen ir al cielo. —Bajó la cabeza de nuevo.

—¿Por qué dijo eso?

—Supongo…, creo que estaba impresionada por lo que ha pasado. Seguro que fue su manera de descargar su miedo.

—¿Las criticó por tener sexo? Según tengo entendido, ustedes no hacen voto de castidad…

—No, señor, pero seguimos la regla de san Benito. Y, desde luego, sí que hacemos el voto de obediencia, y obedecemos en todo a la madre abadesa.

—¿Y la madre abadesa se ha mostrado alguna vez reacia a los tratos de cariño entre ustedes?

—No, señor. No obstante, no podría tolerar ese comportamiento.

—¿No? ¿Qué habría hecho la abadesa, de estar al corriente sobre la relación entre Ángela y Cecilia?

—Pues… —Elvira miró a un punto indefinido con gesto

pensativo—. Las habría llamado al despacho y les habría dicho que debían decidir si querían seguir con la relación o quedarse en el monasterio, no habría consentido las dos cosas.

—¿Seguro? No sería la primera vez. —Elvira puso un gesto de espanto—. En la abadía de Montserrat, por ejemplo, no hace tanto que se creó una comisión para investigar varios casos de abusos reiterados. Los monjes que los protagonizaron fueron, tan solo, apartados de su cargo. Si son capaces de silenciar algo así, hermana, ¿qué no harán en el caso de relaciones consentidas?

—Señor —Elvira estaba colorada como la grana y tan solo un hilo de voz salía de su garganta—, no tiene nada que ver.

—¿Ah, no? ¿Y qué diferencia hay? —preguntó Valiente retador.

—Son… hombres. —El inspector no pudo contener una fuerte y seca carcajada. Elvira protestó—. Señor, los hombres tienen testosterona.

—Las mujeres también.

—Pero ¡los hombres más! Por eso son más propensos a ese tipo de faltas horribles, como abusar de niños. Sobre las relaciones consentidas no puedo decirle nada, solo que aquí no se dan, que esa relación no debió darse; seguro que se admiraban la una a la otra, no sé cómo cayeron en algo así, pero desde luego tan solo se estaban haciendo daño a sí mismas.

—Un consejo que no tiene nada que ver con esto: debería usted revisar esas teorías sexistas suyas. Los violadores de niños no violan por ser hombres, violan por ser violadores, así que le recomiendo que no se confunda. Hay infinidad de buenas y malas personas en todas partes, al margen de su sexo.

—Sí, señor. Le ruego me disculpe —susurró Elvira, mirando al suelo.

—No la estoy reprendiendo, solo se lo digo porque no es bueno matar mariposas a cañonazos. —Tosió un par de veces y prosiguió —. Dígame, ¿cree usted que la hermana Antonia pudo haber atacado a las hermanas Ángela y Cecilia?

Elvira sonrió incrédula.

—No, señor. ¿Cómo iba a hacer eso? No, inspector Valiente, quítese eso de la cabeza; por mucho que dijera, no la imagino haciendo algo tan horrible —dijo sacudiendo la suya.

Por el contrario, la hermana Raimunda le dio al inspector la

impresión de abrigar más dudas sobre la posible implicación de la anciana.

—Su gesto era muy severo —le dijo—. Estaba muy enfadada, hablaba con voz chillona, daba miedo.

—¿Hasta qué punto, hermana? ¿Cree que podría haber perpetrado el crimen?

Raimunda lo miró pensativa.

—No sabría decirle. Físicamente, me parece poco probable. Pero… Verá, en este monasterio hay mucha armonía, no sé; en nuestro antiguo monasterio no había tanta camaradería. Todas tenemos muy buena relación, por eso sorprende tanto ver a alguien hablar así de otras hermanas.

—¿No son habituales las críticas?

—En absoluto. Es más, como ya le dije, todas parecían tener buen concepto de ambas, y nadie las ha criticado, a pesar del terrible suceso. En realidad, es más bien colaboración lo que se respira aquí. También es útil reunirnos cada noche para decir nuestras pequeñas faltas en la sala capitular. Es una forma de ir a dormir tranquilas. —Sonrió.

—Entonces, si nadie critica abiertamente a nadie, sí que debió de resultar chocante la declaración de la hermana Antonia. ¿Vio alguna reacción que le pareciese fuera de contexto? —Raimunda siguió pensativa, como si tratase de recordar.

—Tan solo, quizás, la hermana Catalina. —Esbozó una sonrisa de medio lado—. Dijo que Ángela era muy bella y que no podía evitar llamar la atención aunque quisiera. Lo dijo como con indiferencia, pero quién sabe si sentía celos de Cecilia. —Expandió un poco más su sonrisa—. No me haga caso, inspector, pensaba en voz alta. Es que, en la época del instituto, ciertamente Ángela era a menudo el centro de atención de los chicos. Pero no parecía gustarle; es obvio que ya entonces tenía vocación y prefería ir conmigo a charlar que andar con unos y con otros. —Sus ojos parecían llenos de melancolía ante tales recuerdos de adolescencia. A Valiente no le pasó desapercibido.

—Parece que Ángela era muy especial para usted.

Raimunda entornó los ojos. Los abanicos de sus pestañas, negros y espesos, ocultaban su mirada.

—Sí, era una hermana para mí, la que nunca tuve. Me crie con

hombres: mis hermanos y mi padre. Ángela era mi cómplice y amiga.

—¿Sentía usted algo especial por ella? —aventuró Valiente. Raimunda se demoró unos segundos antes de contestar.

—Claro, inspector. Todo el mundo sentía algo especial por Ángela. No pasaba desapercibida, aunque no lo buscase.

El tono de la mujer le indicó que había llegado ese momento en que, preguntara lo que preguntase, no le sacaría nada más, de modo que dio por concluido el interrogatorio, al menos de momento.

—Gracias, hermana. Puede irse, ya la llamaré si necesito algo más.

Al salir Raimunda, el inspector recorrió varias veces la habitación alrededor de la mesa con unas pocas zancadas de sus largas piernas.

«¿Por qué? ¿Celos, deseo…, venganza? Si Antonia lo hubiera hecho, su muerte habría sido por venganza, eso está claro. Pero ¿si no fue Antonia? ¿Alguien la mató por hablar mal? ¿Por pecar, por no cumplir la regla de san Benito? ¿Alguien recto y estricto, que se toma muy a pecho el voto de obediencia? Puto rompecabezas…».

Salió de la sala y, de mal humor, tocó la campana llamando de nuevo a Prisca. Siendo la hora de trabajo, no faltaban por el pasillo las idas y venidas de las hermanas, unas que llevaban ropa a lavar, otras a guardar. La puerta del archivo estaba abierta, así como la del taller de restauraciones. Valiente rezó porque Prisca estuviera velando por la talla. «En cuanto tenga el informe del forense, podré llevármela. Si no, ni de broma me dejarán sacarla de aquí».

* * *

En el interior del taller, Prisca se dirigía a Teresa.

—¡Qué sola estás esta mañana!

—Sí, nadie parece tener muchos ánimos para trabajar —contestó la campanera.

—No me extraña. —La priora se detuvo ante la talla de la Virgen —. Os está quedando muy bien —declaró con una sonrisa.

—Sí, bueno, poco había que hacerle, pero es un honor, desde luego. —Sonrió melancólica—. Ángela estaba entusiasmada con la restauración de esta talla, supongo que fue su primer gran trabajo

como restauradora. Siempre estaba al quite de cómo la movían, riñendo a cualquiera que no lo hiciese de forma adecuada.

—Debe de ser difícil manipularla, ¿no?

—Bueno, es pesada, pero no demasiado. Aunque tratamos de no moverla mucho, siempre está ahí, en el mismo sitio.

Prisca observó con atención el pie de la talla, pero nada destacaba a simple vista de la pintura gris que lo cubría.

—¿Habéis restaurado la pintura de la base?

—Sí, es una de las cosas que estamos pintando.

—¿Y quién la está pintando?

—Yo misma, Prisca. Justamente, el viernes por la mañana trabajé en ella y ahora me disponía a seguir.

La priora miró con atención a la campanera. Siempre le había parecido una mujer equilibrada, además de que era baja y flaca, como ella misma. Sin duda, no sería fácil para ella asestar un golpe con un objeto como aquel. Decidió jugársela.

—Tere, ¿tú confías en mí?

—Claro que sí, Prisca.

—No le des hoy esa mano de pintura, ¿vale? Ni la toques ni permitas que nadie lo haga. Invéntate una excusa.

Una chispa de complicidad asomó a los ojos de Teresa.

—Cuenta conmigo, priora —contestó con una sonrisa.

«Es arriesgado —pensó—. Podría ser ella misma, pero no me quedaba más remedio. De todos modos, no perderé la talla de vista mientras me sea posible, aunque Valiente dice que podría ser algún otro objeto. ¡Habría que tener mucha cara para asesinar a alguien con una escultura que estamos restaurando!».

* * *

La hermana Catalina miraba con cara de asombro al policía, que a su vez la miraba sin pestañear.

—Solo lo dije porque es cierto. Era llamativa, tenía una cara bonita y rasgos bien definidos, parecía una Virgen María.

—¿Y cree que su afirmación molestó a alguien? —quiso saber Valiente.

—No, señor, pero es la verdad, yo no miento. Todas sabemos que era bella, y si Dios la hizo así, él sabría por qué. Si alguien se

molestó, me parece una tontería que lo hiciera.

—Y a usted, ¿le molestó lo que dijo la hermana Antonia? —preguntó de nuevo el inspector.

—Solo me molestó que ella las juzgase. Nosotras no podemos ni debemos juzgar a nuestras hermanas. Pero Antonia era muy vieja, se entiende que no podía verlo como lo veo yo.

—¿Y cómo lo ve usted? —dijo Valiente, inclinando ligeramente la cabeza.

—Pues yo creo que eran dos personas que se admiraban, dos mujeres inteligentes e inquietas. No me sorprende demasiado que llegaran a enamorarse, pero sí que lo materializasen. Debieron irse del monasterio si querían vivir una relación de pareja. Aquí eso no cabe, señor, nosotras vivimos para el monasterio y todo lo que hacemos es para la gloria de Dios.

Valiente observó la falta de afectación en la voz de Catalina. Parecía estar repitiendo un credo aprendido o las palabras de otro. Eso le llamó la atención: era como si se limitara a declarar verdades universales.

—Muchas gracias, hermana, puede irse.

* * *

En la planta superior, Prisca entraba en las celdas de las hermanas que iban siendo interrogadas. «Diez minutos», le había dicho el inspector, aunque lo cierto es que le bastaba con menos. Las celdas, impolutas, no tenían sino un armario con alguna muda, una mesita de noche con un libro o ninguno, un escapulario y un evangelio; la cama de Elvira, en cambio, estaba mal hecha, lo cual era muy raro. La parte de atrás de la sábana de arriba, así como la manta, estaba sacada de lugar, cosa que llamó la atención de la priora. Miró entre las sábanas y el colchón y no halló nada extraño. Se sentó sobre la cama y tampoco notó nada especial. Debajo, el suelo bien barrido y brillante fue el único hallazgo de la priora.

En la celda de Raimunda, Prisca tampoco encontró nada inusual: el libro de rezos, el rosario, el armario con las mudas, la cama mejor hecha que había visto nunca. Se agachó para mirar debajo de la cama e inspiró profundamente; aroma húmedo, familiar. Recordó las últimas lluvias, «las paredes se han mojado». Pasó la mano por el

somier y el colchón, miró bien por todas partes: nada. Y salió de la celda ante la llamada del inspector para avisar a la siguiente hermana.

Bajó de nuevo la escalera corriendo, pero sin hacer ruido. Era curioso, pensaba, la de cosas en las que una puede fijarse metiendo la nariz donde no te llaman. Su corazón latía excitado mientras se dirigía al vestíbulo para encontrar al inspector Valiente, que recibió con sorpresa su cara arrebolada y su rápida respiración. La hermana Agustina los miró asombrada, mientras pasaba en dirección a la cilla.

—¿A quién llamo, señor? —preguntó en voz baja.

—A la hermana Teresa. Prisca —se acercó a ella un poco más—, ande con cuidado —le advirtió y, sin más, volvió a entrar en la sala.

Prisca regresó junto a la campana, que no necesitó hacer sonar, ya que Teresa pasaba en aquel momento con su delantal todo manchado de pinturas de vivos colores.

—El inspector Valiente quiere hacerte unas preguntas —le dijo —. ¿Cómo va el disimulo?

—De primera, he encontrado una tabla a medio pintar y he aparentado gran urgencia en acabarla.

—Estupendo. Ve con el inspector.

—Ahora mismo. Me gusta ver sus ojos, aunque me ponen un poco nerviosa.

—Son unos ojos hermosos —contestó Prisca. Teresa entrecerró los suyos.

—Prisca…, ¿no te estarás enamorando? —le preguntó, aguantándose la risa. La priora miró al techo, meneando la cabeza.

—Nadie es invulnerable, es absurdo pretender que nuestro hábito protege nuestro corazón de las emociones de este mundo. Pero te aseguro que no, hermana. Solo tengo ojos en la cara, y es obvio que es un hombre agradable a la vista, ¿no te lo parece?

—Claro —le contestó Teresa—, pero el solo hecho de verlo así ya es peligroso.

Prisca serenó su gesto.

—Este verano estuve en el Museo del Prado, en Madrid. Me encantó el cuadro de *Las meninas*. Lo admiré mucho rato, pero en ningún momento se me pasó por la imaginación la posibilidad de traerlo a casa.

Teresa ahogó una carcajada.

—Eres increíble, Prisca. Voy a ver al inspector… ¡y a admirar sus ojos de colores! —exclamó, entrando en la sala de visitas. Prisca meneó la cabeza sonriendo y subió de nuevo las escaleras hacia el pasillo de celdas.

* * *

Teresa entró en la sala de visitas llena de energía y se sentó junto a Valiente como quien no tiene tiempo que perder. Se disculpó por el delantal sucio de pintura, pero, dijo, no se lo había quitado para ahorrar tiempo; ya no quedaban apenas hermanas para restaurar las obras y había que darse prisa.

—¿Ha dejado solo el taller? —preguntó el inspector con cierto tono de alarma en su voz.

—No se preocupe, he cerrado con llave —contestó Teresa, dándose unos golpecitos en el bolsillo en un gesto de complicidad.

—¿Es habitual cerrarlo con llave?

—No, señor, las llaves están accesibles siempre y la puerta abierta, pero Prisca me ha pedido que no abandonase hoy el taller sin cerrarlo y así lo he hecho. —Valiente asintió con la cabeza.

—Dígame lo que recuerda del fin de semana, si es tan amable.

—Bueno, lo primero que recuerdo es que todas parecieron molestas por los toques de campanas; decían que tanta alegría sobraba. Sin embargo, la misa es la misa, ¿sabe? Hay que llamar a la gente.

—Claro, hermana. —Valiente la miraba con atención; Teresa parecía pasar la vista de uno a otro de sus ojos, y eso lo estaba poniendo nervioso—. Bueno, retrocedamos un poco más, ¿qué fue lo que oyó el sábado exactamente? —La monja entornó los párpados pensativa.

—La madre abadesa nos pidió a Catalina y a mí que la ayudásemos a llevar las cortinas recién planchadas al refectorio, para volver a colgarlas. Al acercarnos, oímos a Antonia despotricar a voz en grito y nos alarmamos.

—¿No solía gritar?

—Nadie grita nunca aquí, inspector. No hay por qué. Aunque, claro, dados los últimos acontecimientos, tampoco es tan raro que

alguna pierda los nervios.

—Es natural —añadió Valiente—. Continúe.

—Pues verá, entramos y la madre la reprendió por alzar la voz y por criticar a las hermanas. Pobre Antonia, puso cara de vergüenza, ¿sabe? Se veía abatida. Creo que por eso se extendió en explicaciones cuando la madre dijo que iban a venir a arreglar la campana extractora de la cocina.

—¿Eso tranquilizó a la madre?

—La madre no estaba enfadada, inspector. Es toda una madre, si usted me entiende. Mire, solo llevo seis meses aquí y ya siento como si la conociera de siempre. Ella misma confió en Prisca para ser priora, en lugar de proponer a otra más vieja.

—¿La nombró la madre Emilia? —preguntó Valiente.

—No, no, aquí votamos. Hubo elecciones dos meses después de nuestra llegada y nos dejaron participar sin más. La madre Emilia salió de nuevo como abadesa y todas estuvimos de acuerdo en que Prisca fuera priora. —Teresa mostró un gesto de satisfacción—. Democracia moderna y genuina, inspector.

—¿A nadie le pareció mal que una joven recién llegada tuviese aquel cargo?

—No, señor. Prisca ya era del Consejo en el monasterio del que venimos. Tiene mucha experiencia en informática, administración y gestión, por eso es tan útil con los papeleos: sabe muchas cosas sobre documentación legal y todo eso. Como es buena organizando, la hicimos miembro del Consejo allí, y aquí fue un alivio para la abadesa poder dejar todo eso tan pesado en manos de alguien que lo hacía con entusiasmo. En poco tiempo, la abadesa vio que podía delegar en Prisca muchas de sus obligaciones, por eso nos la propuso como priora.

—Pero, quizás, las hermanas de más edad habrían preferido a otra más mayor, ¿no?

—Inspector. —Teresa sonrió—. Los cargos son una lata, nadie los quiere. Nosotras venimos aquí a trabajar, a restaurar, a orar. A nadie le gusta mandar, así que si alguien competente no se niega a hacerlo, tanto mejor para todas.

—Y los que no van por elección, ¿son rotativos o estables? ¿Usted es campanera vocacional? —Teresa no pudo contener una carcajada cantarina; inmediatamente, se tapó la boca.

—¡Qué gracioso es usted! —dijo bajando la voz y sin perder la alegría. Valiente la miró sorprendido. No recordaba que nadie le hubiera dicho antes, en toda su vida, que era gracioso—. Vocacional… A mí me gusta mucho la música, señor, por eso me ofrecí. Nos turnamos en casi todo; aun así, normalmente siempre me encargo de las campanas, porque a casi todas les da miedo subir al campanario, y lo cierto es que le he tomado el gusto… A lo mejor tiene usted razón y soy campanera vocacional —añadió, presta a la risa de nuevo—. Y no es solo eso, también adoro restaurar esculturas y cuadros. Ahora no sé quién nos va a enseñar. —Su gesto mutó en uno más serio de pronto—. Quizás pida permiso para estudiar restauración. Me gusta llevar el taller, aunque ni de lejos me acerco a los conocimientos que tenían Cecilia y Ángela.

El inspector Valiente se perdía a menudo en la conversación con aquellas mujeres inteligentes y cultas, con inquietudes más allá del rezo y la contemplación, aunque fuese para la misma causa. De pronto se daba cuenta de que se habían ido del tema, «pero siempre saco algo en limpio de tanta charla». Recordó que el comisario Pinilla, años atrás, le había dicho que cualquier cosa que saliese de la boca de un testigo era susceptible de utilizarse más adelante, de un modo u otro.

La madre abadesa le pareció más pequeña y frágil que nunca. No era especialmente menuda. Aun así, su palidez, la tristeza de sus ojos y su boca hicieron que el inspector se compadeciera de ella.

—Solo estaba nerviosa, estoy segura. Y yo, que me encontraba alterada por los hechos, la reñí; no quería que comenzasen a hablar y a chismorrear. Nunca lo hacen, saben que es lo peor que se puede hacer, pero mejor prevenir —dijo sin parar de balancearse en la silla.

—Madre. —Valiente acortó la distancia que los separaba y puso una mano sobre la suya, mirándola profundamente—. ¿Cree que alguien pudo enfadarse por lo que dijo hasta el punto de atacarla para quitarle la vida?

—No me cabe la menor duda —contestó la madre Emilia. Valiente no pudo evitar un gesto de pasmo—. La campana extractora no estaba tan mal, inspector. No pudo caerse así, no tiene sentido. —La abadesa sollozó, tratando de no contenerse—. Hay una asesina, alguien malvado, señor. Es necesario detener esto.

Valiente puso su otra mano sobre las de la madre y le clavó todavía más la mirada.

—Madre —declaró con voz bien modulada—, o poco valgo, o voy a resolver esto en breve. La paz volverá a esta casa. Recuerde, me llamo Daniel. No puedo permitir que Dios me juzgue por dejar a unas mujeres buenas e inteligentes como ustedes en malas manos.

La madre Emilia sonrió por primera vez en días. Recobró la compostura y el aplomo y devolvió sin ambages la mirada al inspector.

—Confío plenamente en usted, inspector jefe. No soporto la idea de pensar así de una de mis hijas, pero todavía menos de consentir que continúen muriendo inocentes.

—Descuide. Pronto lo arreglaremos.

Algo en la serenidad de la madre Emilia le recordó a Valiente a su propia madre, que lo había dejado solo hacía ya tantos años. Primero, su padre, después ella. Y después, Ángel. Sin darse cuenta, el inspector se había dejado llevar por el placer de la soledad, de no tener que dar cuentas, de hacer y deshacer sin pensar en los demás. Pero, más a menudo de lo que hubiera deseado, lo asaltaba el deseo de una palabra tierna, cálida. De una mano franca en su hombro, de un abrazo que le transmitiese algo más que cordialidad, respeto o reconocimiento. Y Santa Maria de Bruguers estaba tocando su corazón en todos los sentidos.

Al salir de la sala de visitas, llamó a Prisca por última vez. Todas las monjas se afanaban hacia la capilla.

—¿A rezar la sexta? —preguntó.

—Se va a convertir usted en todo un experto, inspector —contestó guasona—. ¿Me permite ir a rezar?

—Por supuesto, hermana. Después de interrogarla. —Prisca se mostró contrariada—. ¿Qué sucede? ¿Acaso no estuvo usted también en la limpieza del sábado?

—Tiene toda la razón, inspector. Dígame, ¿qué necesita saber?

—¿Qué vio? ¿Quién pudo hacerlo? Recuerde, priora: quiero hechos. Las elucubraciones, para la literatura.

La pequeña monja carraspeó.

—Antonia no pudo matarlas, estoy casi segura. Tenía el pulso muy tembloroso, no habría podido construir un arma como esa, menos aún tan bien afilada. Tuvo que hacerse en la sala de

restauración; ahí hay cinceles y todo tipo de herramientas para trabajar la madera de muchas formas distintas.

»Las presentes en la limpieza del sábado, ya sabe usted quiénes eran. Todas escucharon a Antonia, aunque cualquier otra pudo oírla desde fuera, igual que la escucharon Catalina, Teresa y la madre cuando iban de camino al refectorio. Tal como yo lo veo, eso no descarta a ninguna hermana.

»Las hermanas que acuden al taller de restauración son Elvira, Teresa, Raimunda, Catalina, Agustina y Presentación. Ahora imagino que no podrán ser tantas, ya que hemos perdido a tres hermanas en tan pocos días y hay labores que no pueden atrasarse. En todo caso, no podrá usted encontrar en la talla de la Virgen de los Zuecos las huellas de ninguna de las hermanas, porque para manipular las obras tenemos la obligación de utilizar guantes. Quizás algún pelo, que también es difícil, porque usamos velo, pero nunca se sabe.

»María José restaura documentos, y lo hace en la sala del archivo, donde no corre el riesgo de que se estropeen con pinturas o una luz inadecuada. Pero cualquier hermana que no suela trabajar en el taller puede, igualmente, tener acceso a él, aunque para no levantar sospechas debería hacerlo a horas en que nadie la viese. Para las que le he dicho, sería mucho más fácil. María José cierra el taller cuando sale por última vez por la tarde, pero durante el día es de libre acceso. Yo centraría ahí mis esfuerzos, inspector.

»En cuanto a elucubraciones literarias…, bueno, ya veremos lo que sale de mi creadora pluma para hacer volar la imaginación. ¿Puedo ir ya a rezar la sexta?

Valiente la miró divertido.

—¿Nada más que añadir?

—Sí, que lea el siguiente capítulo.

—Cómo no, hermana. Vaya tranquila, nos vemos por las redes. —Y salió a la galería, en dirección a la puerta de la calle.

15:12 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

Raimunda y Elvira salieron al patio y tomaron aire al unísono. Había pasado la hora nona y, en el tiempo de oración personal, las caras largas y la inquietud que cortaba el ambiente decidieron a las

jóvenes monjas a buscar el consuelo del oxígeno y del cielo azul de la despejada tarde de otoño.

Hallaron a la priora sentada en el muro bajo, mirando hacia el ciprés, con el rosario entre las manos y murmurando. Se acercaron tímidamente, con temor a interrumpir sus rezos. Prisca las miró.

—Buenas tardes, hermanas —les habló tratando de denotar buen ánimo.

—Prisca, ¿ha averiguado algo la policía? —le preguntó Elvira con cierta impaciencia.

—Creo que van dando palos de ciego —aseguró—. El inspector sigue pensando en cómo pudo un intruso meterse aquí el viernes. —De pronto, se le antojó preocupante la facilidad con que mentía, aunque estaba segura de que era por una buena causa.

—Supongo que es difícil de averiguar —aseveró Raimunda—. Podría ser conocido de alguna, o alguien del pueblo que vino a la misa del domingo anterior.

—Pues yo creo —Elvira bajó la voz y susurró— que es una de nosotras.

Prisca y Raimunda se miraron con asombro y después se volvieron hacia Elvira.

—¿Por qué dices eso? —preguntaron alarmadas.

—Pues ¿por qué será? —contestó Elvira con fastidio—. El inspector me ha preguntado si alguien pudo enfadarse por lo que dijo Antonia —susurró—. Si él piensa eso, es porque cree que fue una de nosotras.

—Tiene que pensar en todas las posibilidades, Elvira —añadió Raimunda—. Pero es un crimen demasiado rudo… Yo no me imagino a una hermana cometiéndolo, y lo de Antonia, es verdad que se cayó la viga suelta. Yo creo que fue un castigo divino…

—¡Raimunda! —intervino Prisca—. No hables como Antonia, no te vaya a caer también algún castigo divino…

—¡Ay, no digáis eso! —exclamó Elvira—. Vale más que vayamos a rezar; tiene razón la madre: cuanto más hablamos, más lo liamos todo.

De modo que las tres sacaron el rosario y continuaron por donde Prisca se había visto interrumpida.

La hora de trabajo llegó deprisa. Teresa, casi sin mirar a su alrededor, regresó al taller. Al faltar Cecilia y Ángela había un

montón de cosas a medias. Todo por hacer, se dijo, y los plazos de entrega, que nunca estaban demasiado bien fijados, no podían superar el adviento en modo alguno. Miró con renovado interés la talla de Nuestra Señora de Meritxell; ¿qué se traerían la priora y el inspector entre manos para querer tenerla tan controlada? Al fin y al cabo, era una réplica, aunque decían que era fiel a la original, pero debido a unas filtraciones de agua había sufrido algunos desperfectos que estropearon la pintura. Fue así como les fue encomendada para su restauración a las hermanas benedictinas de Santa Maria de Bruguers, con muchos paños calientes y muchas buenas palabras, sí; pero Teresa sabía bien que, de no entregar la talla restaurada antes de Navidad, podría desatarse un conflicto internacional con el Principado de Andorra. Tan amantes de su *Senyora dels Esclops* eran los andorranos.

No obstante, recordó las palabras de Cecilia al recibir la imagen: que aquella talla no se parecía en nada a la original, decía. Que, por las fotos que se conservaban de ella, anteriores al desgraciado incendio del 72, las facciones de la talla del siglo XI eran mucho más gentiles y finas, con labios bien dibujados y ojos hermosos y rasgados, lejos de aquellos que juzgó «de cómic manga que lleva días sin dormir», o del peinado del Niño Jesús que, según decía, lucía un «absurdo pico de viuda». Sin poder contener un gesto de ternura, Teresa se ajustó el delantal con olor a barniz mientras saludaba a Agustina y Presentación.

—Me da miedo equivocarme —declaró Agustina temblorosa, sin atreverse apenas a tomar la imagen, que siempre evitaba tocar, tal y como Cecilia le había enseñado.

—Tranquila —le dijo Teresa—. De momento, va a ser mejor que no la toquemos. No olvidéis que nos la confiaron porque Cecilia era experta restauradora; ahora vamos sin nadie al volante. Será mejor que esperemos a tener a una nueva restauradora titulada para terminarla, aunque solo sea de nombre… Lo cierto es que debemos terminarla deprisa, porque el tiempo apremia. Pero si no seguimos los protocolos, tendremos problemas.

Presentación la miró con fijeza.

—Entonces, ¿qué hacemos mientras?

—Vamos a ir limpiando esta tabla del siglo dieciocho. Ahí tenéis los aceites. —Ante la cara de decepción de sus hermanas, les habló

con dulzura—. No os preocupéis, os aseguro que el tema de la capacitación lo arreglaremos con Prisca enseguida. No faltará el monasterio que nos asigne una restauradora titular y, aunque no pueda venir enseguida, podrá figurar como jefa de taller mientras nosotras, que tenemos las instrucciones de Cecilia, terminamos de restaurarla. Así evitaremos conflictos diplomáticos entre Sant Feliu de Llobregat y Andorra la Vella, y seguro que hacemos un excelente trabajo. ¡Ea, a trabajar!

Las hermanas se mostraron más alegres y dispuestas a limpiar la tabla. Teresa las observó desde el otro lado de la mesa de trabajo. Desvió un momento la vista y miró hacia la talla. Nadie iba a tocarla mientras ella pudiera evitarlo. Dando la vuelta, tomó un viejo lienzo que llevaba algún tiempo restaurando y se dispuso a trabajar.

18:00 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

Afortunadamente, la cocina ya estaba accesible. Prisca era la encargada esa semana y Raimunda, que sería su asistente, se preguntó al pasar por la entrada si de verdad iba a necesitarla, ya que cada vez eran menos las comensales.

Desde la puerta, Raimunda observó el interior y sus ojos se fijaron en la campana extractora. Entró con cautela y elevó la vista. La parte frontal no había sido colocada de nuevo. De hecho, ni siquiera se usaba la campana, por orden de la abadesa. «Como los militares —pensó—, que arrestaban una gorra o una mula, o una garita, porque un muchacho se había matado por su culpa». Raimunda recordaba que su hermano mayor le había explicado algunas historias como esa y siempre se le antojaron absurdas, pero ahora entendía el razonamiento de los oficiales: no es que la gorra o la mula, o la garita, fueran a sentirse mal por el arresto; era una señal de respeto hacia el fallecido. Así, la abadesa había «arrestado» la campana que terminó con la vida de Antonia. Alzó la vista y miró fijamente el enorme aparato, el embellecedor delantero que faltaba; tocó los dos extremos y comprobó la ausencia de los tornillos. Dio dos pasos atrás y abarcó de un solo golpe de vista el espacio donde debió de estar la pieza. «Una enorme pieza», se dijo.

—¿Qué haces?

La voz de la priora la sacó de su concentración. Se dio la vuelta y la vio plantada en el marco de la puerta.

—Prisca, ¿de verdad crees que fue un accidente? —le preguntó sin perder detalle de sus gestos.

—Por supuesto —contestó la pequeña monja sin pestañear—. ¿Qué iba a ser, si no?

—¿No crees que alguien pudo desprender la pieza a propósito? —cuestionó, inclinando un poco la cabeza y sin quitarle la vista de encima.

—¿Y quién haría algo así, Raimunda?

—No lo sé, pero es que… es raro. —El corazón de Prisca latía deprisa—. Figúrate que alguien que se molestó por lo que dijo Antonia hubiera podido venir aquí. Antonia estaba sola con ese servicio, su ayudante era Cecilia la semana pasada y, con todo lo que pasó, nadie la ayudó durante el fin de semana. Todas andábamos nerviosas, así que, de ver algo, no creo que nadie reparase en detalles. Y, aprovechando que no había ninguna hermana por aquí, soltara la pieza para que le cayera en la cabeza a Antonia. ¿No lo ves posible?

—Lo veo una barbaridad, Raimunda —dijo Prisca arrebolada—. No creo que nadie de aquí sea capaz de algo como eso, ni mucho menos.

—Ah, ¿no? Y de lo del viernes, ¿tampoco? —Prisca palideció—. Mira, que no somos tontas. Algunas hablamos… ¿Cómo iba a entrar alguien de fuera? No había huellas, Prisca, no había nada ni hicieron ruido. ¿Y Antonia? Le cae la viga al día siguiente de que la madre la riñera. Lo mires por donde lo mires, es muy raro —concluyó, asintiendo con la cabeza con un gesto firme.

Prisca respiró hondo y le aguantó la mirada con cuanta autoridad pudo reunir.

—Raimunda, vamos a hacer caso a la abadesa, ¿de acuerdo? Es cierto que elucubrar no nos llevará a ningún sitio, así que vamos a preparar la cena y a dejar que el inspector Valiente investigue.

Ella asintió con humildad y fue hasta la nevera a sacar huevos mientras Prisca se frotaba la barbilla pensativa.

* * *

Durante el tiempo de recreación antes del rezo de completas, tras la cena, Prisca se acercó a Teresa sin saber bien cómo abordarla. Necesitaba saber si el sentir general se acercaba a los pensamientos de Raimunda. Viéndola nerviosa, la hermana se le adelantó.

—¿Qué te pasa, priora? ¿Estás bien? —Prisca respiró con alivio.

—He oído que algunas sospechan…, que no creen que el viernes entrase alguien de fuera. —Teresa la miró con discreción.

—Ya sé que cuesta creerlo; a nosotras las primeras, Prisca. Pero a ver, ¿te das cuenta? ¡Parecía un escenario! Las puertas abiertas, aunque sin forzar. Ningún destrozo, todo ordenadito… O quien lo hizo es muy simple o cree que lo somos nosotras.

Miraron a su alrededor: casi todas las hermanas prestaban atención a las noticias, o eso parecía. Los rostros no mostraban estar atendiendo a las explicaciones del locutor y las escasas conversaciones carecían de la habitual alegría.

—Además, tú misma me has pedido que vigile la talla, ¿no? Y Valiente se ha puesto de los nervios cuando me ha visto aparecer con el delantal, como si me hubiera dejado el taller abierto. Ni tú ni él pensáis que sea alguien de fuera, Prisca. —La priora apretó la mandíbula—. Pero no te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo —declaró mientras le guiñaba un ojo.

Después del rezo de completas, Prisca entró en su celda muy excitada y nerviosa. Caminaba por el pequeño espacio dando vueltas y más vueltas, como si necesitara varios kilómetros entre la cama y la puerta del baño para poder caminar deprisa mientras pensaba. ¡La puerta del baño! De pronto, una ducha le pareció una idea excelente.

Bajo el chorro caliente que caía sobre su pelo corto comenzó al fin a ordenar todos sus pensamientos. Las sospechas de Raimunda, los comentarios de Teresa, sus hallazgos furtivos en las celdas de sus hermanas. Todo parecía estar ahí, en un gran barullo. Imágenes aisladas, retazos de conversación… De pronto, Prisca cerró el grifo, se secó con energía, se enfundó el pijama y sacó del armario su ordenador portátil.

23:58 h, Barcelona

Valiente miró la letra cuadrada en su libreta. Repasó los nombres de

las hermanas que asistían al taller de restauración, los interrogatorios, las palabras de cada una.

> Una sola monja mayor; las demás, jóvenes. Elvira y Presentación ayudan con la pintura a Agustina. Catalina: funciones de sacristana, pidió unirse al taller para aprender a restaurar esculturas hace pocos meses. Teresa: estudia o quiere estudiar restauración, tiene un curso. Ella y Agustina llevan actualmente el peso del taller, con Presentación y Elvira como ayudantes. Raimunda: prepara pinturas, limpia pinceles, lima las tallas de madera (auxiliar). María José: restaura manuscritos; la mayor interesada en recuperar los documentos. Prisca: conoce los movimientos de todas, igual que la madre abadesa.

Metiendo los dedos entre sus cabellos, Valiente trataba de pensar, de hilar, de unir los datos, las conversaciones. Se puso de pie, caminó por su habitación. Sintió que le iba a salir humo de la cabeza y se sentó en la mesa del escritorio. Encendió el ordenador, en busca de inspiración literaria. Eran las doce, la priora debía de haber tenido tiempo de escribir algo. ¿Por qué no le preguntaba directamente?, se dijo. Pero borró enseguida tales pensamientos. Cada cual conoce sus límites y él jamás había pedido ayuda a colaboradores externos, cosa que hacían casi todos los inspectores; menos todavía a espectadores cotillas. Prefirió obviar el hecho de que Prisca lo estaba ayudando desde el principio de todas las maneras posibles; ya pensaría en eso cuando terminase el caso. Ahora, lo mejor sería seguir adelante. Abrió la página de «Tusescritos.com» y retomó el texto del Ángel Blanco que, efectivamente, había sido actualizado hacía apenas media hora.

> Parecía que todas comenzaban a sospechar unas de otras. Aquello tenía preocupada a la monja investigadora, que temía que, si se veía descubierta, la asesina pudiese precipitar sus acciones. De modo que intentó hacer algo heroico: revisar las celdas de sus hermanas, no sin una gran cantidad de escrúpulos.
>
> Encontró la cama de la monja más flaca mal hecha, con la parte de abajo toda salida del colchón. Aquello era muy extraño, y más en su delgada hermana, tan cuidadosa con todo, tan pulida… Y la sábana de ese modo. Era en verdad muy raro.
>
> La celda de la monja sin gafas aparecía impoluta, todo en su lugar. La monja investigadora llegó a pensar solamente que

quizás tuviera su hermana una fuga de agua en la pared, ya que notó un intenso olor a humedad al mirar bajo la cama.

En la celda de la hermana campanera, la monja investigadora halló algo que nunca habría pensado: una guitarra eléctrica y unos auriculares.

Valiente sintió un profundo asombro y no pudo contener la risa. Prosiguió leyendo.

Parecía que la hermana campanera amaba la música, más allá de la melodía de las campanas, y usaba los auriculares para poder tocar para sí misma sin molestar a nadie. La monja investigadora recordó entonces que aquella guitarra había llegado al monasterio como regalo, después del último concierto de Santa Cecilia, y Teresa se había aficionado a tocarla en ocasiones. Como parecía molestar a algunas hermanas, solicitó a la abadesa poder tocarla en su celda con auriculares para no importunar a nadie, y el permiso le fue concedido.

Y en su cuarto de baño encontró algo más, algo que llamaba la atención desde la puerta: una bola amarilla del tamaño de un melocotón grande, con unos dibujos poligonales alrededor. No pudo evitar acercarse, estupefacta, tomar la bola en sus manos, olerla. La recordaba bien: la última vez que fueron a la ciudad a comprar calzado y un jabón para la piel atópica de la abadesa, habían pasado por una tienda cuyo maravilloso olor les había llamado la atención desde la calle y, viendo que se trataba de una tienda de jabones naturales, decidieron entrar. Solo tomaron algunas muestras de varios productos que los dependientes, amablemente, les mostraron. Pero la monja más bella se había fijado en aquella bola amarilla: una bomba de baño, aun sin tener bañera. Amablemente, el dependiente se la ofreció (todo el mundo parecía querer agradar a aquella joven tan hermosa). Y he aquí que ahora se hallaba en el baño de la celda de la monja campanera.

En la celda de la monja desgarbada, la monja investigadora encontró un libro de oración bajo la cama. Recordó que la hermana lo había perdido días atrás, así que lo puso sobre su mesita de noche, sin comprender bien cómo había ido a parar ahí sin que su dueña lo encontrase al hacer la cama. Iba a hacerse más preguntas sobre ello cuando, en el armario de la hermana, vio con gran sorpresa un álbum de fotos de las actividades que habían hecho las hermanas en los últimos meses: las misas de agosto en honor a Nuestra Señora de

> Bruguers, en la iglesia toda llena de flores; las primeras fotos en el huerto después de sembrar dos árboles frutales; fotos del reciente concierto de Santa Cecilia. Y, en todas ellas, un motivo común: la monja más bella. A veces miraba a la cámara, pero otras no. Se encontraba realizando distintas tareas y había sido igualmente fotografiada; la monja investigadora se preguntó de qué manera ilícita se habría hecho la monja desgarbada con aquellas fotos. En la comunidad no había cámaras; ¿cómo las había conseguido y revelado?

Valiente se sintió desconcertado. ¿Un regalo para la hermana Teresa? ¿Fotos furtivas hechas por la hermana Catalina? ¿A qué había estado jugando Ángela? ¿Era posible que hubiera más hermanas que se interesasen en ella? El abanico, en lugar de cerrarse, se abría cada vez más, ante la desesperación del inspector jefe por no poder abarcarlo. Aquella noche dio mil vueltas en la cama y se quedó dormido con los pies fuera, pensando en fotografías de *stalker* y en bombas de baño que olían a humedad. Entre el sueño y la vigilia, las imágenes y las sensaciones se sucedían. Bombas de baño…, espuma, agua tibia…, su sonrisa, colores, olores…, su piel, sus manos, «Daniel, ¡me haces cosquillas!». Cosquillas…, piel suave, humedad, olor a humedad, olor a flores, a cítricos, «olor a ti, amor mío. Amor mío…».

23:59 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

Las notas de *Parisienne Walkways* se rompían en los oídos de Teresa. Pensó una vez más que Gary Moore hacía llorar la guitarra como nadie, «sin desmerecer a Malmsteen o Hendrix», se repitió, mientras sus dedos se deslizaban pellizcando el acero a través de aquel solo que tan bien conocía, que tanto había practicado hasta hacer llorar también a su guitarra, sin poder hacer llorar a nadie más, tan solo sus propios ojos expresando aquel sentir que nacía en sus dedos y corría desde el conector, a través del cable de los auriculares, hasta sus oídos.

Su primera guitarra había sido española. Su padre se la regaló a los siete años, y era tan voluminosa que no alcanzaba bien con sus pequeños dedos a los trastes, aunque hacía grandes esfuerzos para conseguirlo. Tanto, que no tardó en interpretar de manera

reconocible varias melodías. Al ver su esfuerzo, su hermano mayor le puso una tarde su guitarra eléctrica en las manos. «El mástil es más estrecho —le explicó—, llegarás mejor». El acero de las cuerdas le hería los dedos, pero era cierto: pisar aquellos trastes le resultaba más sencillo. Y así, mientras las demás niñas pasaban su tiempo libre jugando con muñecas o modelando vestidos y peinados, la solitaria Teresa fue aprendiendo solos, *riffs* y punteos. Por eso fue una enorme sorpresa para todos cuando declaró que deseaba ingresar en una orden religiosa. Quizás el hecho de no tener madre desde muy pequeña, tan solo padre y hermanos, de ser una mujer que creció entre hombres, la impulsó hacia el femenino mundo de la clausura, avalada por una fe inquebrantable que siempre la había acompañado. No se arrepentía: su elección le había dado muchas satisfacciones y crecimiento personal, sin abandonar jamás su gran amor por la música, un arte que gustaba a cuantas la rodeaban. Especialmente a Ángela. Ángela… adoraba la música, el guitarreo. Nunca pudo tocar para ella y ahora, desde la soledad de su celda, le dedicaba su solo favorito, mirando la luna y viendo en ella la hermosa cara de su fallecida hermana en Cristo.

* * *

Elvira guardó su ropa con cuidado. Desechó en el pequeño cesto del baño la que ya había que lavar y preparó la del día siguiente. Una ducha rápida, el pijama, la cama al fin. Aunque era difícil descansar, al menos podía tumbarse boca arriba sin problemas con sus grandes pies, desde que se le había ocurrido la idea de dejar de remeter las sábanas de su cama. «No es bonito —pensó—, pero al menos es cómodo». Y sin moverse, según era su costumbre, se quedó dormida en pocos minutos.

* * *

La madre abadesa, como cada noche, se arrodilló a un lado de la cama y pegó la frente al colchón. Cerró los ojos y visualizó tan solo el rostro del antiguo Cristo crucificado que presidía la derecha del altar. Concentrada en las bellas facciones, la madre repasó sus

propias emociones de los últimos días: la horrible escena de Cecilia y Ángela ensartadas, la hermana Antonia quemada. Pobre Antonia.

Era la abadesa del monasterio cuando ella llegó, treinta años atrás. La recordó en su gran rectitud, su seriedad, la manera en que hablaba constantemente de la regla de san Benito y la necesidad de respetarla. Por aquellos años, en el refectorio no se leía nada más mientras las hermanas comían.

Emilia se sintió un poco cohibida en ese tiempo ante una madre abadesa tan recta, que además fue elegida dos veces consecutivas. Apenas se atrevía a hablarle, menos aún a confesar sus faltas en capítulos, dada la severidad de su gesto. Al recordar a su dulce madre y su cariñoso padre, Emilia lloraba por las noches en silencio, sintiéndose sola y desamparada.

Su primer trabajo en el monasterio había sido el de asistir al párroco que en aquel primer año ofrecía el servicio del domingo. Trataba de hacerlo con alegría, para demostrar a la rígida Antonia que era capaz de llevar a cabo cualquier tarea. De todos modos, esta la supervisaba, procurando no ser vista. Varios domingos había atisbado Emilia fugazmente la silueta de la abadesa deslizarse tras el altar, mientras ella se afanaba en guardar las prendas que el párroco se quitaba. Le dolía enormemente la falta de confianza de la abadesa, pero lo único que podía hacer era no cometer errores para demostrarle que era perfectamente válida.

Hasta que un domingo, al ir a recoger la camisa del sacerdote para doblarla, este le rozó una mano. Nerviosa, Emilia se apartó. El hombre se puso frente a ella, tomándola violentamente de la cintura y atrayéndola hacia él. Congelada por el miedo, Emilia sintió que se le atoraba la voz en la garganta, mientras la repugnancia la invadía al notar en el cuello el aliento caliente del párroco, sus manos por todas partes. Y en ese momento vio entrar a la madre Antonia en la sacristía.

—Quítale inmediatamente tus sucias manos de encima, cabrón —ordenó casi en un susurro. El hombre se detuvo. Antonia no apartó la vista de él—. Esta es la última vez que pisas esta casa, maldito cura. Voy a dar cuenta de ti al Vaticano.

Al tomar la medida de la situación, él se envalentonó. Una monja flacucha, recién ordenada, y una abadesa pequeña y débil nada podrían contra él. Se acercó a Antonia con determinación.

—¿Y quién te va a hacer caso, eh? ¡Soy un hombre, un párroco! ¿No sabes cómo funciona esto?

Ante el estupor de Emilia, Antonia convirtió su mano en una garra que se clavó con fuerza en los testículos del hombre, que palideció como papel.

—Claro que sé cómo funciona, y te lo voy a explicar —dijo pausadamente, mientras el cura se retorcía de dolor—. Verás: coges tus cosas, te vas y no vuelves por aquí ni para pedir limosna, porque si te vuelvo a ver, de cura o de seglar, te arranco las pelotas. ¿Te ha quedado bien claro?

El hombre asintió, a punto de desmayarse. Antonia aflojó su agarre, y él, mareado y a trompicones, salió del monasterio sin rechistar, mientras Emilia comprendía que no era a ella a quien la abadesa había estado vigilando todo aquel tiempo, sino al sacerdote, de quien sin duda sospechaba. Las mujeres lo siguieron con la mirada hasta la puerta de la iglesia, por la que desapareció. Solo entonces, Antonia se volvió hacia Emilia.

—Hija, ¿está bien?

—Sí, madre. Gracias por… —La abadesa la interrumpió alzando la mano.

—No diga nada. Vaya a su celda y descanse hasta la hora de comer —dijo, y se dio la vuelta para dirigirse a su despacho.

Desde entonces, Emilia se había sentido amada por su madre en Cristo y, cuando esta había dejado de ser abadesa para dedicarse a la enfermería, siguió acudiendo a ella cuando necesitaba un buen consejo, de esos que solo los ancianos sabios pueden dar. Y ahora, había muerto de forma horrible.

Emilia evocó entonces las escenas de aquella misma noche, el miedo y la inquietud en los rostros de sus hijas en Cristo, la maledicencia que se había desatado a su alrededor. Sus labios fueron pronunciando despacio una oración: *De profundis clamavi ad te, Domine*. Era como si el mal, en forma de una enorme telaraña negra, se estuviera extendiendo desde algún punto de aquella misma planta hacia todos los rincones del precioso, sagrado, amado monasterio; la sensación de que, desde una sola celda, un gran cáncer oscuro estaba devorando la bondad y el amor que habían reinado siempre entre aquellas paredes. Pero ¿qué celda? Era necesario detenerlo, era capital que aquello parase. *Domine,*

exaudi vocem meam! Se puso de pie y miró a la luna llena, que, desde la negrura del cielo, parecía devolverle una mirada limpia. «Tiene que acabarse. Madre, bendita Madre, ayúdanos…».

* * *

Sentada en la cama, con la espalda apoyada en el cabezal, las piernas cruzadas y, sobre ellas, su álbum de fotos, Catalina sentía que el mundo se le venía encima. «Ángela…». Sus dedos repasaban las fotos, se entretenían en las bellas formas de los ojos, de los labios, del cuello. Un ángel, pensaba, mientras respiraba profundamente para no alterarse demasiado, para lograr descansar al menos una noche. Recordó la primera vez que la vio, su alegría, su simpatía. Tan diferente a ella, torpe y encorvada, tan alta y desgarbada. Ángela, tan ágil y graciosa en sus movimientos, avispada en su humor, inteligente, hábil. «Ángela…», se repitió y, respirando hondo, supo que su corazón ya nunca más volvería a encontrar la manera de sentirse confortado. Tomó su libro de oración. «Ya lo encontré, hermana, lo he dejado en tu mesita», le había dicho la priora. A saber dónde lo perdió, era tan torpe… Lo abrió por la primera hoja y sintió que se le cortaba el aliento.

CAPÍTULO 5

Martes, 22 de octubre

6:45 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

La mañana del martes, Catalina no bajó a rezar laudes y la madre Emilia, ya temerosa de todo, mandó a Prisca y a María José a su celda a ver qué le pasaba. En otras circunstancias habría ido ella misma, pero la mujer resuelta que fue parecía haberse esfumado, de modo que mandó a la archivera y a la priora a la celda de la hermana Catalina, para saber si se hallaba indispuesta o cualquier otra razón por la que no quisiera almorzar.

Y también en otras circunstancias, los corazones de Prisca y María José no habrían estado trotando dentro del pecho de cada una de ellas mientras subían los escalones en dirección al pasillo de celdas. Fue Prisca la primera en llegar, seguida a un par de pasos por María José.

—Catalina —llamó la priora, tras tocar la puerta con los nudillos —. Catalina… ¿Estás bien, hermana?

Al no obtener respuesta, abrió la puerta con precaución. Las dos monjas se quedaron paralizadas a la vez al ver a Catalina haciendo de péndulo en la punta de una atadura fabricada con sus propias sábanas que colgaba de una de las vigas del techo. Su cara morada, sus ojos fuera de las órbitas y su lengua hinchada ayudaron a que las dos mujeres sintieran la necesidad de sujetarse del marco de la puerta. Fue Prisca la primera en reaccionar.

—¡Ayúdame, no te quedes ahí mirando! ¡Tenemos que descolgarla, puede que aún respire!

María José la miró compasiva.

—¿Es que no lo ves, mujer? Mira qué morada está, solo hay que verle los ojos. Está muerta, priora.

Los ojos de Prisca se desbordaron con un torrente de emociones.

María José estaba completamente pálida y apenas era capaz de articular palabra. Desde la planta inferior, la voz de la madre se escuchó apremiante.

—¿Sucede algo, Prisca?

Boqueando, la pequeña monja trató de respirar profundamente. Algo en el colchón de la pobre Catalina acababa de llamarle la atención.

—María José —dijo muy bajo. La archivera siguió la dirección de su mirada y la señal de su índice—. Los pergaminos…

—¡Dios santo! ¡Los documentos de santa Hildegard!

8:00 h, División de Investigación Criminal de los Mossos d'Esquadra

El comisario Pinilla cerró de un portazo su despacho. Valiente, de pie en el interior, se limitó a respirar hondo en silencio.

—¡¿Qué pasa en ese puto monasterio?! ¡¿Otra muerta?! Pero ¿esto qué es? ¿Hasta cuándo va a durar, qué coño estamos haciendo, cómo es posible que…?

—Señor —intervino el inspector jefe en un tono grave y monocorde que pasó bajo la voz del comisario y llegó hasta sus oídos—. Por lo que nos han dicho, parece que se trata de un suicidio.

Pinilla detuvo su frenética marcha alrededor del despacho y lo miró.

—¿Está seguro?

—Claro que no, señor, pero eso es lo que han dicho cuando han llamado —le contestó en tono apaciguador.

—¡Espero que sea así, Valiente, porque o terminamos pronto con esto, o se nos van a acabar las monjas! —El inspector sonrió—. No estoy de broma. Nos quitarán el caso y nos caerá un buen puro a los dos. Hijo —Valiente lo miró con asombro—, solucione esto de una puta vez, haga el favor. Ya tiene el informe forense, busque las pruebas que me comentaba. Arréglelo como sea y olvidemos el tema.

Al salir de la comisaría, el inspector jefe tuvo un momento de duda. Ya llevaba varios días sin desayunar hasta las once pasadas y su organismo le estaba empezando a pasar factura. De manera que se detuvo en un pequeño bar donde desayunó, decidido a

concentrarse en disfrutarlo y aparcar así sus cuitas por un momento. «Otra muerte, un suicidio». Ni siquiera se atrevía a pensar quién podía ser, aunque no había que ser muy listo: si una de esas mujeres se había suicidado, el caso estaba cerrado. Por un momento, le vino a la mente la priora y el cruasán se le atragantó en medio de la garganta. «Ella no; el Ángel Blanco escribió anoche», se dijo. Más tranquilo, terminó su café y se dirigió hacia el viejo y hermoso BMW.

Apenas llegó al monasterio sintió un plomizo ambiente que le oprimió el pecho. Bajó del coche deprisa y se precipitó a la puerta, donde una atribulada hermana Luz le abrió con la cara desencajada.

—Es una desgracia, señor, una terrible desgracia —musitó, mirándolo con ojos suplicantes, y lo precedió por el pasillo. La madre abadesa salió a su encuentro.

—La Policía Científica ha llegado hace poco, inspector —informó sin más ceremonia. Habría sido irónico que le hubiera deseado buenos días, dadas las circunstancias—. Acompáñeme, si es tan amable.

Valiente subió la escalera precedido de la abadesa. Todas las demás hermanas subieron tras él, llevadas por los nervios y la angustia. Arriba, en la puerta de una de las celdas, vio a María José y a Prisca, mirando hacia el interior. Llegó a su altura.

—Priora, archivera —dijo a modo de saludo, que ambas le devolvieron con la misma parquedad, mientras los tres miraban hacia dentro. Al reconocer a la hermana Catalina, Valiente tuvo una sensación que no había sentido las veces anteriores. A Ángela y Cecilia no llegó a conocerlas; con Antonia apenas cruzó algunas palabras en el primer interrogatorio, aunque le dejaron una profunda impronta. Ahora veía a una monja con la que había hablado en varias ocasiones, a la que había observado en sus miedos, su manera de retorcerse las manos cuando pensaba y su característica forma de caminar un poco encorvada. No pudo evitar sentir un pesar y una compasión que le impidieron entrar de inmediato.

—¿Quién la ha encontrado?

—Nosotras, señor —contestó Prisca. Valiente la miró de reojo: «¿Cómo no?».

—¿A qué hora? Explíqueme, no me haga sacarle las palabras,

priora —la increpó. Prisca lo miró con seriedad.

—No lo pretendía, señor. Seguro que se hace usted cargo, ¡otra hermana fallecida de manera brutal en tan solo cinco días! No estamos para tocar castañuelas, si usted me entiende.

—La entiendo perfectamente. Contésteme, por favor.

—Esta mañana no bajó a desayunar. La abadesa nos pidió que la viniéramos a buscar y, al abrir la puerta, la encontramos así. Entramos un momento, yo quise bajarla para ver si era posible reanimarla, pero María José me hizo notar que ya era tarde para eso. Acto seguido, subieron la madre y las hermanas y enseguida los llamamos. Es todo.

Valiente entró en la celda, donde la Científica ya estaba buscando huellas sin tocar todavía a la hermana Catalina, que seguía en su desgraciado estado. La miró; tenía el gesto que siempre tienen los que mueren ahorcados. Los ojos desorbitados, la boca abierta, la lengua hinchada.

—Bájenla, por Dios —ordenó, y dos agentes se dispusieron a bajarla. Valiente observó un pequeño taburete caído. Sobre la cama, unos pergaminos y una carta. Se acercó y notó su olor a humedad, a moho, a papel viejo, a tinta seca.

—¿Son los documentos de santa Hildegard? —preguntó al aire.

—Sí, señor —contestó María José—. Estaban ahí mismo cuando la hemos encontrado esta mañana, no los hemos tocado.

Valiente se puso unos guantes de látex de los agentes científicos y tomó el sobre. Lo abrió y extrajo una nota de su interior que leyó para sí.

> Amadas hermanas, sé que no tengo derecho a pedir perdón. Lo que he hecho es atroz y soy consciente de ello. Mi devoción hacia Ángela me llevó a tener terribles celos de su relación con Cecilia, por eso las maté. Traté de que pareciera que había entrado un intruso robando las llaves de Luz por un momento y haciendo un molde con cera, al igual que las de María José. Robé los papeles con el mismo fin y los mantuve escondidos en mi celda para que pareciera el robo de un extraño. Cuando la hermana Antonia habló mal de Ángela y dijo que su señor era Satanás, la ira me invadió y la golpeé con la talla de Nuestra Señora de Meritxell, dejando después la viga sobre ella para que pareciese un accidente. Pero mi conciencia no me permite seguir viviendo. Aunque no tengo perdón, rendiré cuentas ante

> el Señor nuestro Padre y acataré con obediencia y alegría cualquier destino que él tenga preparado para mí. Perdonadme si es que podéis, hermanas, os amo desde el fondo de mi corazón.

Al concluir la lectura de la nota, Valiente miró hacia la puerta y vio los ojos de Prisca clavados en él. Sonrió de soslayo.

—Se acabó, hermanas. Madre, ¿podemos ir a su despacho?

—Mejor a la sala de visitas, inspector —contestó la madre, más ausente que atenta a las cosas de este mundo.

Bajó las escaleras tras la abadesa, sin prestar atención a los pasos y susurros del resto de la congregación, que, pensó, sin duda los seguía de cerca. Entraron en la sala y, al volverse para cerrar la puerta, vio entre todas las hermanas detenidas en la antesala los ojos de Prisca, apremiándolo, interrogándolo. Sin hacer gesto alguno, cerró y se sentó ante la madre Emilia, que lo miraba con expectación.

—No puedo decirle gran cosa, madre. No antes de tener los informes de la Científica. Sin embargo, todo apunta en la misma dirección: la hermana Catalina es la autora de las muertes que han sucedido aquí en los últimos días y se ha quitado la vida cuando la tensión ha podido con ella. —La madre agachó la cabeza, compungida—. No obstante, como le digo, debemos esperar los informes definitivos del forense y de la Científica. Cuando los tenga, se los comunicaré.

Valiente alargó a la abadesa la nota de suicidio, metida dentro de una funda de plástico.

—¿Es esta la letra de la hermana Catalina, madre?

—Si me dispensa, iré a mi despacho a buscar en el fichero.

Salió por la puerta de la sala de visitas, a la que regresó a los pocos minutos.

—Inspector, la letra es exactamente la misma. No he encontrado la ficha médica física de la hermana Catalina, pero, por fortuna, la priora las escaneó todas hace poco y las tengo en un archivo, en mi ordenador. Avisó a todas las hermanas por si faltaba algún dato en alguna ficha, por eso lo recuerdo. Le preguntaré dónde está la ficha de Catalina, pero al tenerla escaneada, podrán comprobar la letra sin problemas. Se la mandaré por correo electrónico a la dirección que me diga.

Valiente asintió con la cabeza y recogió la carta de nuevo, pero se detuvo de pronto.

—Madre, si desea escanear también la carta, por si quiere que las hermanas o la priora puedan leerla, por mí no hay inconveniente. Yo me llevaré el original, pero puede quedarse una copia digitalizada. Solo le pido que no la saque de la funda.

La madre asintió e inclinó ligeramente la cabeza.

—Gracias, inspector. Sí, creo que leeré la carta a las hermanas —dijo, y abandonó un momento la sala en dirección a su despacho nuevamente. Volvió a los pocos minutos y se sentó ante el inspector, que la había esperado con paciencia.

—Bien, pues con esto concluyo. Como le digo, hay que esperar a los informes de la Científica y los forenses, que tardarán unos días, pero, por lo pronto, casi le puedo asegurar que la pesadilla ha terminado.

La abadesa trató de contener las lágrimas.

—¿La pesadilla? —dijo con voz temblorosa—. No sé si tenga vida suficiente para poder superar esto, aunque la pase pidiendo ayuda al Señor para ello. Y, desde luego, tengo un monasterio que administrar y mis hijas en Cristo van a necesitarme. Pero no, inspector, la pesadilla no va a terminar nunca.

—Al menos —Valiente trató de ser lo más respetuoso posible— sabe que las que quedan no van a hacer más daño, madre. Lo que ha ocurrido es horrible, pero entra dentro de la naturaleza humana. —Levantó la cara y la miró con cuanta dulzura pudo reunir—. Vamos a irnos de aquí lo antes posible, madre, y tan solo volveremos a molestarla para informarla de los resultados del laboratorio. Será difícil olvidar todo esto, pero no imposible y, como usted misma me acaba de decir, tiene un monasterio que administrar. Así que, valor y al toro, madre, si me permite la expresión.

Valiente se puso de pie y estrechó la mano de la abadesa.

—Gracias por todo, inspector jefe.

—Gracias a usted, madre, por ponernos todo tan fácil y permitirnos investigar.

Salió de la sala de visitas. Las hermanas continuaban en la puerta. Miró a Prisca sobre las demás; ella pareció interrogarlo con anhelo. Se detuvo durante unos segundos; finalmente, dio media

vuelta y se encaminó a la puerta por el claustro, mientras oía a su espalda la voz de la priora.

—¿Qué hacen ahí? Es hora de misa, vamos a la iglesia.

12:30 h, División de Investigación de los Mossos d'Esquadra

El comisario Pinilla parecía haber recuperado las ganas de vivir, como si el fallecimiento de Catalina le hubiera devuelto las energías perdidas en los últimos días.

—¡Menos mal! Con el suicidio de esa monja, caso cerrado. ¡Enhorabuena, inspector jefe! Buen trabajo.

Valiente frunció el ceño.

—Señor, yo no he resuelto este caso. Simplemente, la asesina sintió remordimientos y se suicidó. Aunque nunca hubiéramos pisado ese monasterio, la cosa habría acabado igual. He indicado a los policías científicos que se han quedado en Santa Maria de Bruguers que analicen la talla de Nuestra Señora de Meritxell sin llevársela de ahí, para no tener que hacer papeleos patrimoniales con el Principado de Andorra. Me han asegurado que pueden hacerlo sin problemas. Es más, se han mostrado encantados de no tener que moverla, imagino que les da miedo estropearla.

—En todo caso, lo único que pueden encontrar comprometedor será la sangre de la anciana Antonia. Aunque la hayan borrado, el luminol la revelará, si es que está ahí.

—Y para los informes de grafología, ya he recibido un correo electrónico de la abadesa con la ficha médica de Catalina. La he pasado a la Científica para que identifiquen la letra. Si no hay más novedades, el caso está cerrado —declaró satisfecho.

—Desde luego —sonrió Pinilla—. ¡Por cierto! Le he mandado por correo electrónico lo que nos pidió sobre el alcalde de Sant Feliu, Santiago Serrano. Parece que vive con su hijo adolescente. El chaval anda con bandas poco recomendables cuyos miembros han sido detenidos varias veces, pero él no tiene antecedentes. O no se ha metido en líos o la policía local de allí ha tapado la cosa…

—Eso no sería nada raro. Ahora que hemos acabado con lo del monasterio, investigaré un poco más a fondo el asunto. Gracias, comisario.

—Nada de gracias, hombre. Ande, tómese unos días de

descanso, que le van a venir bien. Y no diga tonterías, hombre, que esto no se resuelve solo, su trabajo ha sido crucial.

—¿Me puede decir por qué, señor?

Pinilla sintió exasperación y contestó levantando la voz.

—¡No me replique! Ha hecho usted un gran trabajo, y punto. Ahora solo hay que esperar los informes de la Científica. ¡Ni siquiera necesitamos ya la puñetera orden de registro!

12:35 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

A la hora de trabajo, antes de la comida, en el primer momento en que pudo zafarse de la mirada de sus hermanas, Prisca subió a la celda de Catalina. Desde luego, todo cuadraba: las fotos furtivas a Ángela justificaban su enamoramiento y, sin duda, el hecho de observarla de cerca la había conducido a averiguar la verdad entre ella y Cecilia. ¿Cómo se había sentido entonces? Una mujer desgarbada, torpe y poco agraciada no podía competir con la segura y firme Cecilia, de mirada franca, inteligente. Lo más probable era que Catalina se hubiera sentido herida, persiguiendo un sueño imposible aun sin intención alguna de materializarlo y, en un arranque de locura, se hubiera decidido a asesinar al objeto de sus anhelos junto a su amante. No importaba que Shakespeare llevase muerto cinco siglos; el corazón humano no había cambiado nada en todo ese tiempo.

Dos agentes de la Científica seguían ahí, aunque ya con claras muestras de estar recogiendo. Al verla merodear, una de ellos le sonrió.

—Hermana, le he hecho un listado con todo lo que nos llevamos. Del archivo documental hemos tomado varias muestras y nos vamos a llevar una hoja de cada grupo para proceder a un mejor análisis. Necesito que la abadesa me firme la lista. ¿Puedo verla?

—¿Le sirvo yo? Soy la priora.

—¡Naturalmente! —contestó la agente, encantada de no tener que dar más vueltas—. Mis compañeros están en el taller de carpintería, tomando muestras de una talla. También lo he apuntado; repáselo y, si es tan amable, fírmelo.

Prisca echó un vistazo. La burocracia no le gustaba a nadie,

excepto a ella: era su trabajo, así que procedió a leer el informe. Como le había indicado, se llevaban muestras de los documentos, así como el álbum de fotos de Ángela. También las sábanas que habían servido de cuerda mortal a Catalina y una carta.

—¿Una carta? ¿No se la llevó el inspector jefe?

—Es otra carta, priora. Se encontraba en el libro de rezos de la hermana Catalina; la hemos visto al abrirlo. Parece personal, pero puede ser una prueba.

—¿Puedo verla? —La agente la miró con cierto fastidio. Entonces recordó que Valiente le había dicho algo sobre que la priora lo estaba ayudando desde dentro en la investigación, así que supuso que no habría ningún mal en que la viera sin tocarla.

—De acuerdo, dese prisa, por favor —dijo en voz baja, sosteniendo una funda transparente con una hoja de papel dentro. Y Prisca leyó tan rápido como pudo, prestando toda su atención.

> Catalina, te necesito.
>
> No sé cómo, sin darme cuenta he caído bajo la influencia de Cecilia. Yo pensaba que éramos hermanas, amigas, que era mi maestra, pero poco a poco se fue acercando cada vez más, hasta el punto de que ya todo parece irreversible.
>
> Me acosa, me toca, no me deja en paz. Yo… no puedo soportarlo; quisiera pedir el traslado, no sé qué hacer; amo este monasterio y no me gustaría alejarme de ti, pero esto es insoportable.
>
> Catalina, tengo miedo; una relación como esta es ilícita, además me asquea, no lo soporto, casi siempre me fuerza; deseo más que nunca irme de aquí.
>
> La abadesa no me creería, seguro que cree a Cecilia, además, creo que hay muchas que nos miran mal; he llegado a temer que alguna de las viejas me haga daño al ver las miradas que me dedican… Estoy pasando un infierno, Catalina.
>
> ¿Me ayudarías, hermanita? El viernes por la tarde hay que ir a comprar y me ofreceré voluntaria. Cecilia tiene que acabar una imagen y seguro que no vendrá. Si vienes conmigo o más tarde, te esperaré delante de la zapatería donde siempre vamos. ¡Nos iremos juntas, contigo me siento fuerte! Te esperaré, hermana.
>
> Ángela

Prisca se quedó helada. Dio las gracias a la agente y salió sin

pensar en dirección a su celda.

Una vez allí, los engranajes de su cabeza comenzaron a girar. ¿Ángela estaba siendo acosada por Cecilia? ¡Ninguna de las dos tenía el perfil de acosadora ni de acosada! Y, desde luego, Ángela era la persona más feliz que Prisca hubiera conocido nunca. ¿Por qué le escribiría esa carta a Catalina? Precisamente a ella, una mujer de poco carácter, tan gris, tan seria… Una mujer que le estaba haciendo fotos en secreto. ¿Era Ángela de esas personas que solían caer en manos de personas abusadoras o acosadoras? Desde luego, no lo parecía en absoluto.

Por otro lado, era posible que Ángela no fuera consciente del *stalking* de Catalina, que esta se mostrara amable con ella y que por eso le hubiese pedido ayuda; ¡no solo ayuda, sino que incluso se escapase del monasterio! Para ello usó el libro de oración de Catalina, metiendo tras la portada su carta de socorro. Pero Catalina lo había perdido… ¿Cuándo había dicho? El jueves. La madrugada del viernes sucedió el asesinato de Ángela y Cecilia. Y la propia Prisca había encontrado el pequeño libro la noche anterior, bajo la cama de Catalina. No podía decírselo, ya que se hallaba en su celda espiando, cosa que no podía admitir, aunque estaba claro que eso era lo que había pasado.

Así que Catalina, sin duda sabedora de la relación entre Ángela y Cecilia, dado que espiaba a la primera, decidió asesinarlas, matando también más tarde a la pobre Antonia por perturbar la memoria de su amada. Y, al caer aquella carta en sus manos y saber que su querida Ángela había estado pidiéndole ayuda sin que ella lo supiera, a causa de haber perdido el libro de oración; que incluso había deseado fugarse con ella y, por su despiste, Catalina no lo había sabido, llegando incluso a asesinar por celos, no pudo soportarlo y se quitó la vida.

En su nota de suicidio había hablado de remordimientos. Sin embargo, la realidad era que se trataba de aquello: no haber llegado a tiempo, no haber cumplido su sueño por culpa de su propia torpeza.

Se preguntó qué diría Valiente de aquel hallazgo que, sin duda, llegaría a sus manos, junto con el resto del informe de la Policía Científica. De cualquier forma, el caso parecía totalmente cerrado. ¿Por qué, entonces, no sentía alivio? Demasiadas muertes en pocos

días, se dijo, enfadada consigo misma. «¡Desde luego, Hércules Poirot ya lo habría resuelto; y yo aquí, todavía mareando la perdiz!».

En mitad de la escalera se encontró con la madre Emilia, que pareció alegrarse de verla.

—Priora, ¿podría acompañarme al despacho?

—Claro, madre. —Las dos comenzaron a bajar y entraron en el pequeño cuarto.

—El inspector Valiente me ha pedido la ficha médica de la hermana Catalina, para poder comparar la letra con la de la carta de suicidio. No la he encontrado y me ha parecido muy raro, porque sé lo puntillosa que es usted con los trámites administrativos. Eso sí —añadió—, le he mandado un correo con la ficha escaneada, lo cual viene a ser lo mismo. Se lo digo por si quiere repasar; es posible que la ficha se haya traspapelado.

—Seguro que sí, madre —contestó la priora tratando de tranquilizarla—. Yo me encargo, descuide.

Tan pronto la abadesa salió del despacho, Prisca se abalanzó al archivo. Lo abrió y, carpeta por carpeta, revisó las fichas médicas de las hermanas. Todas estaban ahí, excepto la de Catalina. Sabía que era casi imposible. No obstante, por asegurarse, miró debajo de las barras archivadoras, registró los espacios entre las carpetas, comprobó que no hubiera dos informes en una misma. Nada. El informe de Catalina se había volatilizado.

Prisca se sentó ante el ordenador y abrió el programa de internet donde había colgado las fichas escaneadas de todas las hermanas. Recordaba haberlo hecho en agosto. Era una de esas carpetas de puro trámite (tenía muchas más) que nadie tocaba ni consultaba nunca. Antes de abrirla para comprobar que, efectivamente, la ficha de Catalina estaba ahí, un aviso del programa sobre aquella carpeta le llamó la atención:

«Abierto hace menos de una hora».

Frunció el ceño. ¿Menos de una hora? Por supuesto, pensó. La madre Emilia acababa de abrirlo para mandar la carta al inspector. Aliviada, buscó en el archivo y, efectivamente, ahí estaba el documento. Los repasó uno a uno, cotejándolos con las fichas físicas que tenía ante sí. Todos estaban correctos. Era una contrariedad que la de Catalina hubiera desaparecido. No comprendía por qué y

estaba dispuesta a averiguarlo.

CAPÍTULO 6

Viernes, 25 de octubre

9:40 h, Vall de Boí

El inspector Valiente abrió la cortina de su habitación y la vista se le perdió por el valle pirenaico. A pesar del frío y la escarcha que cubría los tejados del pueblo vecino, no pudo por menos que abrir la ventana y salir en pijama y zapatillas al balcón. Tomó una gran bocanada de aire y sintió que aquel limpio oxígeno le llegaba, pulmones abajo, hasta las plantas de los pies. Una sonrisa se le pintó en la cara y el azul del cielo, deslumbrante, insufló en su ánimo unas ganas de vivir que ya no recordaba. De pronto, el frío del ambiente le caló los huesos y entró en el cálido cuarto a toda velocidad.

Iba a hacer la cama cuando recordó que estaba de vacaciones y que sería el personal del hotel quien se encargaría de ello. Esa idea llenó todavía más de felicidad su corazón y, cantando, se encaminó a la ducha.

«El caso está cerrado», pensó. No importaba cómo, aquello siempre lo llenaba de satisfacción. El hecho de que alguien que había estado haciendo daño de pronto hubiese dejado de ser una amenaza era la única recompensa que su duro trabajo le proporcionaba.

De modo que llevaba ya un par de días en aquel hotel de montaña, desconectado del mundo, sin encender siquiera su teléfono móvil.

Acabó de ducharse, se vistió con ropa de abrigo y salió a tomar uno de esos copiosos desayunos que dan en los pueblos y que, si uno no come hasta mostrar el fondo del plato, lo miran con compasión, igual que si estuviera enfermo terminal.

Un buen paseo y, de regreso al hotel, se le ocurrió empezar a

pensar en cómo habría concluido su novela el Ángel Blanco. Prisca era de verdad una mujer entrañable e inteligente, aunque en esta ocasión, ni sus pesquisas ni las de él mismo habían llevado a la resolución del caso. De todos modos, se dijo, ella había puesto todo de su parte y él, por alguna razón que desconocía, ni siquiera se había despedido de ella de manera adecuada, así que no estaba de más dejarle en los comentarios una palabra amable. Abrió su teléfono móvil, entró a «Tusescritos.com» en línea y buscó a su Pequeño Ángel, que, según pudo comprobar, se había empleado a fondo en los últimos días.

> La Policía Científica encontró casualmente el libro de oración recién recuperado de la monja desgarbada; en él, una carta de la monja más bella, donde le pedía ayuda porque estaba siendo extorsionada por la monja restauradora y le suplicaba que la ayudase, que se fugaran juntas… Pero el libro de oración se había extraviado un día antes del crimen y reapareció bajo la cama de su celda, justo la tarde antes de su suicidio… La monja investigadora pensó que habían sido, pues, los remordimientos de la monja desgarbada por no haber podido ayudar a su querida amiga los que la habían conducido a aquella fatal resolución; el hecho de saber que la había matado en vano, pues la monja más bella la necesitaba… Por dejar atados todos los cabos, la monja investigadora acudió al despacho de trabajo y, con la letra de la monja desgarbada y la monja más bella todavía en la retina, buscó sus fichas médicas. Curiosamente, en el archivador se encontraban las fichas de todas las hermanas…, excepto la de la monja desgarbada. Era muy raro, porque la propia monja investigadora recordaba haberla escaneado y guardado en su carpeta hacía menos de un mes.

Aquello pasaba de castaño oscuro. Nadie lo había informado de esa otra carta, seguramente por estar de vacaciones, y ahora, de manera fortuita, se enteraba de la desaparición del libro de rezos. Exasperado, apuntó en los comentarios: «¿Cómo es posible que haya desaparecido esa ficha? ¿Seguro que la monja investigadora las ha buscado bien? ¿No estarán detrás de alguna carpeta?».

Miró el reloj: las diez. Probablemente estarían trabajando, de modo que tendría que esperar a recibir su respuesta, al menos hasta que terminase lo más urgente, y luego vería su nota. Prisca solía

estar en el despacho arreglando gestiones desde el final del oficio hasta el ángelus; probablemente aprovecharía ese tiempo para echar un vistazo a su página de «Tusescritos.com». «Dios…, ya divido el día en términos de monje… ¡Solo me falta ordenarme!», pensó. Su mente trabajaba a toda velocidad. ¿De verdad pasaba algo? ¿De qué carta hablaba, qué decía? Y, mirando por la ventana, a la vista de los hermosos valles del Pirineo, sintió ganas de gritar de impotencia, con el convencimiento de que el eco le devolvería la voz de la pequeña priora, diciéndole a gritos que el caso todavía no estaba cerrado.

10:00 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

La cabeza de Prisca no había dejado de barajar opciones desde la noche anterior. Su inquietud la había llevado a acudir a los cubos de basura en los que la Policía Científica había tirado los restos de cuanto habían utilizado en sus pesquisas. Prisca había tenido la esperanza vana de poder volver a ver la carta de Ángela, aunque enseguida comprendió que la idea era absurda. De todos modos, se hizo con algunas cosas: unas pequeñas bolsas de muestra atadas con una goma, que claramente no habían sido utilizadas, pero ya no eran válidas para los agentes. Y un espray de luminol casi vacío. «Casi», pensó la priora. Nunca sabía uno cuándo podría necesitar algo.

Tras pensar en ello largo rato, llegó a la conclusión de que, si había albergado alguna duda con respecto a la desaparición de la ficha de Catalina, cada vez lo veía más claro: el despacho era tan solo frecuentado por ella y por la madre Emilia. Claro que cualquiera de las hermanas pudo entrar a hurtadillas y hacer desaparecer la ficha médica de Catalina. ¿Con qué finalidad? Solo se le ocurría una: que la Policía Científica no pudiera analizar la letra. Pero, con la ficha escaneada, la podían analizar de todos modos, pensó. Lo único que tenía sentido era pensar que la ficha escaneada hubiera sido manipulada informáticamente, de modo que la carta tuviera la misma letra. Acceder al fichero del programa no era un problema: como solo ella solía hacerlo, siempre pedía a todas las páginas que usaba que recordasen las contraseñas. Así que, por si alguien había tocado algo, probó suerte y le salió bien.

Pero si las cosas eran así, entonces todo era una farsa. Porque si la nota de suicidio era falsa, entonces alguien había empujado a Catalina a quitarse la vida. ¿Cómo? Haciendo desaparecer el libro de oración precisamente el día antes de los crímenes de Cecilia y Ángela y devolviéndolo en el momento preciso, con la carta de Ángela, para que causara en Catalina justo el efecto que provocó: una terrible impotencia ante el trágico desenlace que la condujera directamente a quitarse la vida. ¿Quién podía tener interés en que Catalina se quitase de en medio, confesando sus crímenes en una carta? ¿Alguien que sabía de la relación entre Ángela y Cecilia, y escondiendo la carta de Ángela provocó los asesinatos y más tarde, haciéndola aparecer, el suicidio de Catalina, borrando así todo mal del monasterio? De nuevo, todo la conducía a la madre abadesa. La vio de pie ante ella, cantando despacio al final de la misa, y no pudo creer que aquello fuera posible.

Taciturna, abrió su página de «Tusescritos.com», donde por primera vez en mucho tiempo encontró un mensaje privado. Sucedía a veces: un lector que admiraba su trabajo y deseaba conocerla, a lo que nunca contestaba. Pero siempre los abría, con la esperanza de que fueran de su sobrina, lo cual nunca había pasado. La chica siempre le ponía mensajes que todo el mundo podía leer, nunca se permitió la complicidad y señal de intimidad de un mensaje privado. En esta ocasión, el corazón de la priora se aceleró al ver que se trataba del Príncipe Valiente. No le sorprendió su curiosidad, disfrazada de incredulidad. Pensó largo rato y, finalmente, decidió la respuesta que consideró más adecuada.

> Es tal y como le he dicho, aunque no tengo la menor prueba. No le voy a pedir que me crea, pero estoy aquí dentro y puedo observar, buscar y esperar, hasta demostrar que aquí hay más de lo que parece.

Tan solo tardó unos minutos en recibir la respuesta del desocupado inspector, sin duda de vacaciones, imaginó.

> Priora, el informe del forense ya llegó y es bien claro: lo hizo sola, nadie la forzó, nadie la estranguló ni la durmió. Se colgó con las sábanas que ella misma había trenzado. Es un suicidio en toda regla y en la nota que dejó no hay más huellas que las suyas. Los grafólogos

han comprobado también que es su propia letra, sin duda alguna, basándose en la ficha médica que la madre me envió por *email*. Ignoro de qué habla; a mí me parece que está claro que se suicidó por remordimientos, así que no le dé más vueltas. Caso cerrado.

«La ficha médica, ¿eh? ¿Quién sabe si es falsa? Y, por la misma regla de tres, podría serlo incluso la carta de Ángela; no es descabellado. Es mucho más lo que ignoramos que lo que sabemos —pensó Prisca—. Usted puede dormir tranquilo, caballero Valiente, pero esta monja va a llegar al fondo del asunto, porque son mis hermanas y mi madre, mi familia. Por amor y por respeto, voy a saber qué es exactamente lo que está pasando aquí, por muy cerrado que esté el caso».

10:20 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

Luz estaba un poco desbordada en los últimos días, no solo por los acontecimientos, sino porque sus hermanas la requerían en la enfermería cada dos por tres. Si bien Antonia se había encargado hasta ese momento —la labor consistía tan solo en dar algún analgésico a quien se encontrase mal y cuidar a las más mayores, ya que todas llamaban al médico del pueblo cuando el trastorno era más serio—, Luz la había relevado al haber estudiado años atrás un curso de auxiliar de enfermería, cuando creyó que su vocación estaba en el cuidado de enfermos. Fue más tarde cuando se decantó hacia la vida monástica, priorizando la oración, el recogimiento y la vida en comunidad. Con ello se sintió feliz, hasta que, como un bumerán, volvió a verse en la posición de cuidar de sus hermanas, que, casi sin excepción, le decían encontrarse abatidas, insomnes e incluso con malestares gástricos. Al relacionar todos esos males con los hechos acaecidos, Luz trataba de aliviarlas con medicina natural, conocedora de las virtudes de las plantas de los alrededores, más que con medicamentos que podrían dañarlas sin necesidad. Todo ello sin descuidar sus funciones de portera; eran pocas ahora y había que trabajar más. Y en eso estaba, sentada en la enfermería con la hermana María José, que sostenía entre las manos una taza de valeriana y tila.

—La policía está abriendo la celda, Luz. La priora no tardará en devolverme los documentos y el libro. Estoy muy nerviosa, feliz e inquieta a la vez. —Luz sonrió.

—Bueno, María José, recuerda que no son tuyos, ¿eh? Son del monasterio.

—Lo sé, lo sé —dijo agitada la archivera—. No quería decir que me los devuelva a mí, como si fueran míos. Pero es que los di por perdidos y siempre estuvieron aquí. Por un lado, estoy feliz —añadió, soltando un momento la taza y poniéndose las manos en la cara, para calentarla—; por otro, inquieta. Se han usado para algo horrible… Y sobre Catalina, no sé qué pensar.

—¿A qué te refieres? —Raimunda apareció en el umbral de la puerta—. ¿De qué no sabes qué pensar?

—Pues de Catalina —contestó María José, volviéndose hacia la recién llegada—. No la veo ni de lejos matando a nadie, y menos aún de una forma tan bizarra. Era un poco simple; sin embargo, ni en sueños habría yo pensado…

—Yo tampoco —intervino la enfermera—. Pero ni de ella ni de ninguna otra. Sigo pensando que lo más probable es que se tratase de alguien de fuera.

—Yo eso dejé de creerlo enseguida —dijo Raimunda, tomando asiento junto a María José—. Pero de Catalina, no sé… A ver, es cierto que las personas más calladas son las que menos conocemos, vete a saber sus sentimientos y sus sueños. ¡Ay, es todo tan horrible!

—Desde luego. Prisca no está muy conforme. La veo pensativa, con lo alegre que ella es —añadió Luz.

—Eso es normal —dijo María José—. ¿Quién no se ha alterado con todo esto? Habría que ser de corcho para permanecer impasible.

—Sí, pero no es eso lo que digo —prosiguió la enfermera—. Yo creo que no puede terminar de creerse lo que ha pasado, al menos eso es lo que noto.

—Hummm… La priora es así, siempre anda viendo fantasmas. Seguro que está conmocionada, cosa que, como dices, es bien normal. Bueno, ya se le pasará —resolvió Raimunda.

—Sí —afirmó María José—, porque no será por falta de pruebas… —Luz y Raimunda la miraron al unísono.

—¿Hay algo nuevo? —preguntó Raimunda.

—¿Ha dicho algo la policía? —añadió Luz.

—No tengo ni idea —contestó María José—. Solo lo digo por todo lo que vimos. Me parece más que suficiente para entender lo que pasó. En fin, ya nos dirá algo la abadesa, cuando la policía acabe de informarla.

—Por de pronto —concluyó Raimunda—, parece que todo ha terminado y eso, sin duda, es bueno, ¿no?

CAPÍTULO 7

Sábado, 26 de octubre

9:25 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

El comisario Pinilla se presentó en el monasterio y preguntó a la hermana Luz por la madre Emilia. Esta, que se encontraba en misa, salió a recibirlo tan pronto como finalizó el oficio. Ambos fueron a la sala de visitas.

—Madre, ya tenemos los informes. Han llegado junto con la orden de registro que habíamos solicitado hace unos días, aunque ahora ya no es necesaria. Solo he venido por deferencia, para informarla. Todo ha sido tal y como suponíamos.

»El cuerpo de la hermana Catalina presentaba todas las trazas de la persona que fallece a causa de un ahorcamiento. Su muerte se produjo por esa causa y, por las horas que llevaba fallecida, no hay ninguna duda al respecto. No hay el menor signo de violencia externa y el forense ha determinado que se trató de un suicidio, sin lugar a dudas.

»No hay huellas en la carta, salvo las suyas. En el taburete, la Científica encontró las huellas de sus zapatillas. En la habitación no había signos de intrusión ni ningún desorden entre sus cosas. Buscaron huellas en el suelo y encontraron las de la priora; más tarde, una de las agentes confirmó que había entrado en la habitación mientras ellos aún estaban ahí; ya declaró que ella y la hermana María José fueron las descubridoras del cadáver.

»La Policía Científica procedió de igual modo a un registro de la celda, encontrando un libro de oración sobre su almohada, con el que sin duda estuvo rezando antes de subirse al taburete. También una carta que le había dirigido la hermana Ángela. Solicitamos entonces una muestra de letra y la priora nos remitió la ficha médica de la hermana Catalina. La letra de la ficha y la de la carta

están realizadas, sin lugar a dudas, por la misma persona, según el informe de grafología. También pidieron la ficha médica de Ángela, y el análisis grafológico con la carta de esta coincidió al cien por cien. Asimismo, encontraron objetos personales y un álbum de fotos que se llevaron para analizar. Encontraron en él huellas de varias personas; eso no es de extrañar, puesto que debió de mostrar a sus hermanas las fotos de los actos que se iban celebrando. Todas las huellas eran, pues, de miembros de la congregación.

»Se hallaron diferentes hongos de la humedad en los documentos de la madre Hildegard, lo que indica que, posiblemente, se guardaron sin demasiado cuidado. Y el luminol, madre, mostró que el pie de la talla de la Virgen de Meritxell tenía manchas de sangre que, según el ADN, pertenecía a la hermana Antonia. Eso sí, actuó con guantes en todo momento, dada la ausencia de huellas. Aunque de poco le sirvió, ya que al final firmó su confesión. Así que todas las sospechas quedan confirmadas.

»De este modo, quiero decirle que damos el caso por cerrado. El inspector jefe Valiente se halla de vacaciones unos días: ha trabajado mucho aquí y creí que lo merecía. De todas maneras, si algo necesita, madre, no dude en llamar a la comisaría y allí me encontrará.

El comisario se puso en pie y tendió la mano a la abadesa.

—Gracias por su trabajo, comisario. Usted y su equipo han sido amables y discretos con nosotras y eso siempre se agradece. Trataremos de superar estas terribles pérdidas como buenamente podamos. Buenos días, comisario, vaya con Dios.

Miró desde la puerta de su despacho la rechoncha silueta enfundada en su sempiterno abrigo a cuadros y, al verlo hacerse más y más pequeño, mientras se alejaba por el claustro en dirección a la puerta, tuvo la impresión de que sus problemas se alejaban y minimizaban con él, hasta desaparecer. Respiró profundamente y regresó a sus quehaceres. Prisca la encontró en el pasillo y la abordó antes de que subiera a su celda.

—Madre, ¿qué le ha dicho el comisario Pinilla?

—Que ya está, que las cosas son tal y como parecen. Un suicidio, Prisca. Terrible, pero definitivo. —La priora compuso un gesto plácido.

—Al menos —dijo—, esto ha acabado. Madre, ¿tiene que usar el

despacho ahora?

—No, voy a descansar un rato.

—Ah, es que el portátil no va muy bien y tengo que enviar unos correos al Ayuntamiento.

—Sin problemas, hija. Utilice el de mi despacho —contestó la abadesa, encaminándose acto seguido escaleras arriba.

De manera que Prisca entró en el despacho de la abadesa, cerrando la puerta a su espalda.

Había pasado la noche pensando en la ficha desaparecida y se había dado cuenta de que se había fijado tanto en la letra, comparándola con la de la ficha escaneada, que había obviado el contenido de la carta de Catalina. Decidió echarle un vistazo con más calma.

El ordenador seguía en marcha. Buscó los archivos recientes y ahí estaba la carta de suicidio escaneada. La abadesa dijo que Valiente le había dado permiso para tenerla como copia. Así que, abriendo el documento, se dispuso a leerlo despacio.

Solo necesitó una lectura para afirmarse en su teoría: la manera de redactar, las razones, todo en lo que aquella nota parecía contravenir la carta de Ángela la hicieron poner en duda la veracidad de la situación. Algo fallaba, algo se caía, se descolgaba. Había que averiguar qué era. Abrió su correo y se autoenvió la carta, para poder revisarla desde su portátil más tarde y con más calma. Hecho esto, salió del despacho. Seguía teniendo turno de cocina, aunque ya le faltaban pocos días para el relevo.

Sin pensar demasiado en lo que hacía, abrió la alacena para coger los ingredientes. Harina blanca, pensó. Para rebozar el pescado. ¿Dónde había? Después de buscar compulsivamente, vio con fastidio que no había llegado en el último pedido, aun estando segura de haberla apuntado en la lista de la compra. Quizás ella misma transcribió mal el pedido, desde la nota al ordenador, pero podía ser que se le hubiera pasado por despiste. Acudió a la nevera, donde, con un imán, estaban sujetas las notas de todo lo que se iba acabando, para que ella hiciese después el pedido. Se guardaban las de todo el mes, para que las anteriores resultaran de apoyo al confeccionar la de la semana en curso. Así que las tomó y comenzó a revisar. Algo le llamó la atención.

Una de las notas más recientes tenía una letra que ella misma

acababa de ver hacía pocos minutos. La tomó, la miró con estupor. Se la metió en el bolsillo y regresó al despacho de la abadesa, donde abrió de nuevo la carta de Catalina. La nota y la carta tenían exactamente la misma letra. ¿Cómo era posible? Aquella nota no la podía haber escrito Catalina; no le tocaba cocina desde primeros de mes. Por las fechas, había sido escrita esa misma semana, así que debió de hacerla la hermana que la estaba ayudando en esos días: Raimunda. En ese momento, una luz se encendió en su cabeza. Regresó a la cocina sin dilación, tratando de no aparentar la ansiedad que sentía.

Entró y tomó otra vez las notas de compra, buscando las primeras y guardando en su bolsillo la más antigua de todas. Hecho esto, regresó al despacho, con el paso más lento que pudo permitirse. Franqueó la puerta, que cerró con cuidado, fue hasta el archivador y extrajo la ficha de Raimunda, notando que despedía un suave y a la vez penetrante olor que no había notado antes. Comprobó, al ponerla junto a la nota de compra, que ambas letras no se parecían en nada. En cambio, la letra de Raimunda era idéntica a la letra de la nota de compra que, a primeros de mes, escribiera Catalina.

«Es increíble —pensó—. Hay que informar a Valiente con urgencia».

Respiró hondo mientras todo su cuerpo comenzaba a temblar, y necesitó un esfuerzo de voluntad y el mayor control posible de su respiración para conservar la calma. De pronto, la puerta del despacho se abrió y la abadesa la encontró sentada frente al ordenador, con ambas manos sobre el escritorio y respirando despacio.

—Hija —dijo en tono preocupado—, ¿se encuentra bien?

—No, madre, creo que no. Es demasiado.

—Prisca. —La madre le tomó la mano—. Hija, no se torture más. Ha hecho lo que ha podido, todas lo hemos hecho. El inspector Valiente tiene razón: a pesar de lo terrible que es, no deja de formar parte de la naturaleza humana, y así tenemos que verlo. No puede culparse, hermana, no debe.

Prisca alzó la vista hacia los ojos compasivos de la madre y, por primera vez en mucho tiempo, las lágrimas asomaron a los suyos.

—Gracias, madre. Estoy segura de que todo esto terminará para

mí algún día, como para todas. No se preocupe.

—Priora —dijo Emilia, irguiéndose vivaracha—. ¿Por qué no se toma unos días? Su sobrina, ¿sigue enferma? Seguro que agradecería que fuese a verla, ¿no cree?

—Madre —Prisca sonrió—, se lo agradezco muchísimo, pero no quiero salir, no todavía. Por ahora, creo que mi deber está aquí. De todos modos, le tomo la palabra para más adelante.

—Como quiera, hija. Pero no lo olvide, no quiero que caiga enferma —le dijo con afectación.

Tomándole la mano con afecto, la priora salió del despacho.

* * *

En el monasterio, todo parecía tranquilo. Era como si la normalidad hubiera regresado en todo su esplendor. Las hermanas actuaban como antes de que sucedieran las muertes, aunque seguirían conmocionadas bastante tiempo, por descontado. Incluso Raimunda aparecía feliz. «No me extraña —pensaba la priora—, te ha salido todo a pedir de boca, ¿verdad?». Luego creía estar alienada y sospechando innecesariamente de todo el mundo. Al fin y al cabo, se trataba de letras, de documentos cruzados y, aunque lo veía muy claro, su estado mental la hacía a veces dudar de sí misma.

Como todas iban y venían, Prisca no se sintió segura de subir a las celdas para asegurarse de sus sospechas. Por la noche, en cambio, subió nada más terminar los rezos de completas.

Al cerrar la puerta y observar la soledad de la pequeña estancia, sintió por primera vez en muchos años la necesidad de salir corriendo. Mantenerse atareada, pensar, caminar… lograban quitar de su cabeza otras sensaciones. No obstante, en aquella soledad no podía engañarse. Era ella, ante el miedo de las atrocidades que se habían cometido en su propia casa por alguien que, según creía, seguía ahí. Habría querido irse, coger la puerta y correr hasta el lugar donde se hallase Valiente, mirar sus ojos bicolores y decirle que no, que el caso no estaba ni mucho menos cerrado, que el mal seguía latente, aunque ya no representase peligro alguno; al menos, por el momento. Había logrado su objetivo. Había que tener en cuenta que cuando un alma se ha embarrado de ese modo, puede tardar más o menos, pero existe el riesgo de que termine por

necesitar caer de nuevo. No, desde luego, no era seguro que anduviera suelta por ahí. No, si Prisca estaba en lo cierto. Ni bueno ni justo. Sus hermanas fallecidas merecían que su asesina pagara por sus culpas. Valiente tenía que saberlo.

> Todas las hermanas parecían estar tranquilas; todas, menos la monja investigadora. No solo había hallado aquella misteriosa carta en la que la monja más bella le pedía ayuda contra el acoso de la monja restauradora, sino que, además, ahora había encontrado varias notas de compra que demostraban que se había producido un intercambio de documentos para engañar a la Policía Científica. ¿Cómo era posible? ¿Sería la nota de suicidio una falsificación? Y, de ser así, ¿había impelido alguien al suicidio a la monja desgarbada? ¿Por qué?, ¿para qué? ¿Quizás para encubrir su propio crimen?

Cerró de repente la tapa de su portátil y se dejó caer en la cama. Pensó en su sobrina, en Daniel Valiente. En Catalina, en Antonia, en Ángela y Cecilia. De pronto se sintió muy sola, a una enorme distancia de cualquier alma que pudiese caldear la suya, y dejó brotar las lágrimas de sus ojos, sin prisa, permitiendo a su corazón descargarse del miedo, la tristeza, la tensión, la amargura. «Ayúdame, Padre». Permaneció así, enroscada en su cama, llorando sin hacer ruido, por largo rato. Al final, la propia tibieza de sus lágrimas logró calentar su espíritu y, sin darse cuenta, se quedó dormida.

CAPÍTULO 8

Domingo, 27 de octubre

6:25 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

La mañana sorprendió a Prisca profundamente dormida. La agradable sensación hizo que sonriera a la campana de maitines y se levantara con energía. «Es bien cierto que el sol parece borrar todas las nubes de nuestra cabeza», pensó.

Aun así, no podía evitar estar alerta, observar a su alrededor, exprimirse el cerebro con un montón de conjeturas. «No puede ser, tengo que terminar con esto de una vez o me voy a volver loca», se dijo, decidiendo aprovechar la hora de trabajo para confirmar o desmentir sus sospechas.

9:00 h, Vall de Boí

Hacía días que Valiente dormía, por fin, como no recordaba haber descansado en años. Los acontecimientos de su vida, el brusco fallecimiento de su amante, adaptarse deprisa a su propia soledad lo habían hecho cerrar los ojos a cuanto pasaba en su corazón, y ahora, después de aquel caso tan duro y violento, su retiro lo había ayudado a reencontrarse con el joven alegre que había sido.

Era capaz de dejar la gabardina tirada en la silla al entrar en la habitación del hotel, de no preocuparse por limpiar a fondo el lavabo después de lavarse los dientes. Había llenado la bañera en dos ocasiones y se había quedado dentro durante una hora, admirado de que la temperatura no descendiera. Incluso había devuelto la sonrisa a una mujer de ojos verdes que lo había mirado de manera insistente un par de veces. Desde luego, no pensaba dirigirle la palabra, pero era la primera vez desde que murió su amor que se sentía capaz de aguantar la mirada a otra persona,

fuera de su ámbito de trabajo. Hombre o mujer, eso daba igual; al menos, a él nunca le habían importado esas cosas en las tan escasas ocasiones en que había sentido que su corazón no le pertenecía.

Ese recién encontrado optimismo lo hizo quedarse un par de días más en la montaña, con permiso del comisario. Había logrado desconectar casi por completo, ya se sentía lo bastante fuerte como para poder revisar de nuevo la página de «Tusescritos.com», de modo que así lo hizo.

Al leer el hallazgo de Prisca, Valiente se quedó pensativo. De modo que la priora seguía creyendo en fantasmas. Se le ocurrió que era muy difícil para ella digerir tanto dolor sin siquiera poder salir del monasterio donde había ocurrido todo. Así que, con cierto pesar, releyó de nuevo la última anotación a la novela de la pequeña monja.

Desde luego, era muy raro que el libro de oración de Catalina hubiera desaparecido justo el día anterior a la muerte de Ángela y apareciera de nuevo, en el momento preciso, con una carta de esta. Raro, sí, pero no imposible.

Y luego estaba lo de la letra. Le pareció muy extraño aquel galimatías de fichas médicas desaparecidas, escaneadas, notas de compra y cosas cambiadas. En la distancia y con aquella paz a su alrededor, solo pudo pensar que la priora estaba sacando las cosas de quicio. El informe de grafología había sido determinante y sabía de buena tinta que aquellos profesionales no erraban el tiro. Si la carta de Catalina hubiera sido falsa, ellos lo habrían sabido, sin lugar a dudas. Solo podía tratarse del exceso de estrés de la priora, así que Valiente pensó que, si quería que la monja volviera a su ser y tratara de comenzar a asumir lo que había pasado, lo mejor que podía hacer era olvidarse del tema. De modo que, para desalentarla un poco, no escribió nada esta vez, ni en los comentarios ni en el privado entre usuarios que la página ofrecía.

Cerró la página en su teléfono móvil y bajó a dar un saludable paseo por los senderos de montaña que partían del hotel. «Quién sabe si Ojos Verdes tendrá la misma idea», se dijo, ilusionado como un adolescente.

10:12 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

Al llegar la hora de descanso, después de una misa dominical a la que habían acudido más parroquianos de lo habitual, entre los que Prisca intuyó periodistas y toda suerte de chismosos que tan solo querían ver en primera persona el lugar donde habían ocurrido los extraños crímenes, la priora prestó atención al lugar que ocupaba cada hermana: Raimunda, Elvira, Presentación y Agustina estaban en el claustro. Teresa se había retirado al huerto, a revisar las verduras. María José, naturalmente, se hallaba en el archivo repasando el fondo documental de santa Hildegard para apreciar y reparar posibles daños; apenas levantaba la cabeza de los manuscritos para rezar, comer y dormir, pese a ser domingo.

Luz se encontraba inventariando el material de la enfermería y poniendo todo en orden, así como confeccionando una lista de lo más necesario. Había explicado que una gran cantidad de medicamentos estaban caducados y era necesario remozar el botiquín. Dijo que necesitaba tener la cabeza distraída y que quedarse meditando solo la haría sentir peor.

La madre Emilia estaba metida en su despacho, sin duda atareada con lo que tenía que ver con la gestión del monasterio. Recordó que había programadas visitas importantes de algunas personalidades del Departamento de Cultura, y la abadesa tenía que gestionarlo, entre otras muchas cosas. No saldría en un buen rato.

De modo que Prisca se sintió libre de subir a las celdas. «Si estoy metiendo la pata —pensó—, se lo confesaré a la abadesa y le explicaré mis inquietudes. Pero tengo que comprobar mis sospechas; es necesario, por el bien de mis hermanas».

Avanzó sigilosamente por el pasillo hasta la puerta de la celda de Raimunda y, tras comprobar que no había nadie tras ella, entró.

Todo parecía impoluto, como la primera vez que la había examinado. De nuevo miró el armario, la silla, bajo la cama… Y, una vez más, llegó a su nariz el olor a pintura, a humedad. Prisca respiró profundamente un par de veces, pero se detuvo de golpe al oír el ruido del pomo de la entrada a la celda. Sin pensarlo, se deslizó bajo la cama y contuvo la respiración.

La puerta se abrió. Unos suaves pasos penetraron en la estancia y se detuvieron. Permanecieron en el mismo sitio unos segundos para, al cabo de ese tiempo, regresar a la puerta, salir y cerrarla.

Prisca se asomó con cuidado y comprobó, aliviada, que no había

nadie. Su corazón amenazaba con salírsele por la boca, así que trató de recuperar el aliento. Con mucho cuidado, abrió el armario y vio que nadie se había escondido en él. Con piernas temblorosas, comprobó si había alguien en el pasillo. Al no ver a nadie, salió deprisa, cerró la puerta y se dirigió presurosa a su propia celda.

Una vez allí, se sentó en la cama y se agarró fuertemente el corazón. «¿Para qué ha entrado Raimunda en su cuarto? ¿Era Raimunda? No ha hecho nada, solo entrar y salir… ¿Sospechará que no me creo que esto haya acabado? Y ¿por qué estoy tan asustada? Es muy cierto que voy a terminar por volverme loca», pensó.

Valiente no le había contestado a su último mensaje y eso era sorprendente, a la vez que frustrante. Por más que lo pensara, tanto la desaparición de la ficha como el extraño intercambio de letras no tenían explicación en un contexto normal. Y estaba lo que acababa de pasar en la celda de Raimunda: nadie entraría así, sin tomar ni dejar nada, solo por lo que parecía un amago de sospecha. «Quien obra así, algo tiene que esconder», pensó.

No tenía teléfono móvil, pero de algún modo era necesario lograr verlo, hablar con él. Si se lo explicaba bien, estaba segura de que él llegaría a las mismas conclusiones que ella. Tenía que lograr que el inspector la escuchara, y se decidió a conseguirlo a cualquier precio, aunque tuviera que saltarse alguna norma de su clausura.

22:50 h, Vall de Boí

La mujer de ojos verdes miraba el perfil de Valiente recortado contra el cielo, lleno de estrellas y de un negro intenso. El día había sido estupendo; habían caminado y comido juntos, y paseado de nuevo por la tarde, hasta un hermoso salto de agua. Desde luego, era un hombre interesante y atractivo al que apetecía conocer mejor. Pero marcaba su impenetrable espacio personal como un lobo.

—No tengo ninguna posibilidad, ¿verdad? —Aquella afirmación lo sorprendió.

—¿De qué? —preguntó despistado, sin perder de vista el Cinturón de Orión.

—Daniel —se apoyó sobre su codo, elevando la cabeza y mirándolo a los ojos—, me has dicho que hace poco perdiste a

alguien, que no has estado con nadie más desde entonces. No voy a hacerte preguntas, solo sé que me gusta estar contigo y quisiera que tuviéramos una oportunidad.

—¿A pesar de mis tres millones de manías? —preguntó, devolviéndole la mirada. Ella sonrió más. A Valiente se le escapó una pequeña carcajada. En un instante, ambos estaban riendo sin medida.

—Solo quiero que me dejes conocerte. No te presiono, ¿vale? Seguir viéndote, que no te sientas amenazado cada vez que me acerco a ti. Te aseguro que no tengo intención de violarte.

—¡Oh, vaya, qué decepción! —La miró divertido—. ¿Puedo llamarte Ojos Verdes?

—Claro, y yo, ¿puedo llamarte Ojos Diferentes? —Valiente sonrió de nuevo.

—¿Cuál es tu favorito?

—El gris. No, el azul… Bueno, ambos —declaró—. Oye, aquí empieza a hacer frío, ¿entramos?

—Claro. Tomamos algo en el hotel y te dejo ir a dormir.

Tumbado en la cama, recordaba las últimas palabras que Ojos Verdes le había dirigido. «Si no me llamas ni me pones ningún mensaje, lo haré yo. No creas que esto se termina aquí, ¿eh?», le había dicho. No estaba seguro, ni mucho menos, de querer intentar nada, pero era cierto que debía darse una oportunidad, más a sí mismo que a ella. Al fin y al cabo, no había nada de malo en conocerse, pasear y compartir tiempo libre. Parecía una buena persona y sus ojos le hacían olvidar, al menos un instante, aquellos otros, los que llevaba dibujados en el alma con tinta indeleble. De hecho, había sido la única razón de acercarse a ella.

Era cuestión de ir pensando en volver a casa, aunque no se le hubiera perdido nada en ningún lugar. Pero el trabajo era importante y había que retomar los casos que surgieran. Se preguntó qué estaría pasando, en qué nuevo lío se vería metido en los próximos días, cuando regresara a su sobresaltada normalidad. Con una sonrisa, abrió «Tusescritos.com» y echó un vistazo a la historia del Ángel Blanco.

> La monja investigadora se había llevado un buen susto la primera vez que estuvo en la celda de la monja sin gafas, cuando, escondida bajo la cama, escuchó como una de sus

hermanas entraba y salía del cuarto sin hacer nada, tan solo entrando y saliendo sin razón aparente. ¿Le estarían siguiendo la pista? Así que, más tarde, cuando tres hermanas, entre ellas la monja sin gafas, abandonaron el monasterio para ir a hacer unas compras, regresó a su celda y nuevamente se tiró bajo la cama.

El olor a humedad o a pintura que había llamado la atención de la investigadora la primera vez continuaba notándose mucho desde aquella altura. Tocó el suelo, las juntas de las baldosas. Observó la pared, la tocó. Nada. Se puso de pie, retiró la mesa y miró con atención. Una parte de la pintura se veía más fresca y brillante. Tocó y notó una extraña humedad.

Pasó los dedos sobre la zona brillante buscando algún contorno o algo sobresaliente y no tardó en hallar una pequeña rendija que corría de forma cuadrada por la pared. Tomó un lápiz de la mesa y resiguió aquella rendija.

No era muy profunda y la monja investigadora no tardó en darse cuenta de que se trataba de una portezuela de madera de cuarenta por cuarenta, si es que sus palmos medían veinte centímetros, como los de la mayoría de los mortales. Halló una muesca en uno de los lados, hizo presión y tiró hacia ella. Tal como había pensado, la puertecilla se abrió, llevándose consigo la blanca pintura.

Aguantando la respiración, la monja investigadora se asomó al hueco que se acababa de abrir en el muro. Se trataba de un agujero húmedo y frío, con algo de moho y alguna telaraña. Se preguntó quién habría abierto aquel hueco y con qué fin; desde luego, se veía antiguo, incluso la tapa de madera, que tan solo se notaba recién pintada. Aquel escondite había sido descubierto y… ¿aprovechado? De eso cabrían dudas, si no fuera por la pintura fresca que acababa de saltar y que la monja investigadora debería restaurar de inmediato. De modo que, con el mismo lápiz, rascó un poco el moho del interior del hueco y lo colocó sobre un papel de la libreta que había sobre la mesa, lo envolvió con cuidado y salió de la celda.

Valiente, que ya llevaba un rato sin respirar y con el ceño más fruncido a cada palabra que leía, se apresuró a abrir el privado del Ángel Blanco.

¿Se ha vuelto loca? ¿Qué se le pasa por la cabeza para andar fisgoneando? Lo habrá dejado todo como lo encontró, ¿no? ¿Ha pintado la pared?

Tal y como envió el comentario, se dio cuenta de que se había dejado llevar por el espíritu literario de la priora. ¿Y qué si había una trampilla en una pared? ¿Olía a pintura? Eso seguro que tenía alguna explicación lógica. ¿Raimunda? ¿Una trampilla secreta en su celda? ¿Entró y salió?

«Más vale que vuelva a casa y busque a esa monja histriónica, antes de que se meta en un lío», se dijo, olvidando de golpe la placidez de los últimos días, la de aquella misma noche, e incluso los hermosos ojos verdes que le habían prometido buscarlo.

CAPÍTULO 9

Lunes, 28 de octubre

9:50 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

Con una pequeña lupa, la archivera observaba con cuidado el rincón superior izquierdo de otro de los pergaminos del archivo documental de santa Hildegard von Bingen. Todos, sin excepción, ofrecían unas manchas rosadas con pequeños puntos en esa zona. Su gesto denotaba preocupación y extrañeza. Así la encontró la priora, que entró sin hacer ruido, como siempre, tratando de hacerse notar sin sobresaltar a su hermana en Cristo.

—María José —dijo en voz baja. La archivera levantó la vista de la lupa.

—Prisca, esto es muy raro —contestó a su saludo, volviendo a observar el documento. La priora se acercó.

—¿El qué? —preguntó, tomando una banqueta y sentándose a su lado.

—Mira —le acercó la lupa—. Tiene humedad. Si Catalina los tenía escondidos, debió de ser en el baño, porque están húmedos y han hecho moho.

—Algo me dijo la madre sobre el informe de la Científica. ¿Qué tipo de moho? —preguntó la priora.

—*Aspergillus*. Brota con la humedad, en el papel y los pergaminos. Mira, hay colonias en las esquinas de la izquierda, en todos los pergaminos. Me va a tocar limpiar y desecar. —Lanzó un prolongado suspiro—. ¡Con lo bien que estaban en el mueble! Era la temperatura perfecta, veinte grados, y entre cincuenta y sesenta grados de humedad constante, y ahora, ¡mira! Moho… Es increíble.

Prisca se sacó un pequeño sobre de papel del bolsillo y de él extrajo una bolsita de plástico para muestras que le enseñó a la archivera.

—¿Es este moho?

María José la miró con asombro. Tomó la bolsa, que, al ser transparente, mostraba con claridad el interior. La puso sobre la parte superior del pergamino y le aplicó la lupa.

—Míralo tú misma.

Prisca miró los hongos que se habían fijado al pergamino y los de la bolsa. Desde luego, parecían iguales.

—¿Me dejas tomar una pequeña muestra?

María José la miró de hito en hito. Después afirmó con la cabeza y Prisca le alargó otra bolsita transparente, esta vez vacía. La archivera rascó con cuidado un extremo del pergamino que tenía en ese momento sobre el escritorio e introdujo el moho resultante en la bolsa, que le entregó a la priora. Esta la tomó y la miró con fijeza.

—¿Sabes si Luz podría analizarlos? —preguntó la priora.

—¿Cómo va a hacer eso, Prisca? Solo tiene un curso *online* de enfermería, y muy útil nos está resultando. Eso lo tendría que analizar un especialista, yo no tengo lo necesario… Oye, ¿de dónde has sacado esos hongos?

Prisca tomó ambas bolsas y las guardó en un instante bajo su escapulario. María José se puso de pie.

—Dímelo, Prisca.

—Ni hablar —dijo tajante la priora.

—Déjate de tonterías, ¿por qué tienes esos hongos? ¿Por qué son iguales a estos?

—María José. —Trató de tranquilizarla—. Es pura especulación, solo estoy comprobando unas cosas.

Se levantó del escabel y lo devolvió a su lugar. Se dirigió a la puerta del archivo. Antes de llegar, fue detenida por la voz de la archivera.

—No se suicidó, ¿verdad?

Prisca se volvió para mirarla, tratando de componer un gesto de aplomo.

—Claro que sí. No te preocupes por nada, todo está bien.

—Prisca. —La archivera la miró directamente a los ojos—. No soy una niña, no trates de tomarme el pelo. Tú tampoco te lo crees, ¿no? Alguna lo hizo y se lo cargó a ella. Todo es demasiado cogido por los pelos, no tiene mucho sentido según lo mires.

—María José. —La priora volvió a su lado y le puso una mano

en el hombro—. Hazme caso. No hagas preguntas, no hables con nadie de tus sospechas. Nadie. Te prometo que pronto va a estar todo como debe.

Y salió del archivo, dejando la puerta entornada.

De regreso a su celda, guardó a buen recaudo la pequeña bolsa de plástico y conectó el ordenador portátil. Estaba segura de que Valiente la había leído y, con alivio, leyó su respuesta privada, que no tardó en contestar con un simple «Deberíamos vernos. Más tarde le diré cómo».

La madre Emilia trataba de guardar unos documentos en una carpeta de Word, tal y como le había enseñado a hacer la priora, sin terminar de entenderlo bien. «Seguro que me estoy dejando algún clic», pensó. Prisca entró en ese momento en el despacho.

—Madre, mi DNI está a punto de caducar. Pedí hora para renovarlo y debo ir mañana. Iré después de la misa, a ver si puedo estar de regreso antes de comer.

—De acuerdo, hija. —Prisca observó que la abadesa estaba más relajada y tranquila que los últimos días. Eso la alegró—. Tiene permiso.

El resto de la mañana, la priora se dejó ver todo lo posible entre sus hermanas y advirtió una normalidad que se echaba de menos. Incluso le pareció que Raimunda estaba amable, como siempre, y no hizo el menor gesto de extrañeza hacia ella. «Tengo lo que necesito, solo hay que esperar a mañana», se dijo. Decidió descansar, darse un respiro, disfrutar de sus hermanas, de la oración. Sabía que aquella tensión no tardaría en pasarle factura, tanto más con su convencimiento de que no había terminado.

A primera hora de la tarde fue a su celda y miró la fecha de caducidad de su DNI: noviembre, dentro de dos años. «Solo dije que está a punto de caducar y, a estas alturas, todo el mundo acepta lo que decía Einstein, eso de que el tiempo es relativo», se dijo, sin encontrar el menor consuelo en su peregrino razonamiento. Abrió el ordenador portátil y escribió en el privado de su página de «Tusescritos.com»: «Once y media, frente a la comisaría de renovación de DNI de Sant Feliu de Llobregat. Hay un banco que queda medio oculto detrás de un seto». Se ahorró un «sea puntual», una advertencia innecesaria tratándose del inspector Valiente.

17:35 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

Teresa entró en el taller de restauración con premura.

—La priora me ha dicho que es inminente, que en muy breve vendrán a buscar la imagen de Nuestra Señora de Meritxell, ¿está lista?

Agustina y Raimunda la miraron al unísono.

—Estamos terminando de pasarle un fijador —le contestó Raimunda—. Solo hay que terminar, se seca deprisa.

—¡Qué ilusión! —añadió Agustina—. Ha quedado muy bien, la verdad es que me daba mucho miedo hacer un mal trabajo, pero ahora me atrevo a seguir ayudando aquí.

—Es que va a ser necesario, hermana. Yo estoy terminando un curso, como sabéis, y os recomiendo que os especialicéis en la restauración de tallas también, es un valor de nuestro monasterio que no debe perderse.

—Yo he tocado mucho la pintura estos días —dijo Raimunda—, y la verdad es que me gusta mezclar y lograr pigmentos. Hemos conseguido buenas gamas de azules y blancos para esta restauración y creo que puedo obtener los tonos necesarios. Además, tenemos buenos materiales.

—Gracias a Dios —intervino María José, que acababa de entrar en el taller—. Mi trabajo es más manual, pero también necesito líquidos para desinfectar y desinsectar; algunos fijadores, blanqueadores o estabilizadores, fungicidas… Dios mío, es el cuento de nunca acabar. Y justo acabas, ¡hala! ¡A volver a empezar!

Se dejó caer pesadamente en una silla.

—Es cierto, María José, ¿cómo vas con los documentos de la madre Hildegard?

—Pues eso decía, que estaban tan bien conservados y ahora, sin más ni más, hay que limpiarlos de nuevo.

—¿Están sucios? —preguntó Raimunda. María José la miró con atención.

—Tienen moho. Han estado en un lugar donde había humedad. —Paseó la mirada de una a otra de sus hermanas.

—En algunas celdas hay humedad —intervino Agustina.

—Ah, ¿sí? Pues en la mía no, y eso que tengo reuma y lo notaría —declaró María José.

—Bueno —dijo Teresa—, el monasterio es muy antiguo. Seguro

que hay humedad en muchos lugares.

—¿Por qué no habláis claro? —La archivera se puso en pie y las miró retadora—. En la celda de Catalina, ¿hay humedad? ¿Alguien ha visto alguna mancha? ¿La policía, quien sea? Entonces, ¿dónde tenía los pergaminos? —Todas permanecían atentas, sin atreverse a decir nada—. ¿O es que no estaban en su celda? ¡Por amor de Dios! ¡Todas conocíamos a Catalina! ¡Era tan… pusilánime, tan simple! Aunque de verdad amase a Ángela, ¿cómo iba a urdir algo así?

Ante el silencio sepulcral, respiró un par de veces y, cansada, se dirigió hacia la puerta.

—Entonces, ¿qué piensas tú? —preguntó Teresa.

—Y yo qué sé. Solo sé que todo esto es muy raro y no lo entiendo, y me pone nerviosa no entender las cosas —dijo, saliendo resuelta del taller.

Aquella noche, en la sala capitular, nadie confesó nada, aunque a Prisca le llamó la atención encontrar a sus hermanas tan serias y cariacontecidas. María José cruzó la mirada con ella varias veces y la priora supo que había cometido una falta al darle información a medias. «La realidad es que, por ahora, no puedo decir nada más, por la propia seguridad de mis hermanas».

Su sueño fue agitado y agradeció mucho la llegada de los primeros rayos de sol a través de su pequeña ventana, como la luz que su mente necesitaba para aclarar aquel aciago asunto.

Después de los oficios de la mañana, Prisca bajó por el camino que partía desde el monasterio hasta la primera parada de autobús que la conduciría a la ciudad vecina. No tardó en hallarse ante la comisaría de renovación de DNI y pasaportes, ante la cual se encontraba, efectivamente, un seto. Prisca lo rodeó y encontró el banco oculto y, sentado en él, la plástica y elegante figura del inspector Valiente. La priora se sentó a su lado y se quedó mirando el seto ante ellos durante, al menos, un minuto, respirando el intenso olor a pino.

—Buenos días, priora. —Él fue quien rompió el incómodo silencio.

—Buenos días, inspector. Y no me llame priora, que vengo de incógnito.

—Pues se ha dejado usted el hábito puesto…

—Pues claro, hombre, no querrá que venga vestida de Mata

Hari, ¿no? —Valiente se estremeció incómodo al imaginarse a Prisca vestida de espía sexi. Sacudió la cabeza para borrar la anacrónica imagen y habló deprisa.

—Vamos a ver. Me ha hablado de unas notas de compra, de un pequeño hueco en una pared. —Se volvió hacia ella—. ¿Qué se trae entre manos?

La priora lo encaró.

—La ficha de Catalina desaparece, pero la escaneada sigue ahí. La letra de la ficha escaneada es igual a la letra de la carta de su nota de suicidio, ¿sí?

—Así es.

—La nota de la compra que hace un par de días apuntó Raimunda, mi ayudante, para la compra de la semana, tiene exactamente la misma letra que la de la nota de suicidio de Catalina y su ficha médica escaneada, pero su ficha médica física no está en ningún lado. ¿Todavía me sigue?

—La sigo, hermana —contestó Valiente en un tono más bajo.

—Y la nota de compra con la letra de Catalina, de principios de mes, es exactamente igual a la nota de la ficha médica, física y escaneada, de Raimunda. ¿Me lo explica usted?

Valiente miró al cielo un par de minutos, con la mirada perdida. Después tomó aire y se volvió hacia Prisca.

—Raimunda intercambia la ficha física de Catalina por la suya. Por supuesto, borra los nombres con algún químico. Pone su nombre en la ficha de Catalina, pero al poner el nombre de Catalina en su propia ficha, se le va la mano con el químico y la ficha se estropea. Cada ficha lleva el sello y la firma del médico, o sea, no puede falsificarla sin que se note demasiado. De manera que la recompone como puede y la escanea, rompiéndola después y haciéndola desaparecer. El documento escaneado lo arregla con un editor de imagen. Al ser su letra, al igual que la de la carta de suicidio, ningún grafólogo verá ninguna diferencia porque, sencillamente, no la hay. ¿Es eso lo que quiere decirme?

—Sí, señor, algo así había pensado.

—¿Cree que Raimunda tramó todo eso? ¿Con qué objeto?

—Eso no lo sé, pero no se me ocurre otra explicación. ¿Por qué si no haría todos esos cambios?

—Me da que ella tiene pensada alguna explicación. No olvide

que, de momento, los indicios muestran que hay cosas raras, pero nada lo prueba.

—Que la carta de suicidio tenga su letra, ¿no es una prueba? —se alarmó Prisca.

—A todos los efectos, se trata de la letra de Catalina. Lo único que nos lleva a Raimunda es esa nota de compra. ¿Y si se han traspapelado y es la de Catalina, y la que aparece a primeros de mes es la de Raimunda?

La mirada de Prisca se ensombreció.

—Hay algo más —dijo en tono bajo—. Ya le dije que he encontrado una trampilla en la celda de Raimunda. Estaba vacía, pero mire esto. —Le tendió el sobre con el moho que había encontrado y el que le diera María José con el moho de los documentos—. Solo compruebe si son iguales. Si es así, los documentos habrían sido escondidos en la dichosa trampilla. La Científica tiene, sin duda, más muestras de los mismos hongos, así que no les costará comprobarlo. ¿Le parecería eso una prueba?

—Suficiente, al menos como para interrogar a Raimunda. Aunque cualquier otra persona, conocedora de ese escondite, pudo haberlo utilizado sin el conocimiento de ella. Y lo mismo con el baile de fichas médicas: pudo ser cualquiera quien las cambiara y retocara las escaneadas para implicar a Raimunda. ¿Nunca cierran el despacho?

—Pues no, y los programas que uso recuerdan las contraseñas.

—¿Lo ve? Usted dice que, aunque todo apunte a Catalina, pudo ser Raimunda. Por la misma regla de tres, pueden haber tratado de apuntar hacia Raimunda, ¿no?

Prisca arrugó las cejas.

—Le gusta a usted, ¿verdad? —dijo airada.

—¿Raimunda? ¡No sea absurda! —Respiró, cerró los ojos y se volvió de nuevo a la priora—. Prisca, usted escribe novelas, pero esto no funciona así. El caso se ha cerrado con pruebas: una carta de Catalina, un informe de grafología, un arma del crimen que pudo fabricar perfectamente, otra que pudo usar porque tenía el acceso y los medios. El juez ha aceptado todas esas pruebas y, si queremos cambiar alguna cosa, tiene que ser con pruebas de mucho peso. Usted me pregunta si me gusta Raimunda; por la misma regla de tres, yo podría preguntarle si a usted le gustaba Catalina, ¿no?

Prisca lo miró y recobró la serenidad.

—Claro que me gustaba, señor. Era una mujer sencilla, su mente no era muy brillante ni capaz de idear artimañas. Era lo que uno veía, nada más. Por eso me resisto a creer que cometiera esas atrocidades, y si Raimunda o alguna otra la incitó al suicidio, ese me parecería el más horrendo de todos los crímenes que se han cometido en nuestro monasterio. Por eso, Daniel, le pido que revise las pruebas y, si lo cree conveniente, reabra el caso. Si no hay fundamento, déjelo como está. Pero ambos merecemos dormir tranquilos, ¿no le parece? —Sin esperar respuesta, Prisca le alargó las notas de compra en sendas bolsitas de plástico. Él las tomó con cuidado.

—De acuerdo, lo llevaré hoy mismo a la Científica y veremos qué pasa. Y, priora, por si acaso tuviera usted razón, ¿me hará un favor?

—Claro, inspector —contestó la religiosa, con los ojos llenos de chispas.

—¿Hará el puñetero favor de no entrar más en celda ajena y arriesgar el poco pellejo que tiene? Si hay fundamento, ya registraremos nosotros, ¡¿vale?!

—¡De acuerdo, señor! —contestó la priora con una sonrisa.

—Ah, por cierto, ¿dejó todo tal y como estaba?

—Claro que sí, inspector.

—Pues estupendo. No se meta en más líos y confíe en mí.

De regreso al monasterio, Prisca no paraba de pensar en aquel desbarajuste cuando, casi en la entrada, unas luces anaranjadas la alarmaron. Dio una pequeña carrera hasta la puerta.

Una ambulancia estaba detenida en la entrada y los camilleros cargaban a alguien en la camilla. Prisca se apresuró a llegar junto a la madre Emilia.

—¿Qué ha pasado, madre?

—Estaba en el descansillo, rodó por la escalera… Solo sé lo que vi: salí de la iglesia y estaba inconsciente, se cayó por la escalera…

Luz y un enfermero se acercaron a la abadesa y la ayudaron a tomar asiento en una silla que las hermanas habían sacado a la puerta con ese fin.

—Yo también salí y la encontré en el descansillo, toda desmadejada. Y en lo alto de la escalera, María José la estaba

mirando de manera extraña —añadió Luz en un susurro.

Prisca se volvió hacia la camilla; tumbada en ella, Raimunda yacía inconsciente.

«Esto es de locos…, de locos», se dijo, y se dirigió al interior del monasterio. Al pasar junto a María José, la tomó del brazo y la llevó con ella.

—Ven, tengo que hablar contigo.

Llegaron hasta el claustro y le pidió a la archivera que se sentase junto a ella.

—No es momento, priora, todas están conmocionadas y…

Prisca alzó la mano y María José cortó de pronto su plática.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba en mi celda. Era la hora de trabajo, así que subí un momento a buscar un libro sobre restauración de documentos que compramos hace poco. Escuché un ruido y salí corriendo de mi celda. Llegué a la escalera y la vi abajo. Entonces, la madre y Luz salieron de la iglesia y ellas corrieron a llamar a la ambulancia.

—¿Por qué crees que pudo caerse?

—No tengo idea. Bajamos esa escalera mil veces al día, tampoco es tan raro.

—¿Viste algo que pudiera hacerla tropezar?

—Pues no… ¿Qué te pasa? —María José parecía extrañada.

—Nada. Voy a mi celda, necesito sentarme en la cama un rato.

—Ten cuidado por la escalera —la oyó decir a su espalda y sintió como se le erizaba la piel.

La escalera no ofrecía la menor rareza. Prisca no tenía ninguna intención de ir a su celda, pero sí de examinar los escalones con cuidado. Nada suelto, nada por medio. Uno a uno, se fijó en los barrotes de la balaustrada y comprobó que no había restos de hilos o cuerdas de ningún tipo. Tampoco los escalones parecían tener nada resbaladizo. ¿Se habría caído Raimunda o la habrían ayudado a caerse? Y era María José la que se hallaba en lo alto de la escalera. ¿Sospechaba de Raimunda, de que fuera ella quien hubiera dañado sus amados documentos? ¿O era ella, la archivera, la causante de todo? ¿Por qué?, ¿para qué? Las viejas preguntas volvían a martillear su cabeza una tras otra.

A pesar de tener un horario bien marcado y seguirlo con constancia, era casi inevitable la lasitud en aquellos días tan

extraños para la comunidad. Con frecuencia se encontraban las hermanas caminando por el claustro o sentadas en el patio, mirando hacia el ciprés. Así encontró Prisca a Teresa un rato después, sentada, con la vista perdida.

—Algo le pasaba, Prisca —le dijo sin mudar el gesto.

—¿A Raimunda?

—A María José. Vino enfadada al taller, diciendo que algo raro estaba pasando y que no decíamos la verdad. Y mira, ahora aparece en lo alto de la escalera y Raimunda abajo.

—¡Teresa! —Prisca la reprendió escandalizada—. No digas esas cosas, mujer. ¿Qué insinúas?

—Que la empujó —contestó la campanera sin afectación en la voz—. Aquí todas éramos amigas de Ángela, y a ella le encantaba sentirse el centro de atención. Jugaba con las emociones de las hermanas, de todas. Daba a cada quien lo que necesitaba y, sin darte cuenta, terminabas subyugada a ella. A saber a qué jugó con la archivera.

—Pero María José es mayor… —dijo la priora con precaución.

—Pues yo qué sé, jugaría a ser su hija, por ejemplo. Era muy zalamera. Antonia tenía razón.

—¡Por amor de Dios, Teresa! Me estás asustando, en serio. —La voz de Prisca sonó suplicante.

—Tienes razón. —Teresa pareció recapacitar—. En realidad, no sé siquiera si era consciente del poder que tenía sobre los demás. Era tan detallista: le decías que algo te gustaba y trataba de dártelo. Recuerdo que una vez me regaló una bomba de baño solo porque le dije que de niña las había usado. —Prisca recordó la bola amarilla en el baño de la campanera—. A lo mejor era solo eso, que le gustaba agradar. No sé. Pero en una comunidad tan pequeña, esas cosas son peligrosas.

—No veo por qué, a menos que alguien esté enfermo. —Teresa observó a la priora con mucha intensidad.

—Se puede enfermar de muchas cosas, Prisca.

Dicho esto, se levantó y se dirigió al interior del recinto.

«Ya veo», pensó la priora.

El refectorio parecía más triste que nunca. Era como si las hermanas estuvieran invadidas por una extraña sensación de fatalidad que flotaba en el ambiente, una suerte de manto de

inquietud que hacía el aire irrespirable y dificultaba incluso comer. La hermana Agustina leyó aquel día un pasaje de la Biblia, más por necesidad que por otra cosa. Nada traía más consuelo a sus corazones que las viejas palabras, conocidas de memoria y repetidas tantas veces, como un recuerdo de tiempos felices en que cada una había comprendido en su corazón que eran precisamente esas palabras las que iban a guiar su existencia. Tiempos en que ni en sueños habrían podido sospechar que algo como aquello podía llegar a sucederles.

La tarde cayó plomiza, gris y espesa. Prisca telefoneó a la hermana Presentación, que se había ido con Raimunda al hospital.

—Ya está consciente, priora. —Prisca sintió una rara sensación de alivio, pero intensa y sincera—. Le han hecho pruebas con el TAC y no tiene nada, solo ha sido la conmoción del golpe. Nos han dicho que es mejor que repose aquí hoy y mañana, así que la abadesa me ha pedido que me quede con ella.

—Le diré si puedo ir a relevarte —dijo la priora con diligencia.

—No hace falta, en serio. Aquí me dan de cenar y puedo dormir en la cama de al lado de la suya, así que estaré bien. Rezad por ella, Prisca.

—De acuerdo, Presen. Cualquier cosa, llamas desde ahí, ¿vale?

—Sí, priora.

Las hermanas recibieron con alegría la noticia. Nadie quería más dolor, más muerte, más desgracias, de modo que fue una bocanada de aire puro descubrir que Raimunda solo se había dado un mal golpe y que pronto iba a estar con ellas de nuevo.

Esa tranquilidad y ese alivio devolvieron la temperatura correcta al cerebro de la priora, que, al subir a su celda, no pudo evitar pasar por la de su hermana recién caída escaleras abajo.

Retiró la mesa y comprobó que la portezuela de madera que había pintado de blanco hacía poco seguía tal y como la había dejado. Nadie la había vuelto a abrir. Prisca había colocado uno de sus cortos cabellos, de un lado, en la pared, y del otro en la puerta, dejándolo adherido merced a la pintura. Y ahí seguía, intacto y entero.

«Si alguien hubiese abierto —pensó—, el pelo estaría roto».

Abrió el armario y todos los cajones, pero no encontró nada fuera de lo común. Los mismos bolígrafos y libretas. De pronto,

Prisca obedeció a un impulso. Tomó la libreta de Raimunda y, dejando todo tal como lo había encontrado, fue a su habitación.

Se sentó en la silla, frente a su pequeña mesa, con el ordenador portátil delante. Tomó la libreta, abrió la tapa y examinó la contratapa. Algunas hojas parecían haber sido arrancadas. El resto estaba en blanco. «Esto tampoco me sirve para nada». Sin saber qué más hacer, abrió su página de «Tusescritos.com».

> La monja sin gafas había sufrido un accidente; había caído por la escalera desde la segunda hasta la primera planta. Tan solo se trató de una conmoción, pero pudo ser algo mucho más grave.
>
> La monja investigadora estaba convencida: le había parecido extraña la carta de suicidio de la monja desgarbada, la nueva carta que la policía halló en el libro de oración, pero ahora parecía obvio que todo aquello habían sido elucubraciones suyas. Las cosas, pensó, suelen ser lo que parecen. La monja desgarbada aprovechó simplemente el escondite de la celda de la monja sin gafas, pero ¿quién sabe si la hermana archivera sospechó de ella, culpándola de la pérdida y deterioro de los documentos? Y si quiso vengarse de tal afrenta… Parecía que la monja más bella tenía más de una cuenta pendiente, y los entresijos del alma humana son demasiado complicados…

Cansada, Prisca se disponía a cerrar su portátil, cuando vio un mensaje en su chat. Junto a él, el firmante aparecía conectado. Se apresuró a abrirlo y le habló en el acto.

Príncipe.

Ángel, ¿qué ha pasado?

Un… accidente.

Es demasiado raro, ¿no le parece? He llevado lo que me dio a la Científica; mañana espero que me digan algo. Los he apremiado.

Gracias.

¿Está bien?

Claro. Buenas noches.

Pero no lo estaba. Se tumbó en la cama y comenzó a tratar de ordenar sus ideas: las declaraciones de Teresa, las de María José, su presencia en la escalera, la caída de Raimunda… Y, poco a poco, un pequeño mapa se fue dibujando en su cabeza. Dio un par de vueltas en la cama y se obligó a dormir. Había algunas cosas que comprobar sin tardanza.

CAPÍTULO 10

Martes, 29 de octubre

4:58 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

No eran ni las cinco cuando Prisca se incorporó en la cama y tomó una vez más la libreta de Raimunda. «Tengo un montón de cosas en apariencia inservibles: la desaparición y reaparición de un destornillador, la ausencia de tornillos donde debieron de haber estado, una trampilla en una pared, moho, unas notas de cocina, una carta de suicidio, otra carta que leí y no poseo, pero por lo que recuerdo, la letra era igual a la de la ficha de Ángela. —Prisca reflexionaba mientras pasaba las puntas de los dedos sobre la primera hoja de la libreta—. Una oportuna caída por las escaleras, justo después de que María José mostrase enfado ante otras hermanas. Testigos que la señalan como autora de un supuesto empujón. Metadatos, cosas inconexas que flotan alrededor y se ciernen sobre el nudo del asunto y que, si la física no miente, deberán terminar por encajar como un rompecabezas para darle sentido a esta locura». De pronto miró hacia la libreta. Pasó los dedos con mayor fuerza y observó la página. Se levantó, cogió un lápiz del bote de su escritorio y volvió a la cama, tomando la libreta. Ladeando la punta de grafito, la pasó sobre la página y unas palabras fueron quedando escritas en negativo, de manera vaga, pero inequívoca. Repitió la operación con otras hojas. Las marcas eran muy leves, pero estaban ahí. Prisca observó el papel y, sin pensarlo más, salió de su celda en pijama y se dirigió a la de Raimunda.

Eran pocas las hermanas que se encontraban en el convento, tan solo siete, ya que Presentación y Raimunda estaban en el hospital. Era posible que nadie pudiese dormir, pero también muy probable que no escuchasen sus idas y venidas por el corredor, teniendo en

cuenta que se acercaba la hora de los maitines. Tenía menos de una hora.

Entró en la celda y se dirigió al baño. Observó bien la pila del lavamanos, se inclinó sobre el grifo y miró la base, cada rincón. Aparecía impoluto. Levantó la mano y aplicó sobre la cerámica blanca el espray de luminol que había recuperado de la basura. No tardaron en dibujarse algunas manchas en la pila. Prisca mantuvo la calma; ella misma lavaba a veces su ropa interior, por no entregarla manchada a la hermana que se ocupase aquella semana de la lavandería. Podía ser que esa fuera la sangre que el luminol estaba detectando. Sería necesario hacer pruebas para asegurarse… De pronto, la priora se detuvo.

Nadie, salvo ella misma, sabía que había usado uno de sus cabellos a modo de trampa en la puertecilla de madera de la pared de Raimunda, de manera que no había ningún problema en que el pelo se rompiera. Instintivamente, abrió la pequeña puerta.

Acercó la mano y aplicó el espray de luminol en el interior. No tardaron en aparecer manchas en el suelo de la trampa. Prisca sintió que le temblaban las manos. Colocó la madera en su lugar, recogió las virutas de pintura del suelo, puso la mesa delante de la pared y salió apresuradamente de la celda, dándose de bruces con la hermana Raimunda.

—¿Qué haces aquí? —acertó a decir la priora, con voz temblorosa y las pupilas dilatadas.

—¡Eso digo yo, priora, vaya susto! —contestó Raimunda, observándola con extrañeza desde su alta estatura.

—Yo… escuché un ruido. Y pensé que habías vuelto; quería saber cómo te encontrabas.

Raimunda la miró con serenidad y se le dibujó una sonrisa suave en los labios.

—Bien, gracias. Si no te importa, voy a darme una ducha antes de los maitines.

—Claro —dijo Prisca, alejándose unos pasos—. Raimunda —se volvió de pronto—. ¿Te han dado el alta tan temprano, y en domingo?

—Insistí en volver —contestó la monja sin mudar el gesto plácido. La priora trató de mostrarse serena.

—Me alegro —dijo, y se metió deprisa en su celda.

Pegó la espalda a la pared y sintió que el corazón se le escapaba del pecho. Vio la libreta sobre su mesa, el ordenador. De pronto se sintió más pequeña que nunca. Cayó de rodillas y rompió a llorar.

«Ayúdame, Padre. Tengo miedo, mucho miedo».

El día transcurrió despacio. A pesar de ser domingo, de celebrar la misa y ser día de descanso, la entrega de la imagen de Nuestra Señora de Meritxell era inminente, así que Teresa pidió permiso a la abadesa para trabajar y las hermanas, que no tenían muchas ganas de estar solas y pensando, se le unieron sin problemas. Todas parecían felices del regreso de Raimunda. Ella y María José conservaban la distancia. La archivera no podía evitar contemplarla con extrañeza, mientras que las demás demostraban su alivio por la recuperación de su hermana en Cristo, en especial la abadesa.

—Me caí, eso es todo —decía con una sonrisa—. Seguro que tropecé con mis propios pies, ni me acuerdo.

Esta declaración pareció alegrar especialmente a la abadesa y el ambiente se fue distendiendo.

Prisca, no obstante, no lograba quitarse de encima la sensación de pánico que la embargaba desde la mañana. Dos cosas giraban en su mente de manera fija: la silueta de María José en lo alto de la escalera, mirando a Raimunda caída en la base; la propia Raimunda y su inquietante sonrisa, desde su altura, aquella misma mañana. Con esa imagen en la mente, recorría la galería porticada hacia el despacho cuando tropezó con Teresa, que se dirigía al taller. La tomó de un hombro y le habló de cerca, casi en un susurro.

—¿Crees que María José pudo haber empujado a Raimunda?

—Ya te lo dije —contestó la campanera—. Yo creo que Catalina se suicidó porque la impelieron a hacerlo, y la que lo hizo tenía muchas cosas contra Ángela. Por eso lo hizo.

—¿Y qué tiene que ver eso con María José?

—Ama esos documentos —contestó Teresa en un susurro—. Por lo que sé, hay gente que hace daño por mucho menos, Prisca.

—Vale, vale, pero ¿qué pinta Raimunda en esto?

—Sospecharía de ella… No lo sé.

Ambas callaron de repente, al ver la cabeza de la susodicha asomar desde el taller.

—Teresa, ¿tienes el disolvente? —preguntó con voz firme.

—Sí, ya voy —contestó la campanera.

«Disolvente», pensó Prisca, y tomando el brazo de Teresa, acercó su nariz a la botella.

—¿Qué haces? —se extrañó la campanera. La priora no contestó.

Caminó con ella los pasos que las separaban del taller. Teresa entró, y Raimunda iba a ir tras ella cuando la mano de la priora la detuvo, sacándola unos pasos del taller y hablándole bajito.

—Dime la verdad —le dijo—, ¿alguien te empujó?

—Sí, no digas nada —le dijo Raimunda con voz casi inaudible—. Tenía miedo, Prisca, pero ya no.

—¿Por qué? —preguntó la priora.

—Porque estoy empezando a comprender cosas.

—¿Qué cosas?

—Mejor te lo cuento luego. ¿Subes esta noche al campanario? Después de completas… Así no preocupamos a la abadesa, que bastante tiene ya.

Con determinación, la priora contestó:

—Ahí estaré.

Raimunda entró en el taller. Prisca se apresuró al despacho y, contra su costumbre, abrió su página de «Tusescritos.com» desde el ordenador de la madre Emilia, buscando directamente los mensajes privados. Nada de parte del inspector jefe. Sin saber qué hacer, regresó al texto y comenzó a escribir compulsivamente.

> ¿Puede una carta ser el arma de un crimen? La monja investigadora se hacía preguntas. «¿Por qué empujas a alguien por la escalera? ¿Porque te ha descubierto? ¿O porque lo has descubierto tú? ¿Puede una mancha de sangre detectada con luminol contener muestras de ADN?». Y también se preguntaba: «¿No es igual todo el moho? Esté donde esté, si es de la misma especie, ¿qué diferencias hay?». Todo eso pensaba la monja investigadora, aunque esperaba encontrar las respuestas aquella misma noche, en la torre, donde se había citado con la monja sin gafas, después del rezo de completas, sin parar de alimentar la terrible idea de que algo podía pasarle a su hermana si quería contarle algo que alguien no quisiera que supiera, aunque dentro de su corazón sabía bien que ya había averiguado la verdad, por más que se lo quisiera ocultar a sí misma. Ese pensamiento la llenaba de temor y, a la vez, de determinación.

Tras escribir aquellas líneas, Prisca sintió una extraña paz que le devolvió la energía perdida. Respiró hondo, cerró los ojos y repitió

para sí: «En tus manos encomiendo mi espíritu», sintiendo junto a ella la presencia del Cristo que la miraba desde la cruz de madera del despacho, así como los ojos bicolores del inspector jefe Valiente.

19:00 h, monasterio de Santa Maria de Bruguers

María José se sobresaltó al escuchar a su espalda la voz viva de la portera.

—¡Mira! Tengo el informe médico de Raimunda, me lo ha dejado la abadesa porque se lo pedí. ¿A que no sabes? —La archivera la miró con el gesto torcido.

—¿Que no sé qué, Luz? —preguntó concentrada en su propio trabajo.

—Parece que tiene un montón de moretones, tantos que es difícil saber si alguien pudo patearla o empujarla por la escalera. ¿Tú crees que la empujaron? —María José la miró por encima de las gafas.

—Luz, si lo que estás insinuando es que yo la empujé, la respuesta es no. Y déjame, estoy aprovechando la bula dominical de la madre abadesa para continuar restaurando los documentos.

—Pero, María José —la archivera miró hacia el techo con paciencia y se dispuso a escuchar a su hermana en Cristo, tratando de no perder los nervios—, pudiste enfadarte con ella. ¿No crees que tuvo algo que ver con el robo de los documentos?

La archivera alzó la vista de su trabajo y encaró a la portera y enfermera en funciones.

—Luz, yo no empujé a Raimunda. Puedes pensar lo que quieras. No haría algo así, y menos por unos documentos. —Luz pareció sorprendida.

—Creí que eran tu vida. —María José sonrió.

—Si algo he aprendido con todo esto es que mi vida son mis hermanas y esta casa. Los documentos estaban aquí mucho antes de que yo naciera y seguirán aquí tras mi muerte. Me sentí desgraciada cuando desaparecieron, pero esto me ha enseñado que nuestros seres queridos valen más que todos los fondos documentales del mundo. Fue duro que desaparecieran, pero más lo fue perder a Ángela, a Cecilia, a Antonia y a Catalina. No, Luz —acentuó su sonrisa—, yo no empujé a Raimunda.

Luz salió del archivo pensativa. «Nunca me pareció tan torpe Raimunda como para caerse por la escalera. ¿Se cayó o la empujaron?», se preguntó, de camino al refectorio para la cena.

* * *

Las vísperas, la cena, la recreación, el rezo de completas y las últimas frases del día fueron para Prisca algo mecánico en aquella fría noche de otoño. No dejaba de mirar a sus hermanas, una tras otra. Luz parecía alegre. María José se volvía hacia ella con frecuencia. Raimunda aparentaba despreocupación, aunque Prisca sabía que, sin duda, debía de sentirse inquieta. La madre Emilia tenía el aspecto de alguien que ha recuperado algo perdido, y no se trataba precisamente de los documentos de la madre Hildegard. Más bien, pensó la priora, la abadesa se veía feliz de volver a disfrutar de esa paz que tanto buscaban todas en el monasterio. Pero de igual modo, el precio había sido tan alto que el semblante de la madre indicaba con claridad que ya nunca nada volvería a ser igual.

En silencio absoluto, Prisca acudió a su celda, tomó una chaqueta de punto grueso y, con el corazón a punto de salir de su pecho, ascendió la escalera del campanario para materializar aquel encuentro totalmente ilícito. Los escalones, estrechos y altos, se llevaron toda su atención durante el ascenso, y la sensación de pánico no abandonaba su ánimo. Con el último peldaño, la priora salió a la fría y despejada noche.

Hacía mucho tiempo que no subía al campanario. La vista que ofrecía la luz de la luna desde allí arriba la impresionó. Los arcos que abrían su espacio a los campos que rodeaban el edificio se encontraban divididos por una pequeña columna central, no obstante la cual era posible sentarse en uno de los lados para admirar el paisaje oscuro y vasto. Aunque todavía más admirable era el cielo tachonado de estrellas que apenas permitía observar las constelaciones, tan preñado de pequeñas luces como estaba. Se sentó en el muro, junto a la columna parteluz, para poder mirar la bóveda celeste sin problemas.

—¿Has encontrado la Osa Mayor? —La voz de Raimunda la sacó de su concentración. Le contestó sin volverse.

—Hija, qué susto… Qué va, es casi imposible, entre tantas. Pero sí una parte de la del Dragón —dijo, sintiendo tras ella los pasos de su hermana, que se acercaban despacio.

—Mira. —Raimunda extendió un brazo junto a la cara de la priora—. Ahí, ¿la ves? Tan azul… Y aquellas tres de al lado, ese es el cinturón de Orión.

Prisca se volvió hacia ella sin decir nada. Raimunda se sentó al otro lado del parteluz.

—Creo que María José me empujó —declaró con voz clara y sencilla—. No sé por qué. Catalina se suicidó, la cosa había terminado; no sé a qué vino, ni por qué a mí, pero lo hizo. Me empujó fuerte, no me di con el primer escalón.

Desde que le habló a María José del moho, Prisca no había podido dejar de pensar que cometió un error. Todo era un trampantojo, una confusión que de ningún modo debía seguir tapando la verdad.

—¿Estás segura, Raimunda? ¿Te empujó? —La hermana mostró extrañeza.

—¿Qué quieres decir?

Prisca se levantó y se alejó unos pasos del arco. Se situó frente a Raimunda y la encaró.

—Quiero decir —afirmó— que María José no tenía ningún motivo para empujarte. A no ser que, al ser una de las mayores, conociera la existencia de esa trampilla que hay en tu celda.

—¿Qué trampilla? —Raimunda frunció el ceño.

—Vamos, hermana. No me digas que todas pasaban por ahí como quien va al supermercado y tú no sabías que existe.

—No sé de qué me hablas —insistió Raimunda.

—La trampilla de tu cuarto. En la pared, detrás de la mesa. Ahí estuvieron escondidos los documentos de la madre Hildegard, por eso tienen moho y María José los está restaurando de nuevo.

—¿Estaban ahí? ¿Por qué los metió ahí? Y ¿por qué los escondió en mi celda?

—Raimunda —Prisca la desafió—, no me tomes por idiota. La archivera venera esos documentos, jamás los expondría así, sin ninguna protección, en un lugar donde hay moho, sabiendo que tenían que estar ahí durante días. Y menos todavía, en la celda de otra hermana.

—Entonces, ¿quién los escondió? —preguntó ladeando la cabeza. Prisca agachó la suya y se situó a poca distancia.

—Tú, naturalmente. Tú los escondiste ahí, hermana.

Raimunda la miró con asombro.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Es sencillo. Me ha costado mucho, sabes, porque era como esos metadatos, informaciones pequeñas e inconexas, pero todas están ahí y, de repente, cobran forma y encajan de una manera tan precisa que es imposible estar equivocado. Eso es justo lo que me ha pasado, hermana.

»En el monasterio de Ávila, cuando entraste, enseguida me di cuenta de que Ángela y tú teníais una relación muy cercana. Ella bromeaba contigo, reíais juntas, pasabais en mutua compañía todo el tiempo posible. Pero había algo más: tu lenguaje corporal. Para Ángela, tú eras una buena amiga, una hermana que sobrepasaba nuestra relación en Cristo. Para ti, ella era mucho más que eso.

»Solo había que ver cómo la mirabas, cómo le ponías la mano sobre el hombro. Y solo había que verla a ella, tan presta a dejarse querer, agasajar. Ángela adoraba sentirse amada, rodeada de cariño, de admiración. Era algo que necesitaba para sentirse viva, así que practicaba sus artes seductoras con cuantos la rodeaban.

»Sin embargo, hiciera lo que hiciese, siempre volvía a ti. Una os veía y siempre tenía claro que erais inseparables, que, aunque ella flirtease, en el buen sentido de la palabra, con otras hermanas, todo el mundo sabía que en quien de veras confiaba era en ti. Y así, Ángela daba a cada cual lo suyo, sin quitarte nada a ti. La razón de que fuera tan querida era precisamente esa, que sabía estar en el lugar adecuado en el momento exacto, sabía mirar y consolar, sonreír y hacerle a una pensar que todo estaba siempre bien. Mi opinión es que era la monja perfecta, un verdadero ángel de Dios. No he visto a nadie con mejores resultados en nuestra profesión. Sus motivos no importaban. Como decía el marqués de Sade, aunque me esté mal citarlo, el fin justifica los medios.

»Pero, al llegar a Santa Maria de Bruguers, todo cambió. Ángela conoció a Cecilia y todo su mundo dio un giro. No voy a hablar mal del enamoramiento, nosotras nos mantenemos alejadas de esas cosas; aun así, hay personas más débiles, o sentimientos demasiado fuertes. No soy quién para juzgarla, tan solo sé que la personalidad

firme de Cecilia, su saber hacer, el mimo que dedicaba a cada obra de arte que caía en sus manos, la veneración con que llevaba a cabo su trabajo, junto a su sonrisa franca y su mirada limpia, sin duda robaron el corazón de Ángela, que siempre se había sentido admirada por todos, mas nunca había sabido lo que era amar.

»Estoy segura de que Cecilia y ella jamás planearon nada como tener una relación, tan solo sucedió, y un día se encontraron sublimando sus sentimientos a solas. Sin fuerzas para volver atrás ni valor para seguir adelante, mantuvieron su aventura clandestina con la mayor discreción y nadie, absolutamente nadie, se dio cuenta de nada. Nadie, excepto tú, Raimunda.

»Como te digo, tardé en verlo, pero luego fue fácil atar cabos. Aquellas atenciones que le dedicabas a Ángela, tus miradas, toda aquella ternura, incluso haberla seguido al monasterio, respondían tan solo al hecho de que la amabas, quizás desde la adolescencia, o incluso antes. Y ella, bueno, lo más probable es que te viera como a una hermana, una buena amiga, alguien en quien confiar, pero nunca se enamoró de ti. Aquello estaba bien, porque tampoco mostraba interés por nadie más, incluso llegando a meterse a monja, en pleno siglo XXI. Eso fue lo mejor: sabías que, fuera como fuese, Ángela nunca sería de nadie, aunque tampoco fuese tuya. Y entonces Cecilia entró en escena.

»Como la vigilabas, no tardaste en ver lo que estaba pasando entre ellas. Los celos te nublaron el sentido común y terminaron por cegarte. Si le decías algo, ella lo negaría, por mucho que fueras su mejor amiga; de todos modos, habías pasado a un segundo plano. De modo que no había nada que hacer. No querías, no lo deseabas en absoluto, pero el fantasma de los celos te iba carcomiendo por dentro. Y llegaste a descubrir que pasaban muchas noches juntas, en la celda de Cecilia. Y entonces lo planeaste todo.

»Lo primero fue elegir a alguien a quien endosarle el crimen y, claro, la pobre Catalina fue la víctima propiciatoria perfecta. Ella y Ángela apenas cruzaban palabra y Catalina no era el tipo de persona capaz de mostrar una cara por delante y otra por detrás, además de no ser demasiado avispada. De manera que era perfecta para el papel, como dicen los artistas.

»Al no tener relación, y sabiendo tú de la capacidad de seducción de Ángela, aprovechando que Catalina no había tenido

nunca una buena amiga, imagino que le hiciste creer que Ángela tenía algún tipo de interés en ella. Ignoro de qué forma lo hiciste, pero sin duda lograste que Catalina se encandilara con Ángela.

—Me estás dejando fascinada, Prisca… ¡Qué imaginación! Solo me faltan las palomitas —intervino Raimunda con fingido desconcierto.

—Pues ya verás, todavía no llega lo mejor. Como te decía, de alguna forma lograste despertarle el interés por Ángela, hasta el punto de que se empezó a obsesionar con ella de una manera bastante sana, aunque más tarde llegó al *stalking*. Y estoy casi segura de que ese álbum de fotos no era en realidad de Catalina, sino tuyo; que hiciste tú misma las fotos con alguna cámara instantánea o un teléfono móvil que tuvieras por ahí escondido y del que, por supuesto, ya te habrás deshecho; que dejaste en su celda ese álbum en cualquier momento y ella no protestara, ya que admiraba tanto a Ángela. Eso me parece más creíble que imaginar a la pobre Catalina urdiendo tantas irregularidades para hacerse con unas fotos de alguien a quien veía a diario. Pero, claro, el álbum daría mayor coherencia a un supuesto suicidio ante la policía.

»Seguramente le escribías cartas con la letra de Ángela. La misma letra con que falsificaste su ficha médica y escribiste la carta que la policía encontró en su libro de rezos. Eres bastante buena imitando letras, tengo una libreta con todo tu muestrario. Como sea, poco a poco, Catalina sintió que era alguien importante para Ángela, y ese era tu único objetivo. Cuando supiste que estaba lo bastante obsesionada, pasaste a la segunda parte de tu plan.

»Te colaste en el despacho algún día de compras o que yo estuviese fuera, y cambiaste tu ficha médica por la de Catalina, y la tuya por la suya. Sabías que una imitación de letra sería identificada por la policía, por buena que fuese. Entonces, simplemente, sustituiste la tuya por la suya. Usaste disolvente del taller para cambiar los nombres y pudiste borrar fácilmente el de Catalina y poner el tuyo en su ficha; para tu desgracia, estropeaste la suya, la que querías hacer pasar como de Catalina. No te quedó más remedio entonces que escanearla y arreglar el escaneo, deshaciéndote de la ficha física. Todos verían que la letra era la misma y sería lo único en que se fijarían.

»Para la carta de Ángela, te arriesgaste más. Como te habías

cargado la ficha de Catalina y habría sido demasiado sospechoso hacer desaparecer también la suya, borraste solo la letra escaneada y la cambiaste por letra imitada que hiciste tú misma. De ese modo, ambas fichas se parecerían. Calculaste de manera acertada que sería más cómodo para mí mandar a la policía las fichas ya escaneadas. Y así, la policía tendría tu letra imitando la de Ángela tanto en la ficha como en la carta, con lo que el análisis sería positivo. —Raimunda no parecía siquiera estar respirando. Impertérrita, permanecía quieta, sentada en el parteluz—. Tomaste las llaves de Luz y de María José, supongo que en distintos días, e hiciste moldes de cera con una vela de la iglesia. Y la primera vez que saliste a comprar, le pediste al zapatero que te hiciera esas llaves, alegando una pérdida. Naturalmente, él no desconfió de una monja y te hizo las copias.

»Al haber pasado un tiempo en el taller ayudando a restaurar, aunque tu verdadero objetivo era no dejar a solas a Ángela y a Cecilia, aprovechaste alguna madera alargada y grande para hacerte con una pértiga lo bastante afilada como para poder cometer el crimen. La afilaste con cuidado, puliéndola y dejándole la punta muy pronunciada. Escondiste ese palo en tu armario y ahí lo dejaste hasta el día del doble asesinato.

»Te hiciste con sacos industriales de basura. Recuerdo que la hermana Agustina vio que en la cilla apenas quedaban, a pesar de acabar de abrir un paquete hacía poco. La razón fue que tú los cogiste para hacerte un vestido de plástico que te cubriese, con el fin de evitar mancharte de sangre.

»El día antes del crimen, robaste el libro de oración de Catalina y lo escondiste donde no pudiera encontrarlo. Ella lo achacó a su despiste, así que tan solo lo comentó por si alguien lo había visto. Y llegó el viernes por la noche.

»Tú ya habías observado los días en que solían reunirse en la celda de Cecilia, de modo que sabías que las encontrarías juntas aquella noche. Ofreciste una infusión a Ángela con somnífero y, después de completas, esperaste un tiempo prudencial y bajaste la escalera, abriste la puerta de la calle y la del archivo y tomaste de este último el conjunto de documentos de la madre Hildegard. Y subiste de nuevo a tu cuarto.

»Abriste la trampilla detrás de la mesa y metiste los papeles ahí

dentro, sin protegerlos con nada. Te cubriste con el saco industrial que habías agujereado para meter la cabeza, y con otro saco acabaste de cubrir tus piernas, e hiciste unas fundas de plástico para tus zapatillas. Tomaste el palo y saliste de tu celda de nuevo.

»La oscuridad y el grueso de la puerta te garantizaban impunidad. Entraste, pues, en la celda de Cecilia y encontraste en su cama a ambas, una sobre otra. Ellas, naturalmente, ni siquiera advirtieron tu presencia: Ángela, adormilada, y Cecilia ni debió de oírte entrar. Levantaste el largo palo y lo descargaste sobre la espalda de Cecilia. Su bien afilada punta y la fuerza de tu rabia hicieron sencillo que la garrocha atravesara a ambas mujeres, que no tuvieron tiempo de entender qué estaba pasando, ni siquiera de gritar.

»En el umbral de la puerta de Cecilia te despojaste de los plásticos y, liándolos, te metiste de nuevo en tu celda. Fuiste a la pila lavamanos de tu baño a quitar la mayor parte de la sangre que se encontrase en ellos. Después guardaste aquel improvisado traje en la misma trampilla de tu habitación. Lo dejaste todo recogido y limpio y te acostaste, hasta que yo llamé a gritos a la madre.

—Prisca, en serio. Hace ya días que haces tonterías. Te encontré metida debajo de mi cama, tratando de esconderte, como si no se te viera perfectamente desde la puerta. —La priora abrió los ojos de par en par.

—¿Me viste?

Raimunda puso los suyos en blanco.

—Pues claro. Hace días que espías mi celda; no sé qué te has imaginado, pero te aseguro que te equivocas. Fue Catalina la que las mató, a ellas y a Antonia; si no, ¿por qué iba a suicidarse?

—Tú lo provocaste.

—Sorpréndeme —soltó ella con una mueca de desfachatez.

—No lo creo. Sabes tan bien como yo lo que estoy diciendo. Aunque opino que con Antonia forzaste más la nota de lo que debiste. Nadie con dos dedos de frente mataría a alguien de ese modo, dejando tras de sí ese montón de incongruencias. Ni siquiera la pobre Catalina.

»Antonia firmó su sentencia de muerte cuando dijo que el Señor de Ángela era Lucifer. Tú no podías perdonar que alguien dijera algo así de la persona que te había hecho perder todo cuanto tenías

de ser humano, de manera que te sentiste obligada a matarla. Como no contabas con ello, tenías que improvisar, sin demasiada tardanza. Y, para no estropear tu plan inicial y cargarle también esa muerte a Catalina, la manera de actuar del asesino tenía que estar en concordancia con los otros dos crímenes. Pensaste deprisa y tuviste una idea, que la misma Antonia te dio.

»Te aseguraste bien de que nadie estuviera atareada cerca de la cocina y aprovechaste la circunstancia para acudir al taller, coger la talla de Nuestra Señora de Meritxell y recorrer la escasa distancia hasta la cocina. Le atizaste en la cabeza y la mataste o dejaste inconsciente por el golpe, con su cabeza en la olla de caldo hirviendo, por si acaso estaba viva. Esa forma tan cruel de matarla solo indicaba que se trataba de una venganza: tan solo una persona que hubiese recibido una afrenta actuaría de ese modo. Después tiraste de la pieza frontal de la campana extractora, cuyo único tornillo habías aflojado previamente con el destornillador de la cilla, y la colocaste sobre la olla, atrapando dentro la cabeza de Antonia. Recorriste de nuevo la distancia entre la cocina y el taller, dejando la talla en su sitio, tras pasarle algún trapo sobre la zona del impacto. Al fin y al cabo, te convenía que la policía diera con el arma del crimen, puesto que pensabas imputar a Catalina. Todavía se me ponen los pelos de punta cada vez que lo pienso; la muerte horrible que tuvo una mujer que había dedicado su vida al monasterio y a sus hermanas, así como a Dios. —Raimunda apretó la mandíbula y su gesto no pasó desapercibido a la priora—. Dilo, di que se lo merecía, que era una vieja fanática… ¿Es eso lo que estás pensando?

»Con todo el mundo asustado, nadie razonaba con claridad y lo único que todas queríamos era que se acabara la pesadilla, por lo que a ninguna le costó creer esa absurda versión del accidente. Pero, por supuesto, las más inquietas no podían tragarlo sin darle vueltas y había quien se hacía preguntas. Tú misma declaraste algo así en público, para que no fuera demasiado obvio que te hacías la ignorante de algo que, a todas luces, parecía cogido por los pelos. Y entonces diste tu *coup de grâce*.

»Dejaste el libro de oración de Catalina debajo de la cama, seguro que tirándolo ahí desde el pasillo, para ni siquiera entrar en su celda, por si acaso. Así pensaría que se le había caído. Esto es

ridículo, porque todas limpiamos las celdas y barremos bajo las camas a diario, pero tu exceso de confianza te hizo pensar que a ella le parecería natural. Desgraciadamente, no tuvo tiempo de desconfiar, ya que el inspector Valiente me había pedido que echase un vistazo a las celdas, puesto que la orden de registro del juez estaba tardando en llegar. Supongo que le tocó un juez conservador.

»Así que, buscando por las celdas, encontré el libro de oración debajo de su cama. Sabiendo lo despistada que era, lo dejé sobre su mesita de noche y la advertí de ello. Hasta la mañana, cuando apareció colgada, no me di cuenta de que estaba sobre su almohada. Más tarde, volví a su celda y la policía me habló de la carta de Ángela.

»La historia que le contaba sobre un presunto acoso por parte de Cecilia no se tenía en pie ni con cola. Tampoco esa gran amistad entre Ángela y Catalina, que nunca se veían juntas. Lo primero que hice fue pensar que algo se me escapaba, hasta que razoné unos minutos. Pensé en la carta de suicidio: tampoco me parecía que tuviera sentido. Y entonces entendí que ambas cartas eran falsas. Esta sospecha se vio avalada por la ausencia de la ficha médica de Catalina.

»Pero se estaban levantando demasiadas sospechas sobre esas mismas incongruencias y las hermanas, cada vez más, se hacían preguntas. De modo que, para descartar cualquier sospecha que pudiese recaer sobre ti, decidiste fingir un atentado, y seguramente después de tocar la puerta de María José para que saliera a ver qué pasaba, a la hora del final de la misa, saltaste sobre la escalera. Caíste en uno de los peldaños cercanos a la mitad y rodaste hasta la planta baja. Sabías que no ibas a matarte, pero todas pensarían que María José, que estaba sospechando demasiado, quedaría como la culpable, al menos de tu caída. Y eso es todo, Raimunda. Entrégate a la policía y puede que Dios tenga al menos en cuenta que reconoces que has cometido los peores crímenes, que has asesinado a tus hermanas por no saber dominar tu corazón, aunque si te arrepientes puede que él te perdone, ya que para nosotras va a ser bastante difícil.

—Prisca —Raimunda se puso de pie, y la priora dio un paso atrás; era al menos un palmo más alta que ella—, ¿le has contado tus sospechas a alguien? Siempre te he escuchado tranquilizar a

todo el mundo… —dijo con voz suave y baja.

—No voy a responderte a eso. Solo quiero que te entregues.

En el rostro de Raimunda se dibujó una sonrisa felina.

—Y ¿por qué haría eso? No tienes una sola prueba contra mí —le dijo, tratando de mostrar seguridad.

—Te equivocas. —El gesto de Raimunda cambió—. La libreta de tu celda la tengo a buen recaudo en la mía. Pasando un lápiz sobre las páginas, he visto tus imitaciones de la letra de Ángela. Es tu libreta, Raimunda, ensayaste ahí las cartas. De hecho, se puede leer parte del texto. Simulaste la carta de Ángela a Catalina urdiendo un montón de mentiras sobre su relación con Cecilia para provocar su suicidio y falsificaste su propia nota de adiós para quedar tú exculpada y dejar el caso cerrado.

—Pudo hacerlo cualquiera y dejar la libreta en mi celda —contestó Raimunda, claramente crispada.

Prisca retrocedió un paso más hacia un rincón de la torre. Rogó que la luz de la luna no revelase el terror en su mirada ni la palidez de su piel. Aun así, sacó fuerzas de flaqueza.

—¿Tú crees? ¿Y también lavar los plásticos en tu lavabo para quitar la sangre de mis hermanas? ¿Y esconderlos húmedos junto a los documentos de la madre Hildegard, en la trampilla de tu celda, antes de tirarlos al reciclaje de plástico? Porque el luminol revela rastros de sangre en ambos lugares y, por si no lo sabes, se puede probar de quién era esa sangre.

El rostro hermoso de Raimunda se contrajo en una horrenda máscara de rabia. Su cuerpo se irguió tanto que a la pequeña priora le pareció más alta que nunca mientras la cercaba contra uno de los arcos de la torre.

—No tienes ni idea de lo que es venerar a alguien toda la vida sin que ni siquiera te mire apenas, cegada por su propia luz, seduciendo a todos con su encanto; no sabes qué es morir de amor por quien ni te mira. —Cogió a Prisca de la cintura y la acercó a uno de los arcos que dibujaba el parteluz—. Te vas a caer, Prisca. Y después haré desaparecer todas las pruebas que tienes, mi libreta…, y borraré la sangre como sea. Será un desgraciado accidente más —dijo al tiempo que la inclinaba de espaldas hacia el arco que tenía justo detrás.

—No van a creerlo, ¿no lo ves? Entrégate, es lo mejor…

—¡¿Qué más me da lo que es mejor?! ¡¿Crees que me importa algo?! —gritó, atenazando la garganta de Prisca con sus manos.

—¡Suél… tame! —pudo articular a duras penas. Instantes después, trató de gritar sin éxito, mientras sentía que le faltaba el aire. Los dedos de Raimunda apretaban cada vez más su garganta.

En ese momento, a punto de desfallecer, le vino a la cabeza de manera absurda la escena de lucha entre Sherlock Holmes y Moriarty, en la catarata suiza de su último caso. La escena la llenó de coraje y, sin pensar, sujetó con fuerza los pulgares de Raimunda que le presionaban la yugular y tiró de ellos, al revés de la articulación, con toda la energía que pudo reunir. Su captora lanzó un grito desgarrador y la soltó de golpe. Prisca aprovechó para tratar de alcanzar la escalera de la torre. Al llegar, se dio cuenta de que no era buena idea. Efectivamente, al darse la vuelta, vio a Raimunda corriendo hacia ella, con la intención de empujarla escaleras abajo. Se apartó de un salto y la asesina se detuvo abriendo los brazos, evitando así ser ella quien cayese por la escalera. Nuevamente se volvió, para encontrarse con Prisca justo delante, que le propinó una fuerte patada en el estómago.

Doblada en el suelo y con los pulgares dislocados, Raimunda parecía derrotada.

La priora se le acercó con desconfianza. Al llegar a su lado, la que había creído vencida se puso en pie de un salto y la atenazó de nuevo con un brazo alrededor de la garganta, arrinconándola contra uno de los arcos de la torre.

Prisca se sujetó con todas sus fuerzas a la columna. Sus ojos se perdieron en la oscuridad del vacío que había tras el parteluz. Una caída libre a la que no sobreviviría.

Raimunda le gritó con rabia:

—¡Te mataré, maldita! ¡Diré que las asesinaste tú y te descubrí!

—¡Ni hablar! ¡Detén esto, tienes que entregarte!

—¡Ni loca! ¡Vas a morir!

La presión de Raimunda sobre Prisca era cada vez mayor, hasta el punto de que la priora dudó de que sus manos aguantaran mucho más sin resbalarse del cuerpo de la columna. No sentía los dedos.

Desesperada, logró emitir un grito de auxilio.

—¡Madre!

—¡Alto! —ordenó una voz masculina desde la oscuridad.

Raimunda se detuvo en seco, los dientes apretados y la respiración acelerada por la adrenalina.

—¡Lo hemos escuchado todo, hermana, no se cargue otra muerte a sus espaldas, entréguese!

Ambas se volvieron para ver en la pequeña puerta de acceso a la torre al inspector Valiente, junto con Luz, Teresa y la madre Emilia. El inspector apuntaba a Raimunda con una pistola, con el pulso firme y la mirada fija en ella.

—¿Para qué, señor? —arguyó Raimunda sin borrar el odio de su rostro—. ¿Sabe?, el amor mata, nos vuelve locos.

—De eso nada, hermana. Le aseguro que el amor nos lo da todo, es el no saber gestionar nuestras pérdidas lo que nos mata, y sé de lo que le hablo. Entréguese, todavía no está todo perdido.

—Puede que no para usted, inspector —dijo acercándose al arco —. Yo ya no tengo nada más que perder.

Se sentó sobre el muro, miró a la madre y a sus hermanas en Cristo y se dejó caer de espaldas al vacío antes de que ninguno de ellos pudiera evitarlo. Desde el borde, las monjas y el inspector se asomaron para ver a Raimunda desmadejada en el suelo, veinte metros más abajo.

—¡Madre! —Prisca se sentía desfallecer. La madre Emilia la tomó en sus brazos.

—¡Hija, Dios mío! ¿Cómo se ha arriesgado usted así?

—Eso digo yo, ¿está loca? —replicó Valiente todavía furioso por lo osado de la acción de Prisca—. ¿Cómo se le ocurre quedar con ella aquí, en plena noche? Casi no llego a tiempo…

—Entró en el monasterio como un loco, Prisca —aclaró Luz—. Nos preguntó dónde estabas, que si habías subido a la torre, que dónde estaba Raimunda… Me asusté y entré con él en el vestíbulo.

—Cuando vi que iban a la torre, me adelanté —añadió Teresa—. Estas escaleras las carga el diablo, más todavía de noche, así que insistí en que, de subir, yo iría delante y ellos seguirían mis pasos.

—Escuchamos sus gritos, hija. —La voz de la madre Emilia sonaba suave, pero aplomada—. La oímos decir que iba a matarla, Prisca, que la culparía a usted de todo… ¡Nos apresuramos y, al menos, no murió otra inocente!

Prisca sintió que de pronto toda la tensión de los últimos días comenzaba a subirle desde los pies a la cabeza, y su cuerpo empezó

a temblar. Trató de abrazar a la abadesa, de hablar sin conseguir que la voz le saliera, hasta sentir que se desvanecía, notando al caer los brazos del policía y de su madre y sus hermanas, que la sujetaban con cuidado.

EPÍLOGO

Rumores de voces, idas y venidas de pasos de muchas personas, hombres y mujeres a su alrededor despertaron a la priora de su desmayo. Al tratar dificultosamente de abrir los ojos, el sonido lejano de una voz querida, la de su hermana Teresa.

—¡Madre! ¡Ya vuelve en sí!

No estaba segura de querer despertar. La cabeza le daba vueltas y se sentía débil. Una fría mano le tocó la frente; por fin, abrió vagamente los ojos. Vio ante sí a alguien con una bata blanca.

—Estoy bien… —balbuceó, llevándose la mano al cuello, donde persistían los moretones que Raimunda le había provocado con la presión de los dedos.

—Calle, hermana —contestó la doctora—. No diga nada, deje que le tome la tensión.

Prisca se dejó llevar de nuevo, habiendo intuido a su alrededor a sus hermanas.

Cuando volvió a despertar, con la cabeza menos pesada que la primera vez, solo halló dos personas junto a ella. La madre Emilia, sentada a su lado y dormitando. Y de pie, al lado de su cama, los bellos ojos del inspector Valiente le sonreían.

—Prisca.

Habían sido muchos días de nervios y tensión, y por fin aquella horrible pesadilla había terminado. Aliviada, contempló al policía.

—¿Se ha colado usted hasta mi cama?

—Nada de eso, tengo permiso de la abadesa, que lo sepa. —Prisca lo observó con gesto serio.

—Me ha salvado la vida, inspector.

—De eso nada, se la ha salvado usted solita. Por lo que me dijo, parecía bastante claro que Raimunda estaba metida hasta las trancas, pero ciertamente no había pruebas. Yo debí escucharla antes y seguir investigando, debí tomar en serio lo de la nota de compra o apremiar al juez, incluso venir de visita… Si no llega a

escribir su novela, posiblemente ahora estaría muerta.

—No lo sé, señor. —Prisca miró el crucifijo colgado frente a su cama—. Solo sé que aquí estoy y que mis hermanas ya no corren peligro. Éramos trece y quedamos ocho…

—Bueno, yo estoy seguro de que tiene usted un ángel de la guarda que hace horas extra. —Prisca le sonrió—. Y, además, seguro que es blanco.

—Pues yo creo que es heterocromo.

Valiente enrojeció hasta la raíz del cabello.

—Nunca fui un ángel, hermana. Más bien al contrario, no soy especialmente bueno. Egoísta y poco empático, eso sí. Tengo muchos más defectos que una de esas películas de serie B donde llueven tiburones asesinos. Solo puedo decir que me he quedado fascinado con este caso, con el monasterio… y con usted.

—¿A que sí, a que soy fascinante? —preguntó Prisca divertida.

—¡Una loca, es lo que es! Pero es inquieta y lista, y la gente lista es la mejor. ¿Qué va a hacer ahora, hermana?

La priora se tomó un momento para contestar. Respiró hondo y miró de nuevo al Cristo en su pared.

—Necesito salir unos días. Tengo la sensación de que, al volver, lo encontraré todo como la primera vez que vine.

—Váyase de vacaciones —propuso Valiente. Prisca ahogó una pequeña carcajada.

—Nosotras no nos vamos de vacaciones, señor. Como mucho, algún retiro espiritual. Supongo que eso será lo que haré.

—Bueno, vaya a un convento de monjes y recréese la vista.

Prisca soltó una carcajada que casi despierta a la abadesa.

—Qué locuras dice… Lo cierto es que creo que me bastará con cambiar de aires, aunque voy a tardar en quitarme de encima la psicosis de haber convivido con una asesina. Mis hermanas creían que todo había acabado, pero yo sabía que no, y eso me tenía los nervios desquiciados.

El inspector respiró hondo y no dijo nada.

—Valiente… Ahí arriba, en la torre, dijo usted algo sobre gestionar nuestras pérdidas…

—Así es —contestó el inspector.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué? —preguntó divertido.

—¿A quién perdió usted? Vamos, ¿no va a contárselo a una pobre monjita? —Valiente elevó la vista al cielo.

—Usted tiene tanto de pobre monjita como yo de médico sin fronteras. Si acaso, se lo puedo contar a una buena amiga. —Prisca sonrió.

—Soy toda oídos.

—Perdí a alguien a quien amaba. Murió por culpa de un atentado en Oriente Medio. Era periodista.

—¡Oh, Dios mío, lo siento! No debí preguntar, pensé que solo se trataba de una pérdida emocional.

—Pues no. Pero la vida continúa, ¿verdad? Hay que seguir.

—Claro que sí.

Valiente se puso de pie.

—Descanse mucho, hermana. Y sea buena —le dijo, acercándose a su cara para dejarle un beso suave en la mejilla. Se dirigió a la puerta de la celda, que permanecía abierta. En el umbral, se volvió a mirarla.

—Hermana, ¿cómo acabará *Misterio en el monasterio*? —Prisca sonrió.

—Supongo… que tendrá que leerse el final.

El inspector le devolvió la sonrisa.

—No haga esperar mucho a sus lectores, Ángel Blanco —dijo, y salió de la celda hacia la escalera del piso de abajo.

—Es un buen hombre. —La voz de la abadesa hizo sobresaltar a la priora, que se volvió a mirarla, sorprendida.

—Eso creo, madre. Lo juzgamos como orgulloso y soberbio, pero creo que ha aprendido bastante.

—Él…, yo y todas, ¿no cree? —aclaró con tristeza la madre Emilia—. Y no estoy segura de si nos ha hecho mejores o tan solo más tristes y desconsoladas, decepcionadas de la naturaleza humana.

—Madre. —Prisca le tomó la mano—. Como dice la canción, nunca el tiempo es perdido. Esto ha sido una experiencia muy cruda y espantosa, pero aquí estamos, ¿no? Las mismas, mayores y más fuertes. Seguro, segurísimo que aprenderemos y creceremos mucho con todo esto, cuando logremos hacer la digestión de lo que ha pasado.

La abadesa acarició la cara de la priora y le sonrió.

—Es usted una buena mujer, Prisca. Estoy feliz de que esté aquí con nosotras.

Se puso en pie y fue a la puerta.

—Usted sí es buena. Gracias por subir a la torre, siento no haberla informado…, haber causado tantos problemas.

—¿Problemas? Le debemos a usted mucho, priora. Siempre estaremos en deuda, todas nosotras. Descanse, hija. Lo necesita y lo merece —añadió antes de salir y cerrar la puerta a su espalda.

Prisca se levantó de la cama; ya había dormido bastante, pensó. Sintió un ligero mareo y volvió a sentarse, descansando unos segundos. Después tomó su ordenador portátil y abrió el correo electrónico. Había un mensaje de su sobrina Ruth que le hizo sentir una extraña mezcla de dicha e inquietud.

> Tía Prisca, ya sé que no se te puede hablar porque estás en esa maldita clausura, pero es que no quiero hacer algo tan impersonal como ponerte un mensaje privado en «Tusescritos.com». Estoy preocupada: en tu monasterio están pasando muchas cosas raras que salen en las noticias y en internet, todo de manera bastante velada y, por lo que veo en esa novela tan estrambótica que estás escribiendo, parece que andas investigando. ¿Estás bien? ¿No sería mejor que lo dejaras para la policía? ¿Quién es ese Príncipe Valiente con el que hablas tanto? ¿Por qué no vienes unos días a verme al pueblo y te alejas de todo eso? Te quiero mucho, tía. Por favor, dime algo.
>
> Ruth

Prisca sonrió de oreja a oreja. «A veces —pensó— las cosas se enderezan de golpe, y lo hacen tan deprisa como se torcieron. Claro que iré a verte, Pequeño Ángel Blanco», se dijo, y se dispuso a bajar al refectorio para cenar.

Las hermanas la recibieron con abrazos y lágrimas. Frases de agradecimiento, de cariño o respeto, miradas francas que mostraban verdadero amor. «Somos hermanas, para lo bueno y lo malo. Y lo malo ya se fue, ya no está», pensó, mientras le venían a la cabeza las palabras de su buen amigo el inspector: el amor nos lo da todo. Y se dejó abrazar, besar y llevar en volandas a la mesa, a tomar por primera vez en mucho tiempo una verdadera cena familiar.

Los días transcurrieron con placidez, igual que seda, como si las traumáticas experiencias hubieran enseñado a las hermanas a

valorar, aún más, cada minuto, cada bocanada de aire limpio y cada rayo de sol, cada momento juntas, cada rezo y cada pequeña alegría.

* * *

Vestido de nuevo con la chaqueta de piel y las botas negras de Ángel, Valiente miraba con atención el televisor, sentado en un taburete de la barra. Su amigo Enrique, así como toda la parroquia de El Loro Azul, escuchaban la noticia del día sin perder detalle.

> Esta mañana nos sorprendía el anuncio de la dimisión del alcalde Santiago Serrano, tras demostrarse que la banda de *skinheads* Blutsbrüder se hallaba detrás de los ataques a diversos locales frecuentados mayoritariamente por el colectivo homosexual de la zona, así como agresiones individuales a personas de raza árabe. El alcalde ha presentado su dimisión con carácter inmediato al saberse la implicación de su hijo, Christian Serrano, con dicha banda. «Él no ha hecho nada, es inocente, iba con ellos solo por provocarme, para llamar mi atención, ya que perdió a su madre hace años. Por eso dimito, para marcharme lejos de aquí y dedicarle el tiempo que necesita», ha declarado Serrano a nuestros medios cuando un periodista le ha mostrado unas fotografías, facilitadas por la policía, en las que su hijo aparecía junto a otros miembros de dicho grupo realizando el saludo nazi.

—Me encanta lo del «colectivo homosexual». Con eso de la corrección política, acaban por usar unos términos que no hay por donde cogerlos —dijo Valiente.

—El niño inocente…, ¡pobrecito! ¡Seguro que solo ha dado dos o tres palizas…! La madre que los parió…

—Bueno, al menos, su padre ha dimitido. Cuando pedí las cámaras de seguridad para revisar las fotos en los días de los ataques y vi al perla ese entre todos aquellos mendas, entendí las reticencias del alcalde y su actitud.

—Claro, defendiendo a su pipiolo… ¡Qué poca vergüenza!

—Sí, pero es lo que te digo: que en este país un político dimita cuando lo pillan en algo feo es toda una novedad… ¡Casi me da

pena!

Enrique miró a su amigo de soslayo.

—Anda, ¡tómate otra cerveza y que te dé menos pena, que has hecho muy bien tu trabajo, hermano!

* * *

Teresa llegó una mañana, exultante de felicidad, al taller de restauración con una carta en la mano.

—¡Hermanas! El Principado de Andorra nos felicita por el resultado de *la Senyora dels Esclops*[3]. Nos dicen que tienen un retablo en bastante mal estado que quieren enviarnos, ¿qué os parece?

—¡Que ya estamos tardando en pedirle permiso a la abadesa para aceptar el encargo! —dijo Agustina entusiasmada—. Siempre y cuando estéis de acuerdo…

—¡Pues claro que lo estamos! —añadieron Elvira y Presentación, saliendo del taller a buscar a Prisca para contárselo.

La priora se alegró de la noticia, «aunque —pensó— espero que no se enteren nunca en Andorra de que su patrona ha sido el arma de un crimen».

* * *

La playa en invierno tenía un encanto especial, se dijo Valiente, mirando a través del amplio ventanal ante sí, con un cielo fulgurante y un mar tranquilo que llegaban a confundirse en la raya del horizonte, insultando con descaro cualquier otro concepto de belleza que uno pudiera tener. En aquella tranquila mañana de sábado, respiró hondo y devolvió su atención al ordenador portátil que descansaba sobre su vientre. Era difícil concentrarse, pero a la vez sentía una enorme curiosidad que lo hacía volver una y otra vez al texto de la pantalla.

> Con el corazón en la boca, la monja investigadora se había atrevido en un valiente cuerpo a cuerpo contra la monja sin gafas, a pesar de que esta tenía la fuerza de un titán. Aun así,

había logrado salir vencedora de aquella cruenta batalla y, para su estupor, descubrió algunas de las miserias de su propia alma. ¿Cómo podía sentir alivio ante el fallecimiento de una hermana? Quizás, porque algo peor que el mal había habitado el espíritu de aquella que había sido su compañera durante años. No solo se había dejado llevar por un sentimiento que la hizo desgraciada a ella y a cuantos la rodeaban, sino que además había manipulado a un alma inocente, cándida y bondadosa, con el único fin de tapar su propia culpa. La monja investigadora no podía evitar el llanto y la amargura cada vez que recordaba a aquella pobre muchacha desgarbada, siendo conducida primero a un enamoramiento que por sí misma jamás habría sentido, y después a la desesperación, cuando encontró aquella falsa carta que le hizo pensar que, de no haber sido víctima de su supuesta torpeza y no haber perdido su libro de oración, habría podido ayudar a huir a la querida monja más bella del supuesto acoso de la restauradora y, de ese modo, salvarla. Tan miserable se sintió que se quitó la vida, todo por falsas percepciones provocadas en su mente por la monja sin gafas. A la monja investigadora se le antojó aquel como el más terrible de todos los crímenes que aquella desalmada había cometido. Nunca, en toda su vida, pasara lo que pasase, iba a dejar de tener una oración diaria para la monja desgarbada, y estaba decidida a hablar a la abadesa en su favor para que, a pesar de haberse quitado la vida, pudieran las hermanas recordarla con amor y rezar por ella, por su candor y su gran corazón.

Y así, con los ánimos más calmados, la monja investigadora había pedido una temporada de retiro a la madre abadesa, que, en vista de cuanto había pasado, se lo concedió, por lo que pudo ir a hacer algo que deseaba desde hacía años: visitar y cuidar a su querida sobrina, que no podía salir de casa por culpa de una enfermedad de la que aún convalecía.

En ese pueblo tranquilo, tan alejado de la civilización (no era el caso del monasterio, tan cerca de la ciudad), la monja investigadora se sentía a sus anchas, tanto cuidando y manteniendo la casa y la cocina como escuchando las diferentes leyendas que siempre se oyen en los pueblos.

Así llegó a sus oídos la historia de una mujer de mediana edad, fallecida hacía un par de semanas en extrañas circunstancias. Su cuerpo había aparecido sin vida dentro de su casa, donde nadie recordaba quién había entrado en las horas previas. Parecía haber sufrido un infarto, pero la autopsia reveló la presencia de un medicamento que, en grandes dosis, podía hacer fallar el corazón. De modo que la monja

investigadora se propuso averiguar qué era lo que había pasado…

—¡Demonio de monja! —gritó Valiente, estallando en una carcajada—. ¡Maldita chismosa, es maravillosamente incombustible!

—Qué…, ¿quién? —preguntó una soñolienta Ojos Verdes, que había despertado de súbito con la carcajada de su compañero.

—¡Oh, lo siento! No quería despertarte, pero es que esta monja es increíble…

—¿Monja? Ay, Daniel… Estamos de fin de semana, deberías olvidarte de ese caso, ¿no te parece?

Valiente la miró. Estaba encantadora, con el pelo revuelto y aquella adorable cara de sueño, acurrucándose junto a él.

—Lo sé, lo sé… —dijo, dejando su portátil en el suelo y tumbándose junto a ella, besando su frente y sus párpados cerrados —. Ya me olvido —prosiguió en un susurro, al tiempo que cerraba los ojos y recordaba el rostro radiante y vivaracho de la priora Prisca.

AGRADECIMIENTOS

A Albert Perich, por su inagotable fuente de ideas.

A Maite Framis, por su apoyo documental en lo que se refiere a la vida monástica de las monjas benedictinas y, sobre todo, por su cariño y su buen humor.

A mis hijas, Victoria y Judit, por ser siempre mis primeras lectoras, críticas y animadoras.

A Luisa Ferro, por su asesoramiento de incalculable valor en la forma final de este libro, así como por nuestras charlas sobre literatura, *rock* y muchas otras cosas.

A mis alumnos del curso de escritura creativa, por aprender conmigo y enseñarme muchas cosas, y porque ya son una parte muy importante de mi vida.

A mis lectores de siempre, por su apoyo, por sus preguntas sobre «mi próximo libro», por querer siempre más.

A los nuevos lectores, esperando que pasen a ser viejos lectores de mi trabajo.

A todos, gracias por leer.

Gemma Minguillón
Octubre de 2020

GEMMA MINGUILLÓN nació en Barcelona y reside en Sant Feliu de Codines, un pequeño pueblo del Vallés Oriental. Escribe profesionalmente desde 2015 y ha publicado cinco novelas con distintas editoriales. Es también autora de teatro, con obras como *El crim de la ouija* (*El crimen de la ouija*) o *La casa de l'àncora* (*La casa del ancla*), que se estrenó en Sant Feliu de Codines y se representó en otros pueblos del Vallés, con buen número de espectadores. Fue llevada a la radio como radionovela y quedó nominada para los premios RAC105 de 2018.

Gemma ha conducido durante cinco años el programa de radio *Un café a la plaça* (*Un café en la plaza*). En la actualidad, participa en el galardonado *A cau d'orella* (*Al oído*), de la emisora Ona Codinenca.

Desde abril de 2019 es profesora de taller literario en la biblioteca de Bigues i Riells.

Novelas: *El secreto de Amaa*, 2017, *Corazón de reina* (2017), *La Colina de los Muertos* (2018), *El desnudo del dibujante* (2018), *Sangre joven* (2019), *El ángel blanco* (2022).

Antologías: *Meigas en Samaín* (2020), *Espíritu de Meiga* (2020),

Meigas y dragones (2020).

Notas

[1] Brezo, en catalán, se traduce como *bruc*, y su plural como *bruguers*. <<

[2] Baldosas adornadas con una flor, típicas de las calles de Barcelona desde 1906. < <

[3] *La Señora de los Zuecos*. < <